

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXVI

Nº1

ENERO - MARZO 2013



NUESTRA PORTADA:

*Peregrinación de la Diócesis de Galicia a Roma con motivo del Año de la Fe.
Saludo de Monseñor J. Leonardo, obispo de Ourense, a SS. Francisco.*

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVI

Enero - Marzo 2013

Nº 1

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre, Benedicto XVI

Texto del Anuncio de la Renuncia de Benedicto XVI al Pontificado 5

Santo Padre, Francisco

Homilías 6

Discursos..... 12

SR. OBISPO

Homilías

Aniversario de la entrada del Sr. Obispo en Ourense. Parroquia de Sta. M^a do Desterro de A Corna .. 19

Primer domingo de Cuaresma 21

Exequias del Rvdo. Sr. D. Odilo Gómez Parente 24

Exequias del Rvdo. Sr. D. Emiliano Arias Gómez 27

Exequias del Rvdo. Sr. D. José Rey Lage 29

Jornada de la Vida Consagrada 32

Miércoles de Ceniza 35

Peregrinación de los niños a la Catedral en el Año de la Fe 38

Fiesta de San Francisco Blanco, parroquia de Santa María y San Francisco Blanco de O Tameirón .. 42

Festividade de San Rosendo, parroquia de San Rosendo de Celanova 45

Toma de posesión del Rvdo. D. Julio Grande Seara, como párroco de la parroquia de Cristo Rey de As Lagoas..... 51

Misa de Acción de Gracias por el Pontificado de S.S. Benedicto XVI..... 54

Fiesta de Santo Tomás de Aquino. Misa solemne celebrada en la capilla del Seminario Mayor 59

Misa de Institución de Acólitos Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro..... 64

Cartas

A los sacerdotes com motivo de los Ejercicios Espirituales 67

Con motivo de la celebración de la Jornada de la Vida Consagrada 69

Con motivo de la Campaña contra el Hambre de Manos Unidas 71

Al inicio de la Cuaresma..... 73

Con motivo do Día do Seminario 75

En Comunidad	
Enero	77
Febrero.....	78
Marzo.....	79

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	83
Defunciones.....	84
Carta de agradecimiento del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad por la aportación de la Diócesis al Óbolo de San Pedro	85
Vicaría General	
Algunas normas Canónicas y orientaciones pastorales vigentes en esta Diócesis	86

CRÓNICA DIOCESANA

Enero, febrero y marzo	107
------------------------------	-----

FE DE ERRATAS

Fe de erratas	119
---------------------	-----



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

Texto del Anuncio de la Renuncia de Benedicto XVI al Pontificado

Queridísimos hermanos,

Os he convocado a este Consistorio, no sólo para las tres causas de canonización, sino también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia. Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado. Por esto, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20.00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos. Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los Padres Cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice. Por lo que a mi respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria.

Vaticano, 10 de febrero 2013

BENEDICTUS PP. XVI

SANTO PADRE, FRANCISCO

HOMILÍAS

Homilía del Santo Padre, Francisco, durante la Santa Misa de imposición del Palio y entrega del Anillo del Pescador en el solemne inicio del ministerio petrino del Obispo de Roma

Plaza de San Pedro. Martes, 19 de marzo de 2013. Solemnidad de San José

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta Santa Misa de comienzo del ministerio petrino en la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal: es una coincidencia muy rica de significado, y es también el onomástico de mi venerado Predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.

Saludo con afecto a los hermanos Cardenales y Obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo Diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (Mt 1,24). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser custos, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (*Exhort. ap. Redemptoris Custos*, 1).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como en los

difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de bue-

na voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añado entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Hoy, junto a la fiesta de San José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda Lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (Rm 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos; he aquí un

servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: Rezad por mí. Amén.

Homilía del Santo Padre, Francisco, en la Santa Misa Crismal
Basílica Vaticana. Jueves Santo, 28 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas

Celebro con alegría la primera Misa Crismal como Obispo de Roma. Os saludo a todos con afecto, especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, que hoy recordáis, como yo, el día de la ordenación.

Las Lecturas, también el Salmo, nos hablan de los «Ungidos»: el siervo de Yahvé de Isaías, David y Jesús, nuestro Señor. Los tres tienen en común que la unción que reciben es para ungir al pueblo fiel de Dios al que sirven; su unción es para los pobres, para los cautivos, para los oprimidos... Una imagen muy bella de este «ser para» del santo crisma es la del Salmo 133: «Es como óleo perfumado sobre la cabeza, que se derrama sobre la barba, la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento» (v. 2). La imagen del óleo que se derrama, que desciende por la barba de Aarón hasta la orla de sus vestidos sagrados, es imagen de la unción sacerdotal que, a través del ungido, llega hasta los confines del universo representado mediante las vestiduras.

La vestimenta sagrada del sumo sacerdote es rica en simbolismos; uno de ellos, es el de los nombres de los hijos de Israel grabados sobre las piedras de ónix que adornaban las hombreras del efod, del que proviene nuestra casulla actual, seis sobre la piedra del hombro derecho y seis sobre la del hombro izquierdo (cf. Ex 28,6-14). También en el pectoral estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel (cf. Ex 28,21). Esto significa que el sacerdote celebra cargando sobre sus hombros al pueblo que se le ha confiado y llevando sus nombres grabados en el corazón. Al revestirnos con nuestra humilde casulla, puede hacernos bien sentir sobre los hombros y en el corazón el peso y el rostro de nuestro pueblo fiel, de nuestros santos y de nuestros mártires, que en este tiempo son tantos.

De la belleza de lo litúrgico, que no es puro adorno y gusto por los trapos, sino presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente en su pueblo vivo y consolado, pasamos ahora a fijarnos en la acción. El óleo precioso que unge la cabeza de Aarón no se queda perfumando su persona sino que se derrama y alcanza «las periferias». El Señor lo dirá claramente: su unción es para los pobres, para los cautivos, para los enfermos, para los que están tristes y solos. La unción, queridos hermanos, no es para perfumarnos a nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que se pondría rancio el aceite... y amargo el corazón.

Al buen sacerdote se lo reconoce por cómo anda ungido su pueblo; esta es una prueba clara. Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría se le nota: por ejemplo, cuando sale de la misa con cara de haber recibido una buena noticia. Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana, cuando baja como el óleo de Aarón hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que hemos rezado con las cosas de su vida cotidiana, con sus penas y alegrías, con sus angustias y sus esperanzas. Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: «Rece por mí, padre, que tengo este problema...». «Bendígame, padre», y «rece por mí» son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del Pueblo de Dios. Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y la gracia pasa a través de nosotros, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres. Lo que quiero señalar es que siempre tenemos que reavivar la gracia e intuir en toda petición, a veces inoportunas, a veces puramente materiales, incluso banales – pero lo son sólo en apariencia – el deseo de nuestra gente de ser ungidos con el óleo perfumado, porque sabe que lo tenemos. Intuir y sentir como sintió el Señor la angustia esperanzada de la hemorroisa cuando tocó el borde de su manto. Ese momento de Jesús, metido en medio de la gente que lo rodeaba por todos lados, encarna toda la belleza de Aarón revestido sacerdotalmente y con el óleo que desciende sobre sus vestidos. Es una belleza oculta que resplandece sólo para los ojos llenos de fe de la mujer que padecía derrames de sangre. Los mismos discípulos –futuros sacerdotes– todavía no son capaces de ver, no comprenden: en la «periferia existencial» sólo ven la superficialidad de la multitud que aprieta por todos lados hasta sofocarlo (cf. Lc 8,42). El Señor en cambio siente la fuerza de la unción divina en los bordes de su manto.

Así hay que salir a experimentar nuestra unción, su poder y su eficacia redentora: en las «periferias» donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera

que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones. No es precisamente en autoexperiencias ni en introspecciones reiteradas que vamos a encontrar al Señor: los cursos de autoayuda en la vida pueden ser útiles, pero vivir nuestra vida sacerdotal pasando de un curso a otro, de método en método, lleva a hacernos pelagianos, a minimizar el poder de la gracia que se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada.

El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco – no digo «nada» porque, gracias a Dios, la gente nos roba la unción – se pierde lo mejor de nuestro pueblo, eso que es capaz de activar lo más hondo de su corazón presbiteral. El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor «ya tienen su paga», y puesto que no ponen en juego la propia piel ni el corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón. De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes, sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con «olor a oveja» –esto os pido: sed pastores con «olor a oveja», que eso se note–; en vez de ser pastores en medio al propio rebaño, y pescadores de hombres. Es verdad que la así llamada crisis de identidad sacerdotal nos amenaza a todos y se suma a una crisis de civilización; pero si sabemos barrenar su ola, podremos meternos mar adentro en nombre del Señor y echar las redes. Es bueno que la realidad misma nos lleve a ir allí donde lo que somos por gracia se muestra claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual donde sólo vale la unción – y no la función – y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquél de quien nos hemos fiado: Jesús.

Queridos fieles, acompañad a vuestros sacerdotes con el afecto y la oración, para que sean siempre Pastores según el corazón de Dios.

Queridos sacerdotes, que Dios Padre renueve en nosotros el Espíritu de Santidad con que hemos sido ungidos, que lo renueve en nuestro corazón de tal manera que la unción llegue a todos, también a las «periferias», allí donde nuestro pueblo fiel más lo espera y valora. Que nuestra gente nos sienta discípulos del Señor, sienta que estamos revestidos con sus nombres, que no buscamos otra identidad; y pueda recibir a través de nuestras palabras y obras ese óleo de alegría que les vino a traer Jesús, el Ungido.

Amén.

DISCURSOS**Discurso del Santo Padre, Francisco, a los Cardenales
*Sala Clementina. Viernes, 15 de marzo de 2013***

Hermanos Cardenales,

Este periodo dedicado al Cónclave ha estado cargado de significado, no sólo para el Colegio Cardenalicio, sino también para todos los fieles. En estos días hemos sentido casi de manera tangible el afecto y la solidaridad de la Iglesia universal, así como la atención de tantas personas que, aun sin compartir nuestra fe, miran con respeto y admiración a la Iglesia y a la Santa Sede. Desde todos los rincones de la tierra se ha elevado la oración ferviente y unísona del pueblo cristiano por el nuevo Papa; y también ha sido muy emotivo mi primer encuentro con la multitud apiñada en la Plaza de San Pedro. Con la sugestiva imagen del pueblo alegre y en oración todavía grabada en mi mente, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los obispos, sacerdotes y personas consagradas, a los jóvenes, las familias y los ancianos por su cercanía espiritual, tan efusiva y conmovedora.

Siento la necesidad de expresaros a todos mi más viva y profunda gratitud, venerados y queridos hermanos Cardenales, por la solícita colaboración en la guía de la Iglesia durante la Sede Vacante. Dirijo un cordial saludo a cada uno, empezando por el Decano del Colegio Cardenalicio, el Señor Cardenal Angelo Sodano, a quien agradezco las expresiones de devoción y felicitación que me ha dirigido en nombre de todos. Y, junto a él, agradezco al Señor Cardenal Tarcisio Bertone, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, su trabajo diligente en esta delicada fase de transición; y también al querido Cardenal Giovanni Battista Re, que nos ha hecho de jefe en el Cónclave. Y pienso con particular afecto en los venerados Cardenales que, por razones de edad o enfermedad, han asegurado su participación y su amor a la Iglesia a través del ofrecimiento de las dolencias y la oración. Y quisiera deciros que el Cardenal Mejía ha sufrido anteayer un infarto cardiaco: está hospitalizado en la clínica Pío XI. Pero se cree que su salud es estable, y nos ha enviado sus saludos.

No puede faltar mi agradecimiento a quienes, en sus respectivos cometidos, han trabajado activamente en la preparación y desarrollo del Cónclave, favoreciendo la seguridad y tranquilidad de los Cardenales en estos momentos tan importantes de la vida de la Iglesia.

Y pienso con gran afecto y profunda gratitud en mi venerado Predecesor, el Papa Benedicto XVI, que durante estos años de pontificado ha enriquecido y fortalecido a la Iglesia con su magisterio, su bondad, su dirección, su fe, su humildad y su mansedumbre. Seguirán siendo un patrimonio espiritual para todos. El ministerio petrino, vivido con total dedicación, ha tenido en él un intérprete sabio y humilde, con los ojos siempre fijos en Cristo, Cristo resucitado, presente y vivo en la Eucaristía. Le acompañarán siempre nuestras fervientes plegarias, nuestro recuerdo incesante, nuestro imperecedero y afectuoso reconocimiento. Sentimos que Benedicto XVI ha encendido una llama en el fondo de nuestros corazones: ella continuará ardiendo, porque estará alimentada por su oración, que sustentará todavía a la Iglesia en su camino espiritual y misionero.

Queridos hermanos Cardenales, este encuentro nuestro quiere ser casi una prolongación de la intensa comunión eclesial experimentada en estos días. Animados por un profundo sentido de responsabilidad, y apoyados por un gran amor por Cristo y por la Iglesia, hemos rezado juntos, compartiendo fraternalmente nuestros sentimientos, nuestras experiencias y reflexiones. Así, en este clima de gran cordialidad, ha crecido el conocimiento recíproco y la mutua apertura; y esto es bueno, porque somos hermanos. Alguno me decía: los Cardenales son los presbíteros del Santo Padre. Esta comunidad, esta amistad y esta cercanía nos harán bien a todos. Y este conocimiento y esta apertura nos han facilitado la docilidad a la acción del Espíritu Santo. Él, el Paráclito, es el protagonista supremo de toda iniciativa y manifestación de fe. Es curioso. A mí me hace pensar esto: el Paráclito crea todas las diferencias en la Iglesia, y parece que fuera un apóstol de Babel. Pero, por otro lado, es quien mantiene la unidad de estas diferencias, no en la «igualdad», sino en la armonía. Recuerdo aquel Padre de la Iglesia que lo definía así: «Ipse harmonia est». El Paráclito, que da a cada uno carismas diferentes, nos une en esta comunidad de Iglesia, que adora al Padre, al Hijo y a él, el Espíritu Santo.

A partir precisamente del auténtico afecto colegial que une el Colegio Cardenalicio, expreso mi voluntad de servir al Evangelio con renovado amor, ayudando a la Iglesia a ser cada vez más, en Cristo y con Cristo, la vid fecunda del Señor. Impulsados también por la celebración del Año de la fe, todos juntos, pastores y fieles, nos esforzaremos por responder fielmente a la misión de siempre: llevar a Jesucristo al hombre, y conducir al hombre al encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, realmente presente en la Iglesia y contemporáneo en cada hombre. Este encuentro lleva a convertirse en hombres nuevos en el misterio de la gracia, suscitando en el alma esa alegría cristiana que es aquel céntuplo que Cristo da a quienes le acogen en su vida.

Como nos ha recordado tantas veces el Papa Benedicto XVI en sus enseñanzas, y al final con ese gesto valeroso y humilde, es Cristo quien guía a la Iglesia por medio de su Espíritu. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, con su fuerza vivificadora y unificadora: de muchos, hace un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo. Nunca nos dejemos vencer por el pesimismo, por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día; no caigamos en el pesimismo y el desánimo: tengamos la firme convicción de que, con su aliento poderoso, el Espíritu Santo da a la Iglesia el valor de perseverar y también de buscar nuevos métodos de evangelización, para llevar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. Hch 1,8). La verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio.

Queridos Hermanos: ¡Ánimo! La mitad de nosotros tenemos una edad avanzada: la vejez es – me gusta decirlo así – la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como el anciano Simeón, la anciana Ana en el Templo. Y justamente esta sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes: como el vino bueno, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida. Me viene a la mente aquello que decía un poeta alemán sobre la vejez: «Es ist ruhig, das Alter, und fromm»; es el tiempo de la tranquilidad y de la plegaria. Y también de brindar esta sabiduría a los jóvenes. Ahora volveréis a las respectivas sedes para continuar vuestro ministerio, enriquecidos por la experiencia de estos días, tan llenos de fe y de comunión eclesial. Esta experiencia única e incomparable nos ha permitido comprender en profundidad la belleza de la realidad eclesial, que es un reflejo del fulgor de Cristo resucitado. Un día contemplaremos ese rostro bellísimo de Cristo resucitado.

A la poderosa intercesión de María, nuestra Madre, Madre de la Iglesia, encomiando mi ministerio y el vuestro. Que cada uno de vosotros, bajo su amparo maternal, camine alegre y con docilidad a la voz de su divino Hijo, fortaleciendo la unidad, perseverando concordemente en la oración y dando testimonio de la fe genuina en la continua presencia del Señor. Con estos sentimientos –que son auténticos–, con estos sentimientos, os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que hago extensiva a vuestros colaboradores y cuantos están confiados a vuestro cuidado pastoral.

**Discurso del Santo Padre, Francisco,
a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica
*Sala de los Papas. Viernes, 12 de abril de 2013.***

Eminencia,
venerados hermanos,
queridos miembros de la Pontificia Comisión Bíblica:

Con alegría os recibo al final de vuestra asamblea plenaria anual. Doy las gracias al presidente, arzobispo Gerhard Ludwig Müller, por sus palabras de saludo y la concisa exposición del tema que ha sido objeto de atenta reflexión en el curso de vuestros trabajos. Os habéis reunido nuevamente para profundizar un tema muy importante: la inspiración y la verdad de la Biblia. Se trata de un tema que concierne no sólo a cada creyente, sino a toda la Iglesia, porque la vida y la misión de la Iglesia se fundan en la Palabra de Dios, la cual es alma de la teología y, a la vez, inspiradora de toda la existencia cristiana.

Las Sagradas Escrituras, como sabemos, son el testimonio escrito de la Palabra divina, el memorial canónico que atestigua el acontecimiento de la Revelación. La Palabra de Dios, por lo tanto, precede y excede a la Biblia. Es por ello que nuestra fe no tiene en el centro sólo un libro, sino una historia de salvación y sobre todo a una Persona, Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne. Precisamente porque el horizonte de la Palabra divina abraza y se extiende más allá de la Escritura, para comprenderla adecuadamente es necesaria la constante presencia del Espíritu Santo que «guiará hasta la verdad plena» (Jn 16, 13). Es preciso situarse en la corriente de la gran Tradición que, bajo la asistencia del Espíritu Santo y la guía del Magisterio, reconoció los escritos canónicos como Palabra dirigida por Dios a su pueblo y nunca dejó de meditarlos y descubrir en ellos las riquezas inagotables. El Concilio Vaticano II lo ratificó con gran claridad en la constitución dogmática *Dei Verbum*: «Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la Palabra de Dios» (n. 12).

Como se recuerda también en la mencionada constitución conciliar, existe una unidad inseparable entre Sagrada Escritura y Tradición, porque ambas provienen de una misma fuente: «La Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin. La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. La Tradición recibe la Palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite íntegra a

los sucesores; para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación. Por eso la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción» (ibid., 9).

Por lo tanto, se deduce que el exegeta debe estar atento a percibir la Palabra de Dios presente en los textos bíblicos situándolos en el seno de la fe misma de la Iglesia. La interpretación de las Sagradas Escrituras no puede ser sólo un esfuerzo científico individual, sino que debe ser siempre confrontada, integrada y autenticada por la tradición viva de la Iglesia. Esta norma es decisiva para precisar la relación correcta y recíproca entre la exégesis y el Magisterio de la Iglesia. Los textos inspirados por Dios fueron confiados a la comunidad de los creyentes, a la Iglesia de Cristo, para alimentar la fe y guiar la vida de caridad. El respeto de esta naturaleza profunda de las Escrituras condiciona la propia validez y eficacia de la hermenéutica bíblica. Esto comporta la insuficiencia de toda interpretación subjetiva o simplemente limitada a un análisis incapaz de acoger en sí el sentido global que a lo largo de los siglos ha constituido la Tradición de todo el Pueblo de Dios, que «in credendo falli nequit» (*Conc. Ecum. Vat. II, constitución dogmática Lumen gentium*, 12).

Queridos hermanos, deseo concluir mi intervención formulando a todos vosotros mi agradecimiento y alentándoos en vuestro valioso trabajo. El Señor Jesucristo, Verbo de Dios encarnado y divino Maestro que abrió la mente y el corazón de sus discípulos a la inteligencia de las Escrituras (cf. Lc 24, 45), guíe y sostenga siempre vuestra actividad. Que la Virgen María, modelo de docilidad y obediencia a la Palabra de Dios, os enseñe a acoger plenamente la riqueza inagotable de la Sagrada Escritura no sólo a través de la investigación intelectual, sino en la oración y en toda vuestra vida de creyentes, sobre todo en este Año de la fe, a fin de que vuestro trabajo contribuya a hacer resplandecer la luz de la Sagrada Escritura en el corazón de los fieles. Y deseándoos una fructífera continuación de vuestras actividades, invoco sobre vosotros la luz del Espíritu Santo e imparto a todos vosotros mi bendición.

SR. OBISPO

SR. OBISPO**HOMILÍAS****Aniversario de la entrada del Sr. Obispo en Ourense
Parroquia de Santa María do Desterro de A Corna**

Saúdo con especial afecto ó Ilmo Sr. Vigairo Xeral, compañeiro de D. Antonio, párroco de Nosa Señora do Desterro da Corna, a quen tamén saúdo e agradezo cordialmente que neste día, en que hai un ano anticipábamos a miña entrada na Diocese nesta parroquia-santuario da Nosa señora a Virxe.

Saúdo ó Arcipreste e a todos os meus benqueridos amigos sacerdotes meus cooperadores na tarefa pastoral, e a todos vós, amigos e amigas, irmáns todos. Cando preparaba estas verbas para esta pequena reflexión neste día, neste casa de María, pensei nesas palabras do Salmo que recitamos hai un momento: O Señor é o meu pastor, nada me falta. O único Pastor da Igrexa é o noso Deus, que se fixo presente na historia por medio das mediacións: un Deus que se fixo Palabra de man dos Profetas, e despois se fixo carne por medio do Noso Señor Xesucristo, este Señor que é a única Palabra que pode liberarnos a cada un de nós. Ese Señor que nos convida cada domingo a celebrar a súa presenza, por medio da Palabra que se fai carne na Santa Eucaristía. Por iso temos que darlle grazas ó noso Señor por tódolos seus beneficios; moitos coñecémolos, outros, a maior parte, ignorámoslos. Por iso podemos dicir, coas Palabras do Salmo, o Señor é o meu pastor. Un Señor que nos invita, como di o Evanxeo de Marcos neste sábado, a ir a un sitio tranquilo a descansar un pouco. Porque eran tantos os que ían e viñan que non atopaban tempo nin para comer.

O Señor convídanos hoxe aquí, nesta mañá un pouco fría, neste sitio tranquilo no que nos congregamos a dar grazas a Deus. Son eu o que da infinitas grazas a Deus pola vosa acollida, polo voso afecto, polas vosas oracións neste primeiro ano como Bispo destas terras da Diocese de Ourense.

Síntome agradecido de xeito especial ós sacerdotes de Ourense: sen o seu cariño, sen a súa presenza, sen a súa axuda, a miña tarefa como Bispo desta terra, non tería sentido. E agradézovos tamén a vós, e en vós a tódolos homes e mulleres desta tera, porque sodes o obxecto principal da miña presenza aquí. Non sei se o lembrades, pero o día en que cheguei aquí, hai un ano, o primeiro que fixen foi bicar este chan, un xesto que saíu do fonda da miña alma, do meu corazón sacerdotal. Brotou ese sentimento que sempre me ensinaron meus pais, meus

sacerdotes e os catequistas que sempre me axudaron na miña vida sacerdotal: e dicíalle ó Señor, mentres bicaba o chan: Serviam!; Señor, servirei ó pobo de Deus, ós homes e mulleres, crentes e non crentes, como a Igrexa quere que os sirva. E para iso necesito a axuda do noso Señor e a intercesión da nosa Nai, Nai da Igrexa, Señora do Deserto da Corna.

Prégovos que lle pidades ó Señor para que se faga realidade o que o voso Bispo leva no seu corazón. Os tempos son difíciles, e sono para todos. A Diocese é como unha gran familia composta de moitos fogares. E por iso, se nos nosos fogares temos moitas dificultades, no só económicas, senón tamén outras máis dramáticas, pensade tamén que na nosa Diocese os problemas multiplícanse. Por iso, a mellor maneira de solucionarlos é xuntarnos e ser conscientes de que a unión fai a forza: a unión de sentimentos, de proxectos, de intencións. Porque somos fillos de Deus, vivimos esa realidade no seo da mesma Igrexa, da única Igrexa, e temos que deixarnos alumear pola gracia do noso Señor e pola forza que o Espírito nos concede dentro desta gran familia que é a Igrexa.

Hoxe, cheo de emoción, veño xa como Pastor, como Bispo, pero dicindo dende o fondo da miña alma a mesma palabra: serviam!. Axúdame Señor a servir. Porque unha palabra que sintetiza a verdadeira vocación do cristián é precisamente esta, o servizo. E a grandeza que define o comportamento dun sacerdote, dun cristián, de calquera dos bautizados, é o servizo. Na medida en que servimos ós necesitados atopamos, precisamente neles, o rostro de Xesucristo.

Hoxe o Noso Señor fálanos, pola Palabra proclamada no Evanxeo, fálanos no silencio, por medio da presenza eucarística, e fálanos por medio dos irmáns necesitados. Deixemos que o Señor siga falando no noso corazón e pidámoslle a forza á Nosa Señora e ó noso Pai Deus para que sexamos auténticos servidores do Evanxeo, da Boa Nova, para ser testemuños da fe, de xeito especial neste Ano da Fe, testemuñas da fe no noso Señor Xesucristo, fe predicada pola Igrexa e implantada neste pobo a través desta fermosa parroquia, que foi construída pedra a pedra; así é a Igrexa, unidos uns ós outros, xuntos, na mesma fe, unidos ó mesmo Señor no seo da Igrexa, podemos facer fermosas realidades xuntos. Que nosa Señora nos axude, nos bendiga a cada un de nós, ós vosos fogares e de xeito particular ós que estades hoxe aquí acompañando ó voso Bispo neste primeiro aniversario da súa Ordenación episcopal ó servizo da Igrexa en Ourense. Que así sexa.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en el Primer domingo de Cuaresma 17 de febrero de 2013

Excelentísimo cabildo de esta iglesia catedral,
Hermanas y hermanos míos en el Señor

La monición de entrada de esta liturgia del primer domingo de cuaresma nos dice que hoy se inicia este tiempo especial; seguramente es así para muchos. Hoy comienza este tiempo de Cuaresma de una manera cuasi sacramental o litúrgica, pero otros muchos sabemos que en la Iglesia este tiempo de Cuaresma lo hemos iniciado el pasado miércoles, llamado Miércoles de Ceniza. Con ese rito sobrio, sencillo pero muy expresivo, aprendemos en la Iglesia que somos poca cosa en las manos del Señor, por eso es necesario que siempre, constantemente, sepamos descubrir que en nuestra vida, como auténticos creyentes, debemos estar envueltos en esa dinámica de la conversión. A ella nos invitó el Papa Benedicto XVI cuando nos entregó, hace más de un año, esa carta, Porta Fidei, la Puerta de la Fe, en la que nos habló de la convocatoria de un Año de la Fe en el que estamos inmersos y queremos celebrar con gozo.

¡Fijaos! si quisiéramos hacer una síntesis de lo que es y en que consiste la Cuaresma en la vida del cristiano, sin duda, de una forma sintética pero hermosa lo encontramos en la oración que acabamos de rezar, en la oración colecta de esta Misa. Decíamos con toda la Iglesia: concédenos Señor avanzar en la inteligencia del Misterio de Cristo para vivirlo en su plenitud. ¿Os dais cuenta de lo que le hemos pedido a Dios? ¿Nos hemos fijado qué es lo que le pide toda la Iglesia universal? Porque esta misma oración en distintas lenguas, en todos los lugares del mundo, allí donde se ha reunido un Obispo, un sacerdote para celebrar la Santa Misa, esta misma oración la acaba de pronunciar la Iglesia a través de los labios de sus ministros: concédenos avanzar en la inteligencia del Misterio de Cristo.

No basta con conocer la vida de Jesús; no basta con que leamos con frecuencia el Evangelio en donde de una forma gráfica, muy hermosa y muy sencilla, pensando en todas mentalidades y en toda clase de inteligencias, está la vida de Jesús. No se nos pide conocer la vida de Jesús, sino avanzar en la inteligencia del Misterio de Cristo; aquél que conoce con la inteligencia, quiere penetrar el Misterio. A esto nos invita la Cuaresma. Penetrar con nuestras fuerzas, pequeñas, pobres, sobrias, en el misterio de Jesús Nuestro Señor.

¿Cómo podemos hacerlo? Liberando nuestro corazón de tantas cosas que nos apartan del Misterio del Dios vivo. Por eso, la Iglesia nos recuerda a lo largo de

este tiempo de Cuaresma, una serie de prácticas, una serie de normas ascéticas: intensificar nuestra oración, limosna, que nos ayude a vencer nuestros egoísmos, y ayuno, que nos sirve para vencer la fuerza negativa de nuestro propio yo.

A través del cuidado de estas costumbres ascéticas nosotros podemos tener más libre nuestra inteligencia para penetrar en el Misterio de Dios, para avanzar en el conocimiento del Misterio del Dios que se hace hombre y así vivirlo en plenitud.

Hoy el Evangelio nos ofrece un texto bellísimo. El Evangelio de Lucas nos propone las tentaciones de Jesús. Él, verdadero Dios y verdadero hombre, no necesitaba vivir ni experimentar la tentación, pero aquél doctor de la Iglesia, San Agustín, nos decía: en Cristo que es tentado, somos tentados nosotros. En Cristo que vence la tentación también nosotros tenemos la clave de nuestra esperanza de que en Cristo y sólo en él vencemos las tentaciones. Esta es la síntesis de lo que nos ofrece la Liturgia en este primer domingo de Cuaresma. Penetrar en el Misterio de Cristo significa sumergirnos en aquello que Cristo quiere que hagamos, y quiere que nos identifiquemos con sus sentimientos. En un mundo y en una sociedad como la nuestra en la que nos ha tocado vivir, ahí, precisamente ahí, esforcémonos por penetrar y avanzar en el misterio de nuestro Señor.

Esas tentaciones que hoy gráficamente se nos presentan en tres momentos, son las grandes tentaciones de la humanidad, pero pensando particularmente en las nuestras. Somos hombres y mujeres que vivimos nuestra fe, con mayor o menor gozo, con mayor o menor tranquilidad, vivimos nuestra fe y ¡somos tentados!.

Ayer esta Iglesia Catedral se llenaba de niños en esta primera peregrinación de nuestra Diócesis a esta Iglesia Madre, lo hemos hechos para que también ellos se convenzan de que es necesario expresar la fe y agradecerse a Dios.

Pues bien, hermanos y hermanas, en esas tres tentaciones quedan reflejadas las grandes tentaciones que experimenta el corazón del hombre corriente: primero, ir contra lo ordinario, querer siempre y buscar siempre lo excepcional, haz que estas piedras se conviertan en panes, es la tentación de lo extraordinario, que Dios se preocupe del mundo y de las cosas mientras nosotros corremos la tentación de cruzarnos de brazos. Y sabéis que en nuestra sociedad no podemos cruzarnos de brazos. Es verdad que los católicos en España, y de manera especial en esta Iglesia de Ourense, son y han sido siempre muy generosos, lo sabemos por las labores asistenciales y caritativas, por tantas instituciones que están funcionando, y que trabajan en silencio, sin publicidad de ningún tipo. Pero tenemos que ser más

generosos, no podemos caer en la tentación de lo extraordinario; Dios nos pide que nos impliquemos en lo cotidiano sin pedirle milagros. El Señor nos ha dado el milagro de la vida, el milagro de la fe, y a través de nuestras manos prolongamos la misericordia de Dios en el mundo.

La segunda tentación es arrójate de aquí abajo: es la fascinación por el poder ¿os dais cuenta? El poder que atenaza el corazón de tantos hombres y mujeres, también creyentes. Y estos días hemos vivido en la Iglesia, de una manera gozosa, como aquél que está en la cabeza de esta comunión de la Iglesia universal, el Papa Benedicto XVI nos ha dado un ejemplo de sencillez y de humildad. Cómo aprendemos en la Iglesia que el poder no corrompe ¡qué alegría!. En medio del dolor hemos sentido la alegría de descubrir que hoy en la Iglesia hay testigos de esa inteligencia del amor de Jesucristo.

Y en tercer lugar nos queda la otra fascinación de no dejarle a Dios que sea Dios. Jesús contesta, sólo a Dios adorarás. Hermanas y hermanos míos, dejemos que Dios sea Dios en nuestra vida, acojamos de una manera sobria, sencilla, en nuestra propia existencia, los designios de su providencia, sabiendo, con la ayuda de la fe, que lo que Dios quiere es lo mejor para cada uno de nosotros, aunque eso que nos acontezca en la vida venga marcado por el dolor, por la enfermedad, por la muerte de un ser querido o por los contrastes y dificultades en nuestros trabajos ordinarios, ¡cuando se tienen!.

Tenemos la gran certeza de que si Cristo ha sido tentado, en Cristo somos tentados nosotros, pero la gran esperanza, que se apoya en la realidad de la fe, nos dice que él ha vencido, y ha vencido las grandes tentaciones de la humanidad.

Todavía hoy hay hombres y mujeres que dejan todos sus dineros para vencer la muerte, buscan técnicas en un sitio o en otro, incluso se está hablando de la criogenización de una persona enferma en un momento terminal, con la esperanza de ser algún día revivida. Hermanos y hermanas, dejemos que Dios sea Dios para que cada uno de nosotros vivamos y avancemos en el conocimiento del Misterio de Cristo y en Él venceremos todas las acechanzas del mal y del maligno que nos impiden ser fieles al Señor en su Santa Iglesia. Que así sea.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en las exequias del Rvdo. Sr. D. Odilo Gómez Parente

Ilmo. Sr. Vicario General,

Sr. Delegado del Clero,

Mis queridos amigos y hermanos en el Sacerdocio,

Mis queridos hermanos y hermanas, en especial saludo a los familiares de D. Odilo Gómez Parente, sacerdote,

Nos hemos reunido en este templo de La Milagrosa, de la ciudad de Ourense, para celebrar la Santa Eucaristía, en ella hacemos memoria viva de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, y lo hacemos con espíritu de fe en la vida eterna.

Con las palabras de la liturgia de este miércoles de la Cuarta Semana de Cuaresma, entresacadas de la profecía de Isaías, podemos decir: a los que están en tinieblas: Venid a la luz (Is 49, 8-15).

Así le dice hoy la Iglesia a nuestro hermano sacerdote: ¡Ven a la luz! Y así le pedimos para él y para todos nuestros difuntos: ¡Dale Señor la luz eterna! Cuando nos enfrentamos al misterio de la muerte y nos faltan las palabras, de nuestros labios brota esa oración ¡concédele Señor la luz eterna!

Pedir la luz para nuestros difuntos es tanto como rogarle al Señor que le conceda ver su rostro. En medio de las tinieblas de nuestro hoy queremos ver a Dios. Mientras somos peregrinos en esta tierra, nos dejamos fascinar por ese Dios cuyo rostro queremos encontrar y lo buscamos, entre luces y sombras, en medio de las dificultades del momento presente y del los consuelos de Dios, y lo encontramos, tantas veces escondido tras los velos de la fe, por eso, hacemos nuestros los sentimientos expresados por el profeta: Me he abandonado al Señor. Mi dueño me ha olvidado. Buscamos y nos sentimos abandonados, desfallecemos en el camino, nos surge la tentación de la desesperanza ¡mi Dueño se ha olvidado de mí!

Ante las dificultades y, sobre todo, contemplando nuestra historia personal y la de esta Iglesia de Ourense, podemos sentir el abandono del Señor ¡su olvido!, sobre todo si nos dejamos llevar de las apariencias, tantas veces duras. En estas últimas semanas, con D. Odilo, ya son cuatro los sacerdotes que han fallecido. Da la sensación de que el Señor nos quiere hablar, y no lo entendemos. Nos mueren los sacerdotes, y son muy pocos los que llegan a ordenarse. Pero no podemos dejarnos llevar por este pensamiento ¡no es cristiano! Cuando nos sentimos abandonados o quizá, aparentemente olvidados por el Señor, surge con

fuerza la Palabra de Dios que nos dice, como lo hace hoy: ¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré (Is. 49, 15)

¡Así es Dios! Las apariencias nos engañan. Dios no nos abandona ¡todo lo contrario! Nos está hablado a través de la vida, ministerio, y ahora, por medio de la celebración cristiana de la muerte de nuestro hermano sacerdote.

Su vida, a pesar de las dificultades, quiso ser un ministerio de servicio a Dios y a su Iglesia. Su recuerdo y sus obras, como centinelas de eternidad, le acompañan junto con la oración de aquellos que le estuvieron cerca en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Y, al contemplar su féretro, cubierto por los ornamentos sacerdotales, elevamos nuestras oraciones al Dueño de la mies para que lo que hoy devolvemos a la tierra y se siembra en corrupción, de la simiente de su vida surjan vocaciones para el sacerdocio.

En medio del dolor y de la tristeza, ante la separación física de nuestros seres queridos, qué consuelo nos da la Palabra de Dios que nos ofrece el Evangelio proclamado en esta liturgia de exequias, dentro del marco de nuestro camino cuaresmal: Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere (Jn. 5 17-20)

El Señor Jesús, cuyas huellas queremos seguir como cristianos, y de manera especial como sacerdotes y religiosos, da vida a los que quiere. No dudamos del amor misericordioso del Señor, por eso estamos seguros de que nos concederá la vida eterna en el país de la Vida que no se acaba. En la medida en que nos ponemos a la escucha atenta de la Palabra de Dios, esta Palabra nos transformará, ya en esta vida mortal, con la energía y la fuerza que de ella brota –porque es Palabra de Vida- y nos ayudará a caminar por el sendero estrecho de la santidad personal, que es la vía que nos conduce a la Vida. Con claridad nos lo dice el autor del Cuarto Evangelio: Os lo aseguro: quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte al a vida (Jn 5, 29).

Apoyados en la Palabra del Señor, acogemos a este servidor de esta Palabra de Vida para que se hayan hecho realidad en su existencia lo que estamos proclamado en esta liturgia. Os invito a que volvamos nuestra mirada a la Milagrosa, porque jamás se oyó decir que nadie que haya acudido a Ella y reclamado su auxilio, haya sido abandonado por la que es Madre de Dios y Madre Nuestra. Estoy seguro de que en muchas ocasiones nuestro hermano sacerdote D. Odilo

pronunció esa oración y con sus labios suplicó a la Virgen que rogase por él ahora y en la hora de nuestra muerte... Hoy elevamos nuestra oración por él a la que es “Omnipotencia suplicante” para que le conceda la luz y la paz eterna. Amén”.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en las exequias del Rvdo. Sr. D. Emiliano Arias Gómez

Ilmo. Sr. Vicario General,
Sr. Arcipreste y Coordinador de la Unidad Pastoral de Verín,
Mis queridos hermanos y amigos sacerdotes,
Familiares de D. Emiliano,
Hermanas y hermanos míos en el Señor

Con las palabras del Salmo de la liturgia de este lunes de la Tercera Semana de Cuaresma, decimos: *Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?* (Salmo 41, 2-3)

¡Ver el rostro de Dios! Uno de los deseos más grandes que experimenta el corazón del creyente. Un rostro buscado, querido, amado... a veces un rostro olvidado, quizás no suficientemente amado por nosotros... pero el rostro que nos muestra el Señor es siempre misericordioso y lleno de ternura. Ojalá fuésemos más conscientes de este gran amor de Dios para con nosotros, de manera especial los sacerdotes. Si viviésemos esta profunda realidad, nuestra vida de entrega al Señor, en la Iglesia, para el servicio de los hermanos que nos han encomendado, sería más genuina y efectiva.

Al contemplar la vida, larga en el tiempo, de nuestro hermano D. Emiliano, descubrimos que los planes de Dios no son nuestros planes. Un sacerdote que se fue entregando, paulatinamente, en medio de luces y sombras. Las luces de las cosas de Dios que se ha esforzado por servir y entregar a los fieles a través de su ministerio sacerdotal. Y las sombras de la debilidad humana que, sin querer, a veces oscurecen el resplandor luminoso del querer de Dios sobre nosotros y sobre los hermanos.

Dentro de esa dialéctica del amor del Señor vivido por cada uno, de manera especial por los sacerdotes, se va realizando el plan de Dios. Un Dios buscado por los hombres, a veces para instrumentalizarlo, otras veces para ser curados –interesadamente- de nuestras lepras, como es el caso de aquellos de los que nos habla la liturgia de la Palabra de este día; en otras ocasiones buscado por la misma necesidad de nuestro corazón, porque nuestra alma tiene sed de Dios, del Dios vivo.

A los sacerdotes les sucede, con frecuencia, algo similar, ¡se les busca! De manera especial cuando se les necesita para algo. Se esfuerzan por ser puntos de referencia del amor de Dios, se les exige mucho y, muy pocas veces, se les ayuda como merecen.

En el Evangelio de hoy, el mismo Jesús nos dijo que ningún profeta es bien mirado en su tierra. A menudo sucede lo mismo con nuestros sacerdotes, son hombres de nuestro pueblo y para nuestro pueblo, cuando los perdemos nos damos cuenta de su gran servicio, un servicio que no se puede cuantificar, pero cuando cometen algún error, o tienen que contradecirnos en algún asunto, entonces es cuando los censuramos con poca caridad y con mucha exigencia.

Cuando dejamos en las manos del Dios misericordioso el ministerio y la vida de D. Emiliano nos damos cuenta que con sus noventa y un años de existencia, de ellos con sesenta y cinco años en el ejercicio del sacerdocio en distintos lugares de la Iglesia diocesana que han sido testigos de su presencia de sacerdote, en muchos de ellos guardan con cariño memoria de su paso entre ellos. El sacerdote, como otro Cristo, pasa a la vera de nuestro camino, a nadie deja indiferente, o se le quiere o se le desprecia, es lo mismo que pasó y sigue pasando con el testigo de Jesucristo.

Al poner en esta tarde en las manos del Buen Dios la historia personal de nuestro hermano, elevamos nuestras oraciones para suplicarle que lo acoja en su regazo de Padre y, además, queremos rogarle al Dueño de la Mies que nos conceda vocaciones al ministerio sacerdotal, ¡las necesitamos! En estas dos últimas semanas nos han fallecido tres sacerdotes. Es cierto que eran eméritos, pero su presencia en el Presbiterio era motivo de consuelo y de apoyo. En estos momentos de nuestra historia, ¡todos somos necesarios!

Que la Santísima Virgen María, Madre del Divino Maestro salga, con los ángeles y los santos pastores al encuentro de nuestro hermanos sacerdote para que le lleven a la contemplación del rostro de Dios.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en las exequias del Rvdo. Sr. D. José Rey Lage

Ilmo. Sr. Vicario General

Sr. Delegado del Clero

Sr. Arcipreste

Queridos hermanos y amigos en el Sacerdocio

Saludo con especial afecto a los familiares de D. José

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

“Queridos: ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos”
(Jn. 3, 1-3)

Nuestra esperanza, como cristianos, se fundamenta en la certeza de nuestra filiación divina ¡somos hijos de Dios!, lo somos por puro don que el mismo Dios ha hecho realidad para toda la humanidad gracias al misterio fecundo de la Encarnación y de la Redención obrada por el Dios hecho hombre, Nuestro Señor Jesucristo.

Esta certeza, obra del Espíritu del Señor en nosotros, nos abre el corazón a la esperanza, tanto humana como sobrenatural. Esperanza humana, porque en esta misma semana ya nos han fallecido dos venerables y amados sacerdotes, ¡ahora que tanto los necesitamos! Por eso queremos dejarnos llevar por el dinamismo de la fe para no sentirnos aplastar por las circunstancias, ni por las estadísticas.

Pero también necesitamos reactualizar la esperanza sobrenatural, porque aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la certeza de la vida futura. Caminamos en esperanza porque si es verdad que somos y nos sentimos hijos de Dios, también es cierto que aún no se ha manifestado lo que seremos en plenitud: ¡veremos a Dios tal cual es!

¡Cuántas veces, D. José, ha repetido ese salmo!: Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro... Ese rostro que es Luz, por eso, con el salmista, decimos: Escúchame Señor, que te llamo, ten piedad, respóndeme (...) Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro (Salmo 26).

Ese rostro de Dios que durante su vida fascinó toda la existencia de este sacerdote que supo descubrir, con la fuerza de la Luz de la fe, el rostro de Jesucristo en los hermanos y hermanas que la Iglesia le ha encomendado. ¿Quién de los que estamos aquí no conocía a D. José, o mejor, al cura de Cobelas? A lo largo de todos los años de su ejercicio en el ministerio sacerdotal en la misma zona, su

persona, incluso su nombre, dejó de estar en primer lugar para pasar a ser el cura de Cobelas, parroquia donde tenía su domicilio hasta el final de su existencia. En ocasiones la entrega de nuestros sacerdotes llega a ser tan profunda que hasta pierden su propio nombre para recibir uno nuevo, el de su encargo parroquial, como ha sucedido con D. José.

¡Sus obras le acompañan! Al sentirnos interpelados por las hermosas palabras del Sermón del Monte, que acabamos de proclamar en el Evangelio, nos damos cuenta de que en cada una de ellas podemos encontrar un eco del proyecto de vida de un cristiano, de una auténtica vida sacerdotal; porque esta es la meta que la Iglesia propone a todos sus hijos, en especial a los sacerdotes, porque lo que se le pide a los sacerdotes es que seamos buenos cristianos y vivamos nuestro programa de vida en plenitud y con honradez. Se nos pide vivir el espíritu de las bienaventuranzas.

Los sacerdotes, y así quiso vivirlo D. José, luchamos por llevar a cabo la pastoral de la santidad propia y de nuestros hermanos y hermanas. En ocasiones lo conseguimos, otras muchas veces no. Lo importante es seguir caminando y luchando. Sacerdotes con el fuste personal de D. José dejan huella en sus compañeros y en su entorno. Sus obras les acompañan durante su vida y, en especial, le preceden delante del Buen Dios en el momento de su tránsito a la eternidad. Desde la fe, deseamos que, después de estos últimos años, en los que fue purificado por la fragilidad de su mente, él, que puso al servicio de la Iglesia y de los hermanos su aguda inteligencia, después de haber experimentado el dolor de la enfermedad y la debilidad de los años, en el hoy de Dios, confiamos que sea acogido este siervo bueno y fiel en el regazo del Padre.

D. José nos ha dejado ayer, como peregrino del Absoluto, en ese mismo día, también nos ha dejado, de otra manera, el Papa Benedicto XVI, éste como peregrino que comienza a recorrer la última etapa de su vida en la tierra. Uno y otro, peregrinos ambos, nos enseñan, cada uno a su manera, que no tenemos aquí morada permanente y que caminamos hacia ese cielo nuevo y hacia esa tierra nueva, porque somos ciudadanos del cielo (Filip. 3, 20). Esto quiere decir que cada uno de nosotros, en este Año de la Fe, tenemos que dar un salto de calidad en nuestra vida cristiana para que nuestra existencia como creyentes sea más creíble y, por ello, el mundo crea.

Volvamos nuestra mirada sobre el féretro que contiene los restos mortales de D. José, sobre él una imagen del crucificado cubierta por los ornamentos sacerdotales, es como un despertador del amor misericordioso del Señor, un amor que

alimenta nuestra fe y enciende la esperanza, una esperanza que renovamos siempre que celebramos la Santa Misa, porque en ella decimos: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús. A la luz de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, la vida de nuestro hermano sacerdote, muerto ya para este mundo, se abre a una existencia nueva. Rogamos al Señor de la Historia que acoja en el Hoy de Dios a nuestro hermano sacerdote, que a lo largo del ejercicio de su ministerio sacerdotal celebró el misterio de la Vida eterna y se alimentó con el pan de la inmortalidad, para que descanse de sus trabajos y fatigas, lo reciban los ángeles y los santos pastores le acompañen, en especial lo encomendamos hoy a San Rosendo, y que la Santa Madre de Dios, de la que como sacerdote era tan devoto, a la que le pidió, tantas veces, que rogase por él y por nosotros, a la hora de la muerte y, como nos recuerda esa antigua antífona mariana, hoy la hacemos nuestra para pedirle que interceda por nuestro hermano: Acuérdate Madre de Dios, cuando estés ante la presencia del Todopoderoso, de decirle cosas buenas de nosotros, hoy, en especial, dile esas cosas buenas de D. José, esas que sólo Dios sabe, y que son prenda de vida eterna. Amén

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en la Jornada de la Vida Consagrada

*¡Señor, tú eres nuestra luz,
Señor, tú eres la verdad,
Señor, tú eres nuestra paz!*

Así hemos iniciado esta Santa Eucaristía, cantando al Señor que es Luz, Verdad, Paz...

Mis queridos hermanos y hermanas,
miembros de la Vida Consagrada,
monjes y monjas,
los que vivís vuestra existencia en los Institutos Seculares y en las sociedades de vida apostólica asociada,
¡mis queridos todos!

Al comienzo de esta tarde de Retiro, y teniendo en cuenta la carta que os he dirigido con motivo de esta Jornada, quisiera manifestaros, de nuevo, que era mi deseo, en este mi primer año de ministerio episcopal en Ourense, estar más cercano a todos vosotros; sin embargo, muchas fueron las dificultades que aherrajaron mi querer y deseos al estudio y búsqueda de solución –a veces inmediata- de otros asuntos pastorales. Con todo, he querido buscar al sacerdote adecuado para que sustituyese al P. César Maside, que desde mi llegada a esta Iglesia me manifestó su deseo de poner su cargo a mi disposición porque ya eran muchos los años dedicados a este ministerio y, también, habían avanzado los años en su propia vida, de tal modo que era necesario un cambio –así me lo manifestó en varias ocasiones-. Desde aquí, cerca del altar de Dios, expreso mi más sincero agradecimiento por el ejercicio de su ministerio y por la calidad humana y religiosa de su servicio.

Sustituirle no fue fácil; más bien constituyó para mí un riesgo... pero el Señor, en su providencia, puso en mi camino a D. Jorge Juan y, después de meditarlo, he decidido nombrarle mi Delegado Episcopal para la Vida Consagrada, así, a donde no pudiera llegar yo, tendría la certeza de que me podría hacer llegar este sacerdote bueno, fiel y bien preparado. Por otra parte, creo que es un sacerdote diocesano que, viviendo su secularización, comprende muy bien el carisma de la vida religiosa.

Mis queridos hermanos y hermanas: los tiempos no son fáciles, pero en esta “noche oscura”, el Señor nos ofrece su luz y, en este Año de la Fe vosotros debéis

de redescubrir vuestra condición de “signo vivo” de la presencia del Resucitado.

Para ser signos de este Señor necesitamos vivir y renovar la experiencia de nuestra entrega de amor. Si esto tiene que hacerlo cualquier bautizado, todo aquél que ha recibido el multiforme carisma de la vida consagrada sabe que, en su existencia de amor, la exigencia es mayor, porque también es mayor el don recibido.

En este Año de la Fe nos reunimos en esta Iglesia del Obispo, ¡vuestra iglesia! porque sois Iglesia viva que os sentís convocados y convocadas y os ponéis a la escucha de la Palabra proclamada, palabra que se convierte, por la fuerza del Espíritu Santo en pan partido, en comunión, de donde arranca vuestro ser comunitario. ¡No existe una auténtica vida consagrada sin una referencia al otro!

La comunión es el Amor de Jesucristo que os llama y os desposa, entregándose Él sin condiciones, es la causa fundamental y el motivo de la vida comunitaria en la estructura de la vida consagrada.

Mis hermanas y hermanos: os ruego que os dejéis iluminar por el fuego del amor de Dios y que esa iluminación os ayude a descubrir en el rostro de los hermanos y hermanas en donde reverbera el rostro del Crucificado-Resucitado el sentido profundo de la raíz evangélica de la vida comunitaria.

Que nuestros hermanos laicos, al veros, pueda decir ¡mirad como se aman! Ese será uno de los motivos a través de los cuales, en una sociedad individualista e interesada, vuestro estilo de vida se convertirá en un testimonio elocuente de vuestra entrega. Sois signo vivo de presencia de Jesucristo. Con vuestra pobreza de corazón que os hace inmensamente libres y dispone vuestra vida al servicio, a veces heroico, hora a hora, día a día, sin cálculos. Con vuestra castidad que es tanto como decir con vuestro corazón –alma y cuerpo- entregados, radicalmente a la causa del Reino. De manera especial en un mundo como el nuestro, entretejido por tantas modas de infidelidades y de hedonismos antiliberadores y, radicalmente esclavizantes. Con vuestro amor entregado, sois un revulsivo de esperanza en medio de un mundo agostado por el desamor. Con vuestra obediencia por la causa del Reino os convertís en auténticamente libres, porque la verdadera libertad brota de la entrega radical del corazón.

Con vuestra alegría os convertiréis en un reclamo del amor misericordioso de Dios y en testigos creíbles de la Buena Nueva de Jesús, de manera especial en este tiempo, nuestro tiempo, el tiempo que ha querido el Padre para nosotros.

No os olvidéis nunca que la esperanza es la alegría de la fe, y una vida sin alegría, significa que hemos perdido la esperanza. ¡Es lo peor que le puede pasar a un sacerdote o cualquier consagrado!

Cuando perdemos la esperanza, y por ende la alegría, nos agarramos a las cosas, al mundo, a los proyectos, a lo nuestro y nos olvidamos de que hemos entregado toda nuestra existencia al Señor de las cosas, del mundo, de nuestros proyectos.

Luchemos, con esperanza, por ser signos vivos del Resucitado y esta lucha nos hará testigos alegres y creíbles de la Buena Nueva.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en el Miércoles de Ceniza

Excelentísimo Cabildo Catedralicio,
Hermanos sacerdotes,
Hermanas y hermanos míos en el Señor,

Con esta liturgia del Miércoles de Ceniza inauguramos este tiempo de gracia que es la Cuaresma. Cuarenta días de preparación para vivir con gozo la fiesta de la Pascua. La Cuaresma en sí misma no tiene sentido. El sentido que tiene el que vivamos la oración, limosna y ayuno, a lo largo de estos cuarenta días, es precisamente la motivación profunda que está detrás de todas estas acciones: la Pascua. Hace un momento repetíamos varias veces la palabra Misericordia. El Papa Benedicto XVI, en su Mensaje para la Cuaresma, analiza desde la perspectiva de la fe, la realidad del amor, cómo el amor de misericordia brota de un corazón que tiene fe.

En este Año de la Fe, al que hemos sido invitados por la Iglesia, de manera concreta por mediación del Papa Benedicto XVI, es una invitación que nos lleva a vivir de una manera encarnada, en nuestra propia existencia, esta fe en el Dios de la Misericordia. En la medida en que nosotros vivimos esta perspectiva en nuestra propia vida, eso mismo le dará sentido a la limosna y al ayuno, al programa de las obras de misericordia que como proyecto de vida debemos vivir en este tiempo. Pero sólo se alimentará nuestra fe, y sólo brotarán de nuestro corazón esas obras de misericordia, si tenemos un corazón orante. Y para ser hombres y mujeres orantes, sabemos que es imposible vivir esta perspectiva de fe y de oración si no tenemos un corazón que viva el ayuno, la limosna, la abstinencia, la sobriedad existencial. La Iglesia como Madre y Maestra nos pide estas prácticas concretas, pensando en nuestro bien espiritual y material. Vivamos toda esta sobriedad externa que vamos a contemplar también en la Sagrada Liturgia, ya que también algunas cosas desaparecerán durante este tiempo, el cántico del Gloria, los adornos florales y otros detalles para invitarnos a que vayamos a lo esencial, y lo esencial es prepararnos para vivir con gozo la Pascua.

Al terminar mis palabras vamos a realizar un rito tradicional en la Iglesia, la bendición de la ceniza y la imposición de la misma. Cuando el sacerdote coloque sobre nuestra cabeza estas cenizas, dirá: Conviértete y cree en el Evangelio. Ese es nuestro programa de vida, es más, podemos decir que a lo largo de nuestra existencia en la tierra, estamos metidos siempre en esta dinámica, en esta transformación interior del corazón para abrirlo solo a Dios.

Como nos enseñan los hombres y mujeres de la Iglesia debemos centrarnos en lo fundamental. El ejemplo que estamos viviendo estos días es la figura amabilísima del Papa Benedicto XVI: ha sido testigo y mártir de la verdad, como docente, como Obispo, como Cardenal, como servidor de la Iglesia y ahora ejerciendo el ministerio de Pedro como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal. Y sintiendo que las fuerzas de su naturaleza humana son cada vez más pequeñas, más flojas, pensando sólo en el bien de la Iglesia, con la rectitud de intención que le ha caracterizado decide, delante de Nuestro Señor, presentar su renuncia, dejar el Ministerio Petrino para que otro con más fuerza guíe la barca de Pedro. Esto solamente lo hacen los hombres que tienen el corazón unido al Señor, y sólo lo pueden hacer aquellos que viven en la verdad. Recordad lo que decía Teresa de Jesús: humildad es caminar en verdad.

Cómo nos enseñan estos testigos que iluminan, por pura providencia de Dios nuestro mundo, estos testigos vivos de la Iglesia, elevemos nuestras suplicas por el Papa Benedicto XVI, por la santidad de su vida, y demos gracias a Dios por su presencia en nuestra historia como Papa al frente de la Iglesia Universal. Ocho años que han sido muy fecundos y que seguro que lo serán más ahora cuando a través del silencio, de la plegaria, siga sirviendo a la Iglesia. Un hombre que sabe lo que es fundamental.

Ojalá nosotros los cristianos, todos, desde el Obispo hasta el último bautizado, nos convenzamos de que la plegaria, la oración, es el dinamismo imprescindible para vivir como auténticos cristianos en medio de nuestro mundo.

Cuando la Iglesia a través del ministro, deposita esas cenizas sobre nuestra cabeza, nos está recordando la fragilidad de la naturaleza humana. En una sociedad como la nuestra, donde tantos hombres y mujeres se aferran al poder, al tener, a su propio ser, donde se desentienden de los demás y desatienden a Dios, qué elocuentes son los ejemplos de los hombres de bien que caminan en santidad de corazón. Aprendamos de los testigos del pueblo de Dios, esos testigos vivos que caminan con nosotros y a través de esa luz que pone el Señor en nuestro caminar, vivamos ese compromiso cuaresmal de una manera más coherente: ayuno, oración y limosna.

Ayuno, para que descubramos que cada uno de nosotros no somos fin en nosotros mismos, y así aprendemos a desprendernos de las cosas.

Oración, para que comprendamos con más fuerza cada día que sin ella no escucharemos al Señor y no sabremos descubrir el querer de Dios.

Limosna, que sepamos descubrir la importancia que tienen las personas que viven en nuestro entorno, comenzando por nuestro pequeño entorno, nuestra familia, nuestro hogar, los que conviven con nosotros, ahí tenemos que descubrir el rostro de Cristo, y lo haremos sólo si somos hombres y mujeres de oración, hombres orantes. Si sabemos descubrir la importancia que tiene ese dinamismo en la historia de la Iglesia y en la vitalidad de la Iglesia.

Esas cenizas suponen algo simbólico. Recibámosla con un corazón abierto de tal modo que a través de este signo descubramos que, en la fragilidad de nuestra naturaleza, y contando Dios con ella, siempre que nos abramos al Amor de Dios, él puede hacer posible lo imposible. Veremos cómo la fe se encarna en hechos concretos, en hechos de caridad, empezando por nosotros mismos, que a veces ni siquiera a nosotros mismos nos tratamos bien.

Este tiempo de Cuaresma es también una invitación a la penitencia sacramental: cuidémosla, vivámosla con mayor frecuencia, recemos para que los sacerdotes estén disponibles para la atención espiritual en el ejercicio de este sacramento, incluso en el acompañamiento espiritual, viviendo ese proyecto de santidad en este tiempo de Cuaresma, que todo ello redunda siempre en beneficio de la Iglesia.

¡Conviértete y cree en el Evangelio!. Abramos nuestro corazón a la misericordia, y esto que nos pide hoy la Iglesia, sabemos que tiene sentido porque lo contemplamos a través de la luz, la luz de ese Dios que nos va a sorprender en la Pascua. No nos olvidemos que cada vez que celebramos la Eucaristía es Pascua, por tanto, todo lo que estamos viviendo hoy, aún de manera austera en este Miércoles de Ceniza, también es un anticipo de la Pascua que gozaremos dentro de cuarenta días. Y de algún modo, ese anticipo de la Pascua eterna, cuando lo vivimos con la certeza de la fe nos damos cuenta de que esa misma certeza hace que en cada uno de nosotros germine la esperanza en esos cielos nuevos y tierra nueva.

Volvamos nuestra mirada a Santa María la Virgen, que ella, Señora del Consuelo, Santa María Nai, nos ayude a cada uno de nosotros a caminar, fascinados por la Misericordia de Dios, siendo fieles a estas obras de misericordia, de piedad, de ayuno, de abstinencia y de oración que la Iglesia nos pide a lo largo de este tiempo. Que así sea.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

**Homilía con motivo de la Peregrinación de los niños
a la Catedral en el Año de la Fe
*16 de febrero de 2013***

Saludo especialmente a los miembros del Cabildo catedralicio,
Ilmo. Sr. Vicario de la Nueva Evangelización.

Cordialmente saludo a los Delegados y miembros de las Delegaciones sobre todo de Catequesis, Infancia y Vida Consagrada aquí presentes.

Queridos hermanos y amigos sacerdotes que acompañáis a este grupo numeroso de chicos y chicas.

Mis queridos amigos y amigas.

Sed bienvenidos, esta es vuestra casa, la casa del Obispo, la Catedral es la casa de todos, es la casa de la Iglesia, este es el sentido que tiene este lugar de oración.

Podemos pensar en vuestras iglesias parroquiales, esas construcciones magnificas cargadas de historia, tanto o más como esta Catedral. Esto es lo que decía el monitor al comenzar la celebración, afirmaba que este lugar en el que nos encontramos tiene más de 800 años. ¿Imagináis lo que son 800 años? A veces 80 años ya nos parecen muchos. Imaginaos por un momento, vosotros que estáis tan acostumbrados a dejaros llevar por la imaginación y por los sueños, imaginaos por un momento nuestra ciudad de Ourense, toda la provincia de Ourense, toda la Diócesis, si por un momento desapareciesen la Catedral, los templos, los monasterios, las ermitas ¿imagináis esto? Pensemos quizá en una de las más antiguas, en la iglesia de Santa Comba de Bande, ya desde el siglo VII, y posiblemente hay vestigios de que hay algo que es del siglo V. ¡Un testimonio arquitectónico que es signo de la fe de nuestro pueblo! Si desapareciesen todos estos vestigios de nuestra historia ¿cómo sería la geografía de Ourense, os lo podéis imaginar? No, verdad. ¿Cómo serían nuestras villas y pueblos sin las iglesias y ermitas, sin los otros monumentos religiosos, como los cruceiros; qué sería de nuestras ciudades sin esos templos, conventos, monasterios, colegios, seminarios, etc.? ¡Qué tristeza!

Pues mirad, piedra sobre piedra, nuestros antepasados, dejándose llevar de la fuerza y del dinamismo de la fe, han ido construyendo estos templos tan hermosos. Hoy tal vez no tenemos tantos medios como antes, por eso construimos iglesias como podemos, aunque también este hecho es posible que sea una expresión de que la intensidad de nuestra fe puede que sea más floja, no solo la del Obispo y de los sacerdotes, sino la de todos los que nos llamamos creyentes.

En este Año de la Fe hemos querido preparar este acontecimiento con vosotros y para vosotros. En esta fiesta ¡vuestra fiesta!, la fiesta de la fe vivida por vosotros, allí donde os encontréis, en el colegio, en la diversión, en los juegos, en casa ¡es la fiesta de la fe!. Detrás de la preparación de este acontecimiento están tantas personas e instituciones, con toda su ilusión, y tenemos que darle gracias a Dios porque habéis respondido generosamente a esa llamada.

Queridos amigos: si nosotros nos podemos imaginar una ciudad y una provincia sin estos monumentos tan hermosos, ¡sería una gran tristeza! y sobre todo no sería una ciudad hermosa, por eso os ruego que penséis e imaginéis vuestra vida y la mía en donde la fe no ilumina nuestra existencia. La fe es como esa semilla - nos lo dirán dentro de un momento-, es como esa luz que el Señor ha prendido en nuestro corazón, en nuestra existencia, en el momento del Bautismo. Pero imaginaos esa luz, si no la mantenemos encendida y viva; tanto vosotros como yo que andamos con las nuevas tecnologías, si no cargamos la batería de nuestro móvil ¿qué es lo que pasa? Que no funciona, ni recibimos llamadas ni mensajes ni podemos llamar, no podemos comunicarnos.

Lo mismo sucede con la fe, porque es como esa luz, esa energía que el Señor nos ha concedido como un regalo, lo que tenemos que hacer ahora es cuidarla. ¿Cómo la podemos cuidar? Por ejemplo, potenciando estos encuentros; pero también de otra manera más sencilla, al alcance de todos los que estamos aquí y de otros muchos que han quedado en sus parroquias y sus ocupaciones, en esta mañana de sábado. Lo podemos cuidar sabiendo quién es Jesús en nuestra vida, y no sólo eso, sino sabiendo la importancia que tiene en nuestra existencia, ¡conocer a Jesús! Este es el empeño de nuestros párrocos y catequistas, ayudarnos a conocer a Jesús. También están implicados vuestros padres, ayudándonos a tratar a Jesús como un amigo; si tratamos a Jesús como un amigo, ¿qué hacemos con un amigo? le hablamos, le contamos cosas, tenemos una comunicación fluida con él, no sólo le mandamos un sms o un whatsApp: ¡hablamos directamente!. No es lo mismo mandarle un mensaje que hablar con él.

Si Jesús es para ti un amigo ¡habla con Él! Que crezca cada día tu confianza con Jesús y te darás cuenta de que en la medida en que crezca tu compañía, tu amistad con Jesús, tu vida será más fuerte y tu luz será más intensa y podrás iluminar todo lo que tocas, todo lo que te rodea, el juego, la diversión, la vida de tus compañeros,... tu propia vida.

Alguien ha dicho, y muchas veces podréis escucharlo: que la fe es cosa de viejos, cosa de la abuela, cosa de curas... ¡no! , están equivocados. La fe es un regalo

de Dios y Dios no nos puede regalar algo envenenado, estropeado, maleado. Pensadlo así, la fe es un regalo de Dios, un don, una energía, una luz, una semilla. ¿Y qué podemos hacer con ella? Evidentemente, podemos apagarla. ¡Somos muy libres! Podemos hacer lo que dice el Evangelio, no ponerla en el lugar adecuado para iluminar a todos, sino esconderla. No podemos pensar, decir o hacer: ¡Ahí te quedas!, me has servido hasta la Primera Comuni3n, nada m1s, a partir de ahora no te necesito ¡soy aut3nomo!

No, la fe no es algo que sirve s3lo a la abuelita, como el bast3n. No es algo que le sirve 3nicamente al cura, que podemos pensar que es el 3ltimo rom1ntico que queda en la parroquia y que cree en esto. No, la fe es un regalo que el Se1or nos ha concedido a todos y tenemos que cuidarlo para ser transmisores alegres de la Buena Noticia. ¿Cu1l es la Buena Noticia? Que Jes3s es un Dios vivo, que nos quiere, que se preocupa de todo lo nuestro, ¡que le interesamos por lo que somos! ¡Jes3s nos ama! Jes3s es nuestro amigo, cuenta con nosotros. ¿Os dais cuenta de lo importante que es esto?

¿Os hab3is fijado en lo que dice el Evangelio de la Misa de hoy? Cuando cogemos ese libro con el que el Obispo nos ha bendecido a todos, ese libro que nos ense1a la vida de Jes3s, el Nuevo Testamento, el Evangelio, cada vez que abrimos sus p1ginas conocemos poco a poco la vida de Jes3s, para identificarnos con 3l, para hacer lo mismo que hizo Jes3s. ¿Y por qu3? Porque somos cristianos y cristiano es aqu3l que sigue a Jes3s. No seguimos un c3digo de conducta ni una ideolog3a, como hacen otras personas ¡all1 ellos! Son libres para hacerlo. Nosotros seguimos a una persona que nos quiere, a una persona que se ha entregado por amor a toda la humanidad. Por eso en esta barca que tenemos simb3licamente colocada delante del altar, tiene como m1stil una cruz, ¿para qu3 sirve una barca si no tenemos un m1stil donde colocar una vela que pueda ser impulsada por el viento y navegar por la vida y por la historia? De nada. Este Jes3s que ha muerto por nosotros en la cruz, es un amigo que nos quiere y ha muerto por nosotros, por amor, un amigo que se entrega por ti y por m3, por puro amor, ¡ese es un amigo de verdad! ¿Acaso no vale la pena que le conozcamos, que le queramos, que seamos sus testigos all1 donde nos encontremos?

Pues este Jes3s, que aprendemos a tratarlo a trav3s del Evangelio, a trav3s de nuestras peque1as oraciones, de nuestro coloquio con 3l, ese Jes3s que pasa y nos puede decir, como le dijo a un recaudador de impuestos – Mateo -, que solo estaba preocupado en amontonar dinero, y cuando estaba enfrascado en esta faena, pas3 Jes3s por all3 y le dijo: ¡S3gueme!. ¿Os dais cuenta? Cuando vosotros y yo no apagamos la luz, la luz de Dios, la luz de la fe; cuando no escondemos esa

semilla, sino que la colocamos en la tierra fecunda de nuestro corazón para que germine, cuando nosotros cuidamos esa fe ¡esa fe da fruto!, y esa fe nos ayuda a tener el oído atento a Jesús que nos puede decir: ¡ven y sígueme!. ¿Cómo? Siendo mejor estudiante, mejor hijo, mejor compañero, siendo misionero sin llamarte misionero en medio de tu mundo, de la ciudad, de la aldea, de tu parroquia. A lo mejor el Señor también te puede decir: ¡ven y sígueme!, para que le sigas como ese otro Cristo que hace las veces de Jesús en el momento de la Eucaristía, como sacerdote, como misionero. Una vida muy hermosa, sobre todo si la contemplamos desde el signo de la luz.

Mis queridos amigos y amigas, no quiero entretenerme más con vosotros, para que no os canséis, pero no os olvidéis, el Señor en este Año de la Fe nos pide a todos los que estamos aquí ¡a mí el primero!, que tenemos que luchar por ser testigos valientes de nuestra fe en Jesús en medio de nuestro mundo. Pero fijaos: ¡testigos alegres!. Porque Jesús, este Dios con nosotros, se ha entregado por vosotros y por mí, por amor, un amor infinito, misericordioso, y aquél que se entrega por amor nos pide unas pequeñas muestras de amor y de fidelidad.

Ahora seguimos celebrando la Santa Misa, que como sabéis es la oración, por excelencia, de las oraciones del cristiano, la oración más hermosa en la que podemos participar; por eso un niño, una niña, un hombre que tiene fe, no puede dejar de asistir a la Misa, por lo menos los domingos y festivos, porque es como faltar a una cita que el amigo Jesús tiene con cada uno de nosotros. Hagamos hoy, aquí, en esta catedral, ese compromiso de fe con Jesús. ¡Que así sea!

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en la fiesta de San Francisco Blanco, parroquia de Santa María y San Francisco Blanco de O Tameirón

Queridos sacerdotes, queridos seminaristas del Seminario Menor de la Inmaculada, queridos feligreses de esta parroquia de Santa María y de San Francisco Blanco de O Tameirón.

En este día, fiesta de la presentación de Nuestro Señor, nos hemos reunido siguiendo aquella antiquísima tradición de los hombres del antiguo pueblo de Israel y con nuestros cirios hemos acudido en torno al altar de la Palabra y el altar del Sacrificio eucarístico. Y lo hacemos porque sabemos descubrir en Jesús, el Crucificado-Resucitado, a aquél que es Luz de las naciones. Una luz que no se apaga en medio de la oscuridad de la humanidad, sino todo lo contrario, la Luz del mundo, hoy más que nunca, una luz que nos ilumina con su resplandor.

Esta celebración litúrgica de la Presentación de Jesús en el templo y de la purificación de Nuestra Señora la unimos a la fiesta de San Francisco Blanco, un hijo de nuestra parroquia que aunque muy lejos de nosotros, vivió en el siglo XVI, hoy es perennemente actual; vive no sólo en un momento de nuestra historia pasada, en el recuerdo de los hombres, sino de manera especial en la eternidad y, precisamente por esa dimensión de eternidad que tiene su vida, sigue siendo actual para nosotros. Así son los santos, a quienes recordamos de manera especial en este Año de la Fe. Una fe que han sabido encarnar en su corazón.

Podéis preguntaros si todavía hoy este pueblo, que a comienzos del siglo XXI, tiene esta población ¿os lo podéis imaginar a comienzos del siglo XVI?. Y de aquí han salido santos. Hoy en la Iglesia tenemos, con gozo, su testimonio martirial: un hombre joven, que sale a los diez años de este lugar para estudiar y formarse, como muchos de los que estáis hoy aquí, abriendo la inteligencia a la luz de la Verdad, porque sólo el que abre su inteligencia a la luz de la Verdad puede ser auténticamente libre.

Cuando, siguiendo sus estudios, ya en aquella culta Salamanca, siente la llamada de Dios, que ya había percibido en el colegio que los Padres jesuitas dirigían en Monterrei, teniendo delante aquél convento de los franciscanos, se siente fascinado por la presencia de los seguidores de San Francisco de Asís. ¡Qué importante es en nuestra vida tener testigos vivos de la presencia de Jesús!. Son como despertadores vocacionales. No solo por el testimonio de su vida, sino también a través de los signos externos -los hábitos- de su consagración a Dios. En nuestra sociedad secularizada, hoy también son necesarios esos signos elocuentes de la presencia de lo sagrado.

Que importante es mis queridos amigos, ¡ saludo también a este grupo de hombres y mujeres de la parroquia de Santiago de Las Caldas de Ourense que nos acompañan con su canto, este grupo misionall!. Que importante es tener a nuestro lado testigos vivos de la fe en Nuestro Señor Jesucristo. Los frailes franciscanos de Monterrei fueron de algún modo el despertador de la vocación franciscana en el corazón de aquél joven de diecisiete años. Y, a pesar de su salud, quiso ser misionero. Curado milagrosamente de una enfermedad casi endémica, curado precisamente en aquella ría de Pontevedra, en la ciudad misma del Lérez, Francisco Banco fue elegido para ser testigo de Jesucristo en Oriente. De O Tameirón a Oriente por amor de Dios.

Así son los cristianos, los verdaderos hijos de la Iglesia Católica: tienen un corazón universal. La Iglesia no tiene fronteras. Desde aquí, desde O Tameirón, llegó a Oriente, y allí dio testimonio valiente de su fe, viviendo el martirio, no solamente él sino otros veinticinco compañeros, de distintas congregaciones religiosas, pero unidos por la única fe en Jesucristo.

Es necesario que hoy revaloricemos estas fiestas, estas romerías, porque nos unen, no sólo en torno al recuerdo y la memoria viva de un santo, sino que nos unen a través de él a Nuestro Señor, Luz del mundo, Luz de todas las naciones, hecho niño en las entrañas de la Madre Inmaculada.

La Madre Inmaculada, ¡cómo fascinó el corazón de aquél adolescente!. Se encuentra aquí un grupo de jóvenes que son alumnos del Seminario de la Inmaculada. Amigos míos, abrid vuestro corazón a la Virgen Madre, llenad vuestro corazón de esas devociones a la Virgen Inmaculada, y vuestro vida se llenará de la ternura del Señor, una ternura que brotará de vuestro corazón joven si lucháis por vivir la pureza de vuestro corazón, una pureza que os hará hombre fuertes y libres; sólo así seréis capaces de percibir la llamada del Señor, y habiéndola sentido, no apagarla, como no la apagó San Francisco Blanco; como no la apagaron los sacerdotes que han pasado por esta parroquia y que han dejado testimonio de su santidad de vida. Como no la han apagado tantos hombres que, venciendo las fronteras de su familia, de su región, de su pueblo, hoy también son misioneros desde aquí.

Fijaos cómo nuestra Diócesis es espléndidamente fecunda en Obras Misionales. Tiene misiones en muchos lugares del mundo. Hace muy pocos días desde una misión en Europa, en Suiza, pedían dos sacerdotes para atender a más de 40.000 hombres y mujeres, muchos jóvenes y niños. Buscando trabajo los padres, allí han llevado su familia. Y necesitan que hombres que tengan corazón de

misionero, les atiendan. Así es la Iglesia, así tenemos que ser nosotros, con entrañas universales, abiertos a la misión, sin olvidar nuestra especial misión, que es, hoy, vivir encarnando nuestra fe, también aquí, en esta aldea, en nuestro colegio, en nuestro Seminario, en nuestro corazón. Sólo lo lograremos si Jesús se convierte hoy, para vosotros y para mí en Luz del mundo, una Luz que por mucho que se esfuercen, jamás se apagará en las entrañas de la humanidad.

Volvamos nuestra mirada a San Francisco Blanco y digámosle, como con esos cantos que acabamos de escuchar, con los que decíamos que unimos nuestras cruces con valor a la cruz de San Francisco Blanco. Si lo hacemos así, seremos testigos auténticos del Señor en el proyecto tan hermoso al que nos llamó el Papa Benedicto XVI de la Nueva Evangelización. Ser misioneros, sin llamarnos así, en medio de nuestro mundo, para anunciar a Aquél que es Luz del mundo, Buena Nueva de la humanidad. ¡Que así sea!

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

**Homilía na Festividade de San Rosendo,
parroquia de San Rosendo de Celanova
1 de febreiro de 2013**

Excelentísimo Sr. Presidente da Academia Auriense-Mindoniense
Rvdo. Sr. Cura Párroco de Celanova
Excmo. Sr. Subdelegado del Gobierno
Excmos. e Ilmos. Sras. e Sres. Académicos
Ilmas. Autoridades municipais
Meus benquerido amigos e irmáns no sacerdocio.
Irmás e irmáns no Señor:

“Lembrade as marabillas que fixo o Señor” (Sal. 104)

Con estas palabras do salmo da liturxia deste día, venres da Segunda Semana de Coresma, conmemoración de San Rosendo, bispo, patrón e protector destas terras e desta Academia, quixera dar comezo a esta reflexión no marco da Santa Eucaristía que estamos a celebrar neste fermoso templo, gloria de Celanova e da Igrexa en Ourense.

Si! O Señor fai presente as súas marabillas no medio da nosa historia por medio dos santos. Eles son os mellores fillos da Igrexa, son os amigos de Deus e, por iso, amigos fieis dos homes. A través da súa mediación o amor providente do Deus da misericordia faise presente no mundo.

San Rosendo, un cristián que no seu tempo foi fiel ao seu compromiso social, político e relixioso segue a ser exemplo para nós que como peregrinos, fascinados pola beleza da fe en Xesucristo, nos movemos no medio das sombras do momento presente e das luces que acende no noso ánimo a Luz da esperanza. Algúns dos nosos contemporáneos sosteñen a miúdo que non se poden conciliar estes aspectos existenciais da nosa vida: o relixioso e o sociopolítico, e afirman que a fe cristiá só é un subproduto de tempos pretéritos que deixou a súa pegada no presente pero sen ningunha transcendencia persoal nin social. Esta idea, fortemente defendida polo ambiente que medra no medio da ideoloxía laicista, case sempre exclúinte, na que asenta esa teoría xurídica que propugna unha total separación entre o relixioso e a comunidade política, de modo que nun país, que se define democrático, se chega a conculcar o dereito á liberdade relixiosa, un dos dereitos fundamentais do ser humano, e se pretende relegalo ao ámbito do privado. Esta

ideoloxía que impregna a mentalidade dalgúns dos nosos dirixentes, de xeito especial dos nosos mozos, e que se xeneralizou na nosa sociedade actual, posúe en si moitos matices diferentes e unha estrutura ben definida que a maior parte das veces nin sequera a perciben con claridade aquelas persoas e entidades que padecen as súas consecuencias.

O dato básico, fundamental e central desta cultura, aínda que non sempre é o máis explícito, consiste en prescindir da afirmación da existencia de Deus como referencia central da propia conciencia. Dáse por suposto que esta afirmación é incompatible cunha mentalidade moderna e actual, verdadeiramente científica, e co progreso humano; algún dos nosos dirixentes chegou a afirmar que “a liberdade nos fará verdadeiros”, rectificando aquela afirmación evanxélica: “a verdade faravos libres”, afirmacións que pasan desapercibidas para a maior parte dos cidadáns, pero non así para aqueles que as pronuncian, e que teñen nas súas mans o destino dos pobos e dos homes e mulleres deste país. Nestas dúas frases sintetízase a clave antropolóxica destas dúas cosmovisións da nosa sociedade; moi poucos son conscientes deste feito e é, precisamente nesta forma de pensar, na que se apoian as pautas de comportamento dos nosos contemporáneos.

Que diferente é a postura daqueles que sosteñen e propugnan unha laicidade positiva! O papa Bieito XVI, cuxa figura se agranda co rapidísimo paso do tempo, na súa visita a Francia, fixo unhas afirmacións que, nunha xornada como a de hoxe, ao día seguinte da súa renuncia como Bispo da sede de Roma, recuperan unha perenne actualidade. Naquela ocasión afirmaba: As raíces do voso (pobo), como as de Europa, son cristiás... A Igrexa xogou un papel civilizador... transmisión da cultura antiga a través de monxes, profesores, amanuenses, formación do corazón e do espírito no amor ao pobre, axuda aos máis desamparados mediante a fundación de numerosas congregacións relixiosas, a contribución dos cristiáns á organización das Institucións (...) milleiros de capelas, igrexas, abadías e catedrais que adornan o corazón das vosas cidades ou a soidade das vosas terras son signo elocuente de como os vosos pais na fe quixeron honrar a Aquel que lles dera a vida e que nos mantén na existencia.

O mesmo podemos dicir hoxe, dende esta bela cívitas de Celanova. Qué sería deste nobre pobo sen este templo e as súas dependencias, testemuño elocuente das súas raíces cristiás? Cómo se poderían explicar os testemuños vivos do pasado ao contemplar esa xoia de arquitectura como é o antiquísimo templo de San Miguel, anexo a esta igrexa? acaso Santa Comba de Bande, moi preto de aquí, non é expresión elocuente da nosa historia multiseular que non se podería entender sen Deus e sen o cristianismo? É fundamental para todos distinguir ben

entre o ámbito político e o relixioso, para tutelar tanto a liberdade relixiosa dos cidadáns, coma a responsabilidade dos gobernantes cara a eles e, por outra parte, é imprescindible que todos adquiramos unha conciencia máis clara das funcións insubstituíbles da relixión na formación das consciencias e a contribución positiva que achega a Igrexa Católica, xunto a outras institucións, á hora de crear un consenso ético de fondo para o recto e positivo funcionamento da armazón da nosa sociedade.

Meus queridos amigos: todo cambia dependendo de se Deus existe ou non existe, dicía no ano 2000, nunha conferencia a catequistas, o cardeal Ratzinger . E estamos convencidos de que onde non hai relixión ou se ridiculiza a súa existencia, onde non hai Igrexa, onde non hai Deus; a persoa queda baleirada de intimidade e sacralidade; os crentes somos e sentímonos cidadáns coma os demais, e cos nosos contemporáneos, hoxe coma onte, traballamos pola construción dun mundo máis xusto e solidario, máis humano. Os amigos de Deus foron, e seguen a ser, homes e mulleres cun grande equilibrio persoal de modo que, grazas ao impulso da súa fe, foron auténticos construtores dunha civilización de paz e de auténtico progreso, converténdose en óptimos cidadáns, nos mellores servidores das cousas públicas.

Sabemos ben que San Rosendo, ademais de adquirir unha profunda formación humanística, en terras da antiga sede Dumiense, a actual Mondoñedo, da que era bispo un dos seus tíos, cultivou o seu carácter co exercicio das virtudes humanas e morais, de modo que a súa fe cristiá foi modelando o auténtico líder cristián que se converteu en personaxe fundamental naqueles momentos de crise estrutural na que se encontraba o Reino Asturleonés, do que Galicia formaba unha parte non pequena. Naquelas circunstancias, por coherencia coa súa fe cristiá, preocupouse por conseguir a harmonía e concordia entre os poderosos do seu tempo, buscando, ademais, o auténtico benestar e o desenvolvemento humano, social, cultural, político e relixioso dos seus concidadáns porque sabía que o Deus ao que entregara a súa vida era Amor (I Jn. 4,8) e esta era a lei fundamental que impulsaba todo o seu quefacer, xa que o amor é a auténtica enerxía que pode transformar o corazón do ser humano e, grazas a iso, se pode conseguir a transformación do mundo.

Que contraste entre a súa actitude e as que vemos nos líderes do noso mundo occidental! Ao considerar a nosa sociedade descubrimos enfrontamentos, rancores, divisións, vinganzas, despreocupación polos necesitados, unha agresividade que está afectando ás capas sociais máis desprotexidas e outras cousas máis que non é este o momento nin o lugar para incidir sobre elas. Dirédesme que este

perfil non corresponde á realidade, que esta é unha análise esaxerada. Se somos honestos con nós mesmos, serémolo tamén con Deus e iso axudaranos a enfrontarnos á Verdade con valentía; sabemos que é así, non hai nada máis que estar atentos aos medios.

A historia, mestra de vida, ensínanos a descubrir que esta situación non é nova na longa historia da humanidade. Tampouco no ambiente sociopolítico de San Rosendo a situación da sociedade era mellor, de aí que a grandeza da súa vida se fai máis patente para nós. El soubo ser, no medio daquelas circunstancias, coherente coa súa fe e, aínda sabendo que perdía a súa calidade de vida, abandonou a tranquilidade do claustro - que era a súa auténtica vocación: oración e traballo intelectual, todo isto vivido en e dende o silencio- tivo que deixar ese ambiente, para el tan grato, e atender o goberno pastoral que lle encomendaron, primeiro como bispo de Mondoñedo, máis tarde como administrador de Iria-Compostela, e viuse obrigado a responsabilizarse de tarefas políticas ao asumir o cargo de vicerrei de Galicia.

Ben sabía el, como home de Igrexa e de mundo, igual que o sabemos nós, que a mensaxe de Xesucristo, vivida e testemuñada de xeito auténtico polos cristiáns, ten que renovar constantemente a vida e a cultura de tal modo que así se purifique e eleve a moral dos nosos pobos e dos cidadáns, tan necesaria, hoxe coma onte, se queremos que se viva unha auténtica liberdade interior. Este é o motivo polo cal a Igrexa de hoxe, igual que a de onte e a de sempre, nos lembra a todos que a cultura debe estar subordinada á perfección integral da persoa humana, ao ben da comunidade e da sociedade enteira (G.S., nº 58). Para logralo, unha vez máis, invítasenos a cultivar o espírito humano de tal maneira que se promova unha auténtica capacidade de admiración e de contemplación, para poder formar un xuízo persoal acerca da natureza, do home, e das obras fermosas que este realiza coa súa intelixencia e coa súa mans.

Queridos irmáns e irmás, queridos amigos: San Rosendo, auténtico vir Ecclesiae, tivo que implicarse nos asuntos políticos do Reino para un maior servizo ao pobo; non obstante, hoxe non é esta a misión dos eclesiásticos; para aqueles que non entenderon ben esta situación seguen a ser actuais as palabras que proclamou o Concilio Ecuménico Vaticano II, cuxo quincuaxésimo aniversario estamos a celebrar neste Ano da Fe; dinos: A Igrexa, que por razón da súa misión e da súa competencia non se confunde en modo algún coa comunidade política nin está ligada a sistema político ningún, é á vez signo e salvagarda do carácter transcendente da persoa humana (G.S. nº 76). Sen embargo, o que non deba inmiscirse en asuntos relacionados coa vida política, non quere dicir que poidamos

pensar que o crer é un feito privado. Dun xeito maxistral lembrábanos o Papa Bieito XVI que prescindir de Deus, actuar coma se non existise ou relegar a fe ao ámbito meramente privado, socava a verdade do home e hipoteca o futuro da cultura e da sociedade. Pola contra, dirixir a mirada ao Deus vivo, garante da nosa liberdade e da verdade, é unha premisa para chegar a unha humanidade nova (Carta, 8-VII.2006).

Cando os cristiáns caemos na praxe de converter a fe nun asunto puramente interno, que afecta só á nosa vida íntima, e que non ten ningunha proxección externa, é máis, que quizais convén ocultar porque resulta incómodo para o meu ámbito social, isto supón claudicar ante as esixencias dunha fe auténtica que, necesariamente, implica unha coherencia interior e exterior, e un testemuño no ámbito público en favor da causa do home, da verdade e da xustiza. Porque a nosa vida de fe non é unha simple teoría, nin a adhesión a unha ideoloxía, por moi fermosa e positiva que esta sexa, tampouco algo meramente intelectual ou sentimental, non!, a verdadeira e auténtica fe en Xesucristo implica a toda a persoa e, por conseguinte, nin se pode aparcar cando molesta, nin se reduce á interioridade, nin se pode esconder nas sancristías; ao afectar a toda a nosa persoa, implica a todo o noso ser: pensamentos, afectos, intencións, relacións humanas, a propia corporeidade e a relación cos outros, o traballo cotián ou a mesma busca dun traballo digno. A fe polo tanto é unha realidade que o abrangue todo, que acollida como don gratuío polo home crente, o transforma de modo que pode facer novas tódalas cousas.

Para concluír, quixera que volvésemos a mirada do noso corazón ao texto do Evanxeo de S. Mateo que foi proclamado nesta solemne liturxia: Había un propietario que plantou unha viña; rodeouna dunha cerca, cavou nela un lugar e construiu un caseto para o garda. Logo, arrendóullela a uns viñateiros e marchou lonxe (Mt. 21, 33-34). Esta parábola da viña lémbra-nos aquelas primeiras palabras que pronunciou Bieito XVI ao asomarse ao balcón da basílica Vaticana na súa primeira aparición como Bispo de Roma: ...Despois do gran Papa Xoán Paulo II, os señores cardeais elixíronme a min, un simple e humilde traballador da viña do Señor... Con estas palabras iniciaba o seu ministerio petrino o papa Bieito XVI. O pasado mércores, na última audiencia como Bispo de Roma e Pastor da Igrexa Universal, coa sinxeleza, claridade e humildade que caracterizou o exercicio do seu ministerio, converteu aquel encontro multitudinario nun acto de familia, no que o Santo Pai comunicou ao mundo, que non regresaba á vida privada, a unha vida de viaxes, encontros, conferencias, etc. Non abandono a cruz; sigo dun novo xeito co Señor Crucificado. Sigo ao seu servizo no recinto de San Pedro.

Con estas palabras, deunos a súa última lección aos cristiáns e a todos os homes e mulleres de boa vontade. Aquel que se definía a si mesmo cun humilde traballador na viña do Señor, a partir de onte, a causa das súas dificultades físicas, como consecuencia da súa venerable ancianidade, de novo ponse ao servizo da viña do Señor, coa súa oración e o seu sacrificio escondido.

A fecundidade dos homes e mulleres que se deixaron fascinar por Deus entra na eternidade, como xa o fixo no seu tempo San Rosendo, deixando unha pegada indeleble de servizo á Verdade a Humanidade de hoxe e de sempre. Que Santa María Nai de Deus e nosa Nai, nos axude a levar adiante esta fermosa e comprometida tarefa procurando buscar a Verdade e vivindo a fermosura da fe nesa Verdade que é Vida. Amén.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

**Homilía en la toma de posesión del Rvdo. D. Julio Grande Seara,
como párroco de la parroquia de Cristo Rey de As Lagoas.
10 de marzo de 2013**

Saludo con afecto agradecido al Rvdo. D. Pedro Gómez Antón que ha sido el alma de esta comunidad parroquial. Me alegra mucho verle tan restablecido y presente en esta concelebración.

Quisiera agradecerle también al Rvdo. D. Ramón Gómez Vázquez el trabajo y la dedicación realizada a lo largo de estos años y, de manera especial en estos últimos meses, junto con D. Pedro ha ejercido de forma solidaria el ministerio de párroco al frente de esta comunidad de Cristo Rey de Ourense.

Al Rvdo. D. José Benito González Campos y a los demás sacerdotes que presantas su servicio sacerdotal a esta parroquia.

Mis queridos seminaristas que nos ayudáis con vuestra presencia ejerciendo el ministerio litúrgico.

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

“Gustad y ved qué bueno es el Señor”

Con estas palabras del Salmo 33, que nos ofrece la liturgia de este IV Domingo de Cuaresma, quisiera iniciar mis palabras. El Espíritu del Señor nos invita a que gustemos y que, con los sentidos, podamos contemplar (con los ojos del alma) lo bueno que el Señor es con nosotros. Y esa bondad de Dios se hace efectiva a través de su perdón.

¡Fijaos bien! Nos cautiva un Dios que se hace hombre. Nos fascina un Dios que muere por nosotros, pero un Dios que nos perdona nos llena de un profundo desconcierto, porque nos enamora. Ese Dios que en su infinita misericordia purifica y limpia nuestra historia hace que nos llenemos de confianza y, pase lo que pase, nos ponemos en camino hacia la Casa del Padre.

Me pondré en camino a donde está mi padre. Esa es la certeza de aquél hijo que había abusado del amor del padre, de su confianza, de sus bienes; había sido un desleal. Tanto cariño con él y su respuesta fue: dame la parte que me toca de mi herencia.

Cada uno de nosotros hemos recibido, en el bautismo, como herencia, el ser hijos de Dios, hemos sido creados a su imagen y semejanza ¡somos sus hijos! en cambio, nuestra respuesta ha sido, muchas veces, romper con esa filiación divina, considerarnos “autosuficientes”, en ocasiones incluso hemos caído en la tentación del orgullo y pretendemos “ser como Dios”, o hacer las veces de Dios, quizás, tal vez, en algunas ocasiones no hemos dejado a Dios ser Dios, he ahí la clave de nuestros pecados, nuestro Yo, nuestra soberbia.

En una sociedad como la nuestra, llena de autosuficiencia, con un afán desmedido de libertad, llegando incluso a quedar aherrojada esa misma libertad por opiniones, modas o criterios fundados en rancias ideologías, el hombre y la mujer contemporáneo pretenden construir su vida y la de la sociedad al margen de Dios. Se olvidan, frecuentemente, que todo olvido de Dios conlleva una destrucción paulatina de lo más humano del hombre.

En la Iglesia, desde el primer momento, poseemos esa terapia adecuada para ayudarnos a mantenernos delante de Dios como hijos, queridos y amados por lo que somos, y no por lo que tenemos, ya sea mucho o poco, ni siquiera le apartan nuestros pecados y debilidades, nuestras miserias y pobreza ¡todo lo contrario! Esa realidad curativa es el sacramento de la Penitencia. Es uno de los signos de la misericordia del Señor que en nuestro mundo católico se ha devaluado, por lo menos en algunas zonas. Sin embargo, es uno de los cauces más hermoso y fecundo que nos ayuda a vivir ese proceso del que nos habla el Evangelio de Lucas: “Me pondré en camino donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti... ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Y la reacción del padre nos conmueve: “Sacad en seguida el mejor traje y vestido, ponle un anillo en la mano... traed el ternero cebado... celebremos un banquete” (y aquí está el motivo de todo este despilfarro con el hijo desagradecido), nos dice: “Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”.

Hermanas y hermanos míos: Así actúa Dios con nosotros. Por eso, en la Iglesia, en el rito de la introducción de un nuevo párroco, entre los gestos que se realizan, está la entrega que el Obispo le hace de la “sede confesional”, es decir, el lugar en donde se hace patente la misericordia de Dios. El párroco sabe que debe prestar ese servicio, y si él no puede, porque otras ocupaciones se lo impiden, debe preocuparse de que ese ministerio sea atendido por algún sacerdote. Con respecto a la importancia de este sacramento quisiera contaros una anécdota que ha tenido lugar ¡y sigue teniéndolo! Muy cerca de nuestra geografía.

Hace ya algunos días, a través de un servicio informático, he recibido la noticia

de que en una barriada de Marsella, ciudad industrial y moderna, en donde últimamente sólo el 1% de la población se manifestaba como católica practicante, y con una gran presencia musulmana que sí es mayoritariamente practicante, el arzobispo nombró un nuevo párroco de una de las iglesias del centro de la ciudad, y lo hizo como un último intento antes de proceder a la venta del templo y del inmueble adyacente, debido a la falta de vitalidad de aquella comunidad parroquial. Ese sacerdote se llama D. Michele María Zanotti. Pasó de 50 personas en la Misa dominical, que ya se celebraba en la cripta de la iglesia, a recuperar el culto en el altar mayor; en estos momentos asisten unas 700 personas. Más de 200 adultos se bautizaron desde que este sacerdote está atendiendo esa comunidad, y la Pascua pasada 34. ¿Cuál fue el secreto de este éxito, si me permitís hablar así? El sacerdote se mostró como tal en aquel ambiente secularizado. Mantuvo abierta la iglesia y procuró mantenerla limpia y bien arreglada. Decía él: cómo van a creer que Jesucristo vive en un lugar si no está todo impecable, ¡es imposible! La belleza, el silencio y el buen ambiente conducen a Dios. Pero, además de esto, pasa muchas horas en el confesonario y, desde hace meses, comenzó a acudir mucha gente para que la atendiera, incluso de otras parroquias; se le ha llegado a denominar el nuevo cura de Ars de Marsella. La parroquia es la de San Vicente de Paúl, en el centro de esta gran ciudad de la vecina Francia.

Mis hermanos y hermanas, lo que es imposible para los hombres es posible para Dios. Os deseo lo mejor para esta etapa de la continuidad, porque así se actúa en la Iglesia. La gestión realizada por D. Pedro Gómez Antón y por D. Ramón Gómez Vázquez, constructores de almas en esta comunidad a los que la Diócesis de Ourense les está infinitamente agradecida, debe ser continuada por este joven sacerdote, debe hacerlo sin fisuras ni rupturas, porque somos Iglesia y en ella somos conscientes de que los hombres pasamos, solo Cristo, Rey y Señor del Universo, permanece.

Que la Virgen Santísima, en su advocación de Pontevello, a la que en esta feligresía le tenéis especial devoción os ayude a crecer en fidelidad al Señor y a su Iglesia para que seáis fecundos en obras de apostolado y en vocaciones. ¡Que así sea!

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

**Homilía en la Misa de Acción de Gracias
por el Pontificado de S.S. Benedicto XVI
1 de marzo de 2013**

Excmo. Cabildo Catedralicio

Ilmo. Sr. Vicario General

Sres. Delegados Episcopales

Quisiera saludar con especial afecto al Ilmo. Sr. Rector del Seminario Menor, a sus Formadores y a los alumnos que han querido unirse a esta celebración. Os agradezco mucho vuestra presencia.

Mis queridos hermanos sacerdotes

Hermanas y hermanos míos en el Señor:

“Recordad las maravillas que hizo el Señor” (Sal. 104)

Con estas palabras del salmo de la liturgia de este día, viernes de la Segunda Semana de Cuaresma, en la que celebramos la conmemoración de San Rosendo, obispo, patrono y protector de estas tierras, nos hemos reunido en esta Catedral para dar gracias a la Santísima Trinidad por la vida y el ministerio de S.S. Benedicto XVI. El pasado 11 de febrero, hacia el mediodía, nos sorprendió la noticia de la renuncia del Papa como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal. Gesto insólito en la historia moderna y contemporánea de la Iglesia. Todos nosotros, como hijos fidelísimos de esta Iglesia, queremos manifestar a Dios nuestra acción de gracias por este breve pero fecundo pontificado

¡Sí! El Señor hace presente sus maravillas en medio de nuestra historia por medio de los hombres de fe. Ellos son los mejores hijos de la Iglesia, son los amigos de Dios, y por ello, amigos fieles de los hombres; a través de su mediación el amor providente del Dios de la misericordia se hace presente en el mundo.

En el texto del Evangelio de S. Mateo que ha sido proclamado en esta solemne liturgia, hemos oído: Había un propietario que plantó una viña; la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos viñadores y se marchó de viaje (Mt. 21, 33-34). Esta parábola de la viña nos recuerda aquella primera intervención, improvisada, que pronunció Benedicto XVI al asomarse al balcón de la basílica Vaticana, en su primera aparición como Obispo de Roma: ...Después del gran Papa Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador de la viña del Señor... Con estas palabras iniciaba su ministerio petrino y el pasado miércoles, en la última audiencia como Pastor de la Iglesia Universal, con la sencillez, claridad y humildad que

caracterizó el ejercicio de su ministerio convirtió aquel encuentro multitudinario en un acto de familia, en la que el Santo Padre comunicó a los presentes que no regresaba a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, conferencias, etc. No abandono la cruz; sigo de una nueva manera con el Señor Crucificado. Sigo a su servicio en el recinto de San Pedro.

Con estas palabras, nos ha dado su última lección a los cristianos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Aquel que se definía a sí mismo con un humilde trabajador en la viña del Señor, a partir de ayer, a causa de sus dificultades físicas, como consecuencia de su venerable ancianidad, de nuevo se pone al servicio de la viña del Señor, con su oración y su sacrificio escondido. La fecundidad de los hombres y mujeres que se han dejado fascinar por Dios entran en la eternidad, dejando una huella indeleble de servicio a la Verdad. ¡Qué contraste entre su actitud y las que contemplamos en los líderes de nuestro mundo occidental! Al contemplar nuestro entorno social y eclesial, al que en momentos determinados también se enfrentó – con su dulzura característica, pero con toda la verdad –, descubrimos críticas destructivas, enfrentamientos, rencores, divisiones, despreocupación por lo sustantivo de nuestras vidas, etc. y otras cosas más que no es este el momento ni el lugar para incidir sobre ellas. Me diréis que este perfil no corresponde a la realidad, que este es un análisis exagerado y pesimista; si somos honestos con Dios, también los seremos con nosotros mismos, y eso nos ayudará a enfrentarnos a la Verdad con valentía, sabemos que es así, no hay nada más que estar atentos a los medios. Cuando el cardenal Ratzinger, el 19 de abril de 2005, era elegido Papa a pesar de sus años, supo ser, en medio de aquellas circunstancias, coherente con su fe y, aun sabiendo que perdía su calidad de vida, se puso en manos del Señor, Dueño de la Iglesia, y abandonó sus proyectos de una vida tranquila y sosegada, quizás en su tierra natal, dedicado a la oración y al trabajo intelectual, vivido en y desde el silencio, para asumir una tarea que le superaba. Fue elegido sucesor de Pedro en uno de los cónclaves más breves de la historia, aceptó la elección con la sencillez propia de aquel que confía plenamente en Dios, y realizó su misión con amor y trabajo, a pesar de sus frágiles fuerzas físicas, sabiendo que el futuro estaba en manos de ese Dios rico en misericordia. Asumió el ministerio petrino siendo consciente, ya en aquel momento, de que ese ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando.

Si pudiéramos sintetizar su pontificado nos atreveríamos a decir que todo él giró en torno a Jesucristo y a la Iglesia. Si estos han sido los dos grandes amores de este Papa que nos ha dejado bellísimos testimonios de doctrina y de piedad, no es menos cierto que la vivencia de la verdad, del amor, de la fe y de la esperanza se

convirtió en el objetivo fundamental de su magisterio. Porque para él la caridad – el amor – en la Iglesia lo es todo, porque como enseña el apóstol Juan, Dios es Amor (1 Jn. 4, 8), de ahí que la caridad sea el don más grande que Dios ha dado a los hombres y mujeres de todos los tiempos; pero el amor no se puede entender sin su relación con la verdad, porque sólo en la verdad resplandece la caridad. La verdad es luz que da sentido a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad (...) Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Este es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad (...) La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal .

Desde esta perspectiva nos enseñó a reconocer que, sin este Dios, que nos ama por lo que somos y no por lo que tenemos, el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es el mismo. Sólo si pensamos que este Dios nos ha llamado personalmente y nos ha hecho parte de esa comunidad que es la Iglesia, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero. De ahí que para Benedicto XVI, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo y del auténtico progreso es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra: caridad y verdad, como un don permanente de Dios. Si esto es así ¡y lo es!, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, son uno de los mayores obstáculos para el auténtico desarrollo y para el correcto progreso de los hombres y los pueblos. Por eso, el humanismo que excluye a Dios se convierte en un humanismo inhumano, en un antihumanismo.

El amor de Dios nos invita a salir de lo que es limitado y no definitivo, nos da valor para seguir trabajando, nos da fuerzas para luchar y sufrir por amor porque sólo Él es la clave fundamental de nuestra esperanza. Ese dinamismo necesita ser alimentado, por eso el auténtico desarrollo humano necesita cristianos con los brazos levantados a Dios en actitud orante. Es esta una nueva invitación a secundar lo que el beato Juan Pablo II nos proponía al inicio de un nuevo milenio, de manera especial a nosotros los que hemos recibido una llamada al ministerio ordenado o a la vida consagrada. Los que hemos recibido esta vocación estamos llamados a un cuidado esmerado de la oración, se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar la vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no solo serían cristianos mediocres, sino “cristianos con riesgo”. En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente,

y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes .

Desde la perspectiva de la oración y solo bajo esta luz se puede entender este último momento de su pontificado, momento que le engrandece, si cabe, mucho más. El hombre que se encuentra paulatinamente sin fuerzas, a causa del dinamismo propio de la naturaleza, el hombre que está convencido de que la lucha cotidiana por la santidad personal es, hoy más que nunca en la Iglesia, una urgencia pastoral, ese hombre descubre con verdad que para ejercer su ministerio, en una sociedad como la nuestra, sujeta a rápidas transformaciones y sacudida por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu. Solo un hombre con una fe viva y un gran amor a la Iglesia, siendo fiel a Nuestro Señor Jesucristo, tiene la valentía de renunciar a ese ministerio y ponerse al servicio de la Iglesia a través de la oración y del silencio. Su renuncia ha sido una prueba de que no quiere servirse de la Iglesia, sino que quiere morir sirviéndola de otra manera; en este caso quiere hacerlo como un peregrino que se prepara para la última etapa de su vida. Este pensamiento, que ayer expresó con sencillez al despedirse como Sumo Pontífice, se convierte en una síntesis de su existencia creyente: un peregrino de la fe que a sus ochenta y seis años, con todo el realismo de la verdad, es consciente de que, desde aquel preciso momento comienza a recorrer el último tramo de su paso por esta tierra.

Mis queridos hermanos y hermanas, mis amigos sacerdotes: Con las mismas palabras de Benedicto XVI quisiera decirles que las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar a Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía

Tengo la certeza absoluta de que una de esas personas ha sido el Papa Benedicto XVI. Ha vivido con coherencia cristiana en medio de graves dificultades, ha sabido guardar silencio ante críticas, acusaciones y descalificaciones, ya desde su etapa como Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la fe; con la fuerza de la verdad ha sabido corregir e iluminar las oscuridades que empañaban la belleza del sacerdocio católico. Su persona ha sido expresión viva de la ternura del Padre, que a través de su mirada, penetró en el corazón de muchos, incluso de los enemigos, o de aquellos que le habían acusado sin motivos. Con su palabra, límpida y acrisolada por la oración y el estudio serio y exigente, cautivó la inte-

ligencia y el corazón de los hijos de la Iglesia y de tantos hombres y mujeres de buena voluntad.

Volvamos la mirada a la Virgen Madre. Ella se dirige a nosotros en este Año de la Fe y, con las mismas palabras del Papa, nos dice: ¡ten la valentía de atreverte con Dios! ¡Prueba! ¡No tengas miedo de Él! ¡Ten la valentía de arriesgarte con la fe! ¡ten la valentía de arriesgarte con la bondad! ¡ten la valentía de arriesgarte con el corazón puro! ¡Comprométete con Dios; y entonces verás que precisamente así tu vida se ensancha y se ilumina, y no resulta aburrida, sino llena de infinitas sorpresas, porque la bondad infinita de Dios no se agota jamás .

¡Mis queridos todos!: Guardando en nuestras vidas el testimonio auténtico de fe que hemos contemplado en el Papa, pidamos a la Madre de Dios que nos obtenga el don de una fe madura: una fe que quisiéramos que se asemeje a la de la Madre de Dios; una fe nítida, genuina, humilde y a la vez valiente, impregnada de esperanza y entusiasmo por el Reino de Dios; una fe que no admita fatalismo y que esté siempre abierta a vivir la voluntad de Dios.

Al comienzo de este mes de marzo encomendemos, también, a San José, Patrono de la Iglesia Universal, que custodie y proteja a la Iglesia en estos momentos de la historia y que la Inmaculada Madre de Dios interceda por el Colegio de los Cardenales, actuales custodios de la Iglesia y, dóciles al Espíritu Santo, alumbren en las próximas semanas a ese nuevo Papa que en la Iglesia santa todos necesitamos. Que así sea.

Nota.- Al finalizar el acto, después de la bendición el Sr. Obispo dijo estas palabras: *Gracias, muchas gracias, muchísimas gracias por vuestra presencia. Vosotros le habéis puesto rostro a esta Iglesia particular de Ourense que unida a su Pastor, junto con este numeroso grupo de sacerdotes que representan a todo el Presbiterio Diocesano os habéis acercado a esta Catedral – la Iglesia del Obispo – para agradecerle a la Santísima Trinidad los ocho años del pontificado de Benedicto XVI. Me emociona ver a este buen grupo de sacerdotes que, dejando sus muchas ocupaciones, a esta hora de la tarde os habéis querido unir a vuestro Obispo en esta acción de gracias.*

Quisiera agradecer, la ayuda que nos ha prestado el Coro de la parroquia de San Pio X de Mariñamansa. Y, una vez más, reiterarle mi agradecimiento al Excmo. Cabildo y a la Vicaría de Pastoral por los trabajos realizados.

Os ruego, que a lo largo de estos días, roguéis al Espíritu Santo por el Colegio Cardenalicio para que, muy pronto, nos pueda presentar al nuevo Romano Pontífice. Gracias.

Homilía en la Fiesta de Santo Tomás de Aquino
Misa solemne celebrada en la capilla del Seminario Mayor

Ilmo. Sr. Vicario General de esta Diócesis

Ilmo. Sr. Rector del Seminario Mayor

Ilmo. Sr. Rector de La Inmaculada

Ilmo. Sr. Director del Instituto Teológico “Divino Maestro”

Ilmo. Sr. Director del Centro de Ciencias Religiosas “San Martín”

Claustro de Profesores

Mis queridos Seminaristas

Hermanos y hermanas mías en el Señor.

Dentro del Año de la Fe celebramos hoy la memoria litúrgica de Santo Tomás de Aquino, Príncipe de las Escuelas Católicas, y especial patrono de aquellos que se dedican al estudio de la Filosofía y de la Teología. Si estuviese presidiendo la santa Eucaristía en otro lugar quizá sería conveniente esbozar su biografía o trazar de forma sintética algunos rasgos sobresalientes de su rica personalidad. Ni una ni otra cosa voy hacer, ya que de todos es sabido que este cristiano, distante de nosotros en el tiempo, - su vida transcurre en el siglo XIII-, él sigue estando presente a través de su obra y, a pesar de algunas voces críticas, sigue siendo maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología, así lo manifiesta Benedicto XVI, siguiendo en esta opinión al beato Juan Pablo II. Prueba de ello son las setenta y una veces que viene citado en el Catecismo de la Iglesia Católica, cuyo vigésimo aniversario estamos celebrando.

Quisiera reflexionar con vosotros sobre el regalo de la fe que hemos recibido en nuestro bautismo y, gracias a ello somos lo que somos y estamos donde estamos. Nos encontramos en este lugar de oración por el que han pasado muchos de nuestros sacerdotes; es este un verdadero santuario de la fe porque en él se hicieron realidad muchos acontecimientos especialmente hermosos, quizás algunos de los presentes os habéis ordenado aquí diáconos y sacerdotes; con certeza en esta capilla, se elevaron al cielo en muchísimas ocasiones, a veces acompañadas de lágrimas de alegría, y otras muchas transidas por el dolor y la oscuridad que siempre lleva consigo todo proyecto vocacional. De lo que no cabe duda alguna es de que estamos celebrando la santa Eucaristía en un lugar vinculado a nuestra fe, de ahí que en este día en el que celebramos la fiesta del Doctor Communis, quisiera pedirle a él que nos ayude a reflexionar sobre el don de la fe.

De sobra es conocido por parte de los conocedores de la obra del Angélico que este Doctor de la Iglesia se ocupó en varios momentos de la Fe, tan

solo os propongo para nuestra reflexión, realizada dentro del marco litúrgico, la cuestión 14 De Veritate y las primeras cuestiones al comienzo de la II-II, de la Suma Teológica.

Vivimos inmersos en una sociedad de cambios muy rápidos. Las modas, incluso las del pensamiento, son acontecimientos casi instantáneos que, apenas incorporadas a nuestra forma de pensar y de actuar, ya quedan obsoletas. Los principios de actuación, incluso moral, que se ofrecen tanto a nosotros como a nuestros contemporáneos, como la mejor de las mercancías y como auténticos caminos de progreso, se convierten en cauces de opresión y de pobreza moral y física, cuando no en vías de perdición y de difícil retorno. En ese contexto, nuestra peregrinación de la fe en Jesucristo, se nos presenta como una senda estrecha (Mt 7,13), que conduce a la plenitud de nuestra existencia y, por consiguiente a la felicidad eterna. Este camino no sólo es un conjunto de creencias, principios morales y doctrinas; es mucho más que eso: es la adorable persona de Jesucristo que se nos ofrece, toda ella, cargada con su fuerza de vida y de amor. Esta persona divina que fascinó a Tomás de Aquino y a tantos amigos de Dios a lo largo de la historia multisecular de nuestra familia que es la Iglesia Católica. Recordad aquel bellísimo testimonio de Doménico de Caserta, sacristán de la iglesia de San Nicolás de Nápoles, que oyó aquel diálogo que el Maestro Tomás, sostenía con el crucificado, en aquella hora temprana de la mañana, preguntándole preocupado al Señor si cuanto había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto. Y el Crucifijo respondió: Tú has hablado bien de mí, Tomás. ¿Cuál será tu recompensa? La respuesta del santo fue: ¡Nada más que a Tí, Señor!

La fe es un puro don y ante este ofrecimiento absoluto por parte de Dios, el hombre recibe la invitación, la llamada a responder con su entrega. De ahí que la fe es esa respuesta del hombre a Dios que se revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida. Mis queridos hermanos, desde esta perspectiva se entiende por qué el Doctor Angélico coloca al comienzo de la parte más voluminosa de su Suma, aquella dedicada a la moral, las 189 cuestiones de la II-II, y en ellas realiza un estudio sobre la fe. Estaba convencido de que el comportamiento moral humano solo se entiende de forma adecuada desde la clave de las virtudes teologales que tienen por objeto al mismo Dios, principio y fundamento de nuestro ser y actuar. Con qué claridad afirma que toda la actividad del creyente está orientada hacia el mismo Dios. Cierto, la Caridad es la más elevada de esas virtudes porque nos lleva a Dios mismo que es Amor y con Él nos une; sin embargo, Santo Tomás sostiene que la fe es anterior porque no hay amor posible sin el conocimiento previo y sobrenatural de Dios mismo y este nos viene dado por la fe.

Por eso afirmamos que la fe es un regalo impagable que hemos recibido de Dios en el seno de la Iglesia; pero aunque es un don divino, también es un acto plena y profundamente humano. En este sentido, creer no es contrario ni a la libertad del hombre ni al uso de su voluntad, ni mucho menos contrario a la fuerza de la razón que guía nuestra existencia, como algunos de nuestros contemporáneos se esfuerzan en publicitar. En la fe, la inteligencia y la voluntad del ser humano cooperan con el don de Dios, de ahí que no basta con tener razones para creer, sino que es necesario querer creer.

¡Querer creer! A algunos les sorprendió que titulase de esta manera mi primera carta pastoral. Parece un juego de palabras, pero no lo es. Por experiencia de nuestro trabajo pastoral, también vosotros mis queridos seminaristas, a menudo nos esforzamos en buscar y dar razones de nuestra fe a aquellas personas que nos las piden. Muchas veces pretendemos hacerlo para lograr que otras personas se acerquen a Cristo o recuperen la fe perdida – si es que alguna vez la tuvieron-, o simplemente dormida. La falta de respuesta a este empeño puede causarnos desaliento y las dejamos por imposibles, esperando que las cosas se solucionen con el paso del tiempo. No era ésta la actitud de los primeros cristianos cuya fe se fue expandiendo en una sociedad y en una cultura quizás más hostil que la nuestra.

Lo importante es que el Señor encuentre la puerta de nuestros corazones abierta de forma que, con el testimonio de los grandes maestros cristianos, entre ellos el de Santo Tomás, podamos vivir esa experiencia que consiste en purificar nuestra vida para que entre la luz de Dios. Con una existencia rota, mientras no se cure y purifique, con la adecuada terapia: oración diaria y sacramentos frecuentes, no entrará la luz de la fe ¡todo lo contrario!. Si cerramos las ventanas de nuestra existencia a ese Dios, en el que somos nos movemos y existimos, y la abrimos de par en par, a todo lo que nos rodea y envuelve, entonces no podemos asustarnos de la espesura y de la persistencia de la noche oscura de la fe.

No se trata solo de razones que se puedan aducir para invitar a la fe, sino sobre todo de querer creer y, para ello, es necesario purificar el corazón de otros quereres para que se realice esa apertura al camino de la fe y así se ilumine, de manera cada vez más bella, la alegría y el renovado entusiasmo del encuentro con el Resucitado. En este mismo sentido, el Angélico, mencionando a san Agustín llega a decir: El hombre puede aceptar algunas cosas sin querer, pero solo puede creer queriéndolo . Es esta la situación con la que nos encontramos con frecuencia. De ahí mis queridos hermanos que es muy importante formarnos bien y no dejar nuestros estudios nunca, ni dentro ni fuera del Seminario,

no podemos caer en la tentación de pensar que ya lo sabemos todo y conocemos el arte de la dialéctica o que poseemos los recursos de esa apologética actual que nos lleva a claudicar con facilidad en temas de doctrina y de moral, en esos momentos en los que nos encontramos con alguno de nuestros contemporáneos que se acerca a nosotros, con más o menos rectitud de intención, en búsqueda de claridad para sus dudas y problemas de fe. Hasta en las aldeas más remotas de nuestra Diócesis nos podemos encontrar con feligreses que, a pesar de su posible simplicidad, gracias a los medios de comunicación, en especial la tv que llega a todos los lugares, esas personas tiene una información que muchas veces les galvaniza de tal modo que no son sujetos receptivos de nuestras predicaciones. Tenemos que luchar para suscitar en medio de nuestro pueblo, que busca y no encuentra, ansias nuevas para que quieran creer, y eso solo lo podemos hacer si vivimos de acuerdo con aquel criterio que nos da la Escritura, y que no ha perdido actualidad: Los creyentes perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando (Hch 2, 42-47).

Perseverar en la enseñanza de los apóstoles supone estar abiertos a la lectura y contemplación diaria de la Palabra de Dios, a las exhortaciones y demás documentos que los pastores de la Iglesia nos hacen llegar. Esto supone, no solo estar al día, sino vivir en sintonía con la Iglesia. El segundo consejo es vivir la comunión eclesial, mis queridos hermanos, no somos versos sueltos dentro de ese epitalamio de amor que es la comunión eclesial, y de manera especial en nuestra Iglesia particular, debido a las dificultades con las que nos encontramos, al igual que tantos hogares y hombres y mujeres de nuestro entorno social aquejado por la crisis. El tercer consejo que se nos da es el de vivir bien la fracción del pan, es decir, la celebración de la Eucaristía. ¿Cómo nos preparamos para celebrarla? ¿Cómo cuidamos todo aquello que rodea este misterio de fe y de amor? ¿Cómo celebramos la santa Misa? Si alguno de esos que quieren creer contempla nuestras celebraciones, se percatará de que estamos metidos en el misterio de nuestra fe y que creemos en lo que estamos haciendo o, quizás solo observará una simple función repetitiva, que con las prisas corremos el riesgo de trivializar de tal modo que, hasta lo más santo, puede ir perdiendo su sentido en nuestras vida. ¡No podemos acostumbrarnos al misterio!

El cuarto consejo que se nos ofrece es que perseveraban en las oraciones. ¿Somos hombres orantes? ¿Le dedicamos tiempo a la oración personal? ¿Cuidamos, personalmente, la Liturgia de las Horas? ¿Le dedicamos tiempo al pueblo que se nos ha encomendado para enseñarles a rezar y a vivir la oración litúrgica, de tal modo que aunque nosotros no podamos ir a la parroquia, siempre tengamos alguna persona que abra la iglesia para hacer de ese templo un lugar de oración?. Por último, mis queridos hermanos, y no quisiera cansaros más, hay un quinto consejo que surge del texto de los Hechos: los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. ¿Queremos hacer creíble la fe que profesamos? Cuidemos esa economía de comunión; no nos dejemos aherrojar por el afán desmesurado de poseer bienes materiales, porque eso nos impedirá vivir la virtud teologal de la esperanza y desaparecerá de nuestra vida de fe la pasión por la vida eterna.

La vida, obra y enseñanzas de aquel amigo de Dios que fue Santo Tomás, que tuvo una cortísima existencia en este mundo, solo vivió poco más de cuarenta y nueve años, es para nosotros que nos dedicamos al estudio, de manera especial, de las cuestiones de la fe, un “maestro”, no solo por su manera de hacer, sino sobre todo, por la pureza y rectitud moral de su vida. Sólo desde esa perspectiva se puede entender aquella respuesta del Doctor Angélico al crucificado: ¡Nada más que a Ti, Señor!. Para los que vivimos inmersos en una sociedad tan pendiente del tener y del poder, ambiente que tantas veces se filtra en nuestra propia vida de consagrados, necesitamos levantar nuestra mirada a santa María, Virgen fiel, para que nos ayude a decirle muchas veces al Divino Maestro: Señor creo, pero aumenta mi fe, y así podamos ayudar a quienes quieren creer. ¡Que Santa María nos ayude ahora y siempre a ser hombres de fe! Amén.

Homilía en la Misa de Institución de Acólitos
Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro
15 de marzo de 2013

Ilmo. Sr. Vicario General del Obispado
Ilmos. Sres. Rectores de los Seminarios “Divino Maestro” y de “La Inmaculada”
Ilmo. Sr. Director del Instituto Teológico y Sres. Profesores
Sres. Delegados Episcopales
Mis queridos hermanos y amigos sacerdotes
Miembros de Vida Consagrada
Mis queridos Seminaristas del Mayor y del Menor
Hermanas y hermanos míos en el Señor

“El Señor me instruyó y comprendí...” (Jer. 11, 18)

Con esta frase de libro de Jeremías que acaba de ser proclamado, quisiera iniciar esta reflexión teniendo como marco la Santa Eucaristía que estamos celebrando en esta bellísima capilla del Seminario, en este sábado de la Cuarta semana de Cuaresma.

Nos instruye el Señor a lo largo de la vida y nos enseña, de manera especial en el seno de esta gran familia que es la Iglesia. Lo hace porque quiere que, paulatinamente, en total libertad, vayamos aprendiendo a caminar en el Señor; es decir, a caminar en justicia y en verdad. Y cuando hablamos de caminar en justicia, entendemos que esta vía nos lleva, ineludiblemente, a enfrentarnos con la realidad de la santidad.

Es esta la tarea más urgente a la que nos invita la Iglesia: caminar en verdad. Caminar en santidad de vida. Es imposible tomar en serio el proyecto de la santidad personal y la de los hermanos si no caminamos en verdad. Caminar en verdad nos lleva a ser sinceros con Dios, con nosotros mismos y con los hermanos.

Mis queridos seminaristas: el camino hacia el sacerdocio no es solo un proceso más; recibir el Rito de Admisión a las Órdenes Sagradas, o en este caso, el Ministerio del Acolitado, no es sólo un simple acontecimiento que queda reducido a un rito breve y sobrio, y nada más; es un sacramental de la Iglesia que nos ayuda a acercarnos al Misterio de Dios con el corazón y el espíritu abierto y limpio; es decir, es una invitación a ser honestos con Dios y honrados con nosotros mismos.

Mis queridos amigos: ¡el sacerdocio está a la puerta! ¡Qué hermoso proyecto

de vida y santidad! Pero qué terrible sería si nos acercásemos a él con el corazón dividido. Sí, el sacerdocio es un camino de santidad que, si somos fieles, nos convierte en los hombres más felices de la tierra; pero si no somos honrados ni honestos con nosotros mismos, entonces nuestra vocación, que es una *via lucis*, un camino de luz, se convierte en un camino al estilo del mundo, de acuerdo con los criterios, modas y opiniones del mundo. Con qué ternura nos lo decía el Papa Francisco en la Santa Misa del pasado jueves, 14 de marzo:

Caminar... caminemos en la luz del Señor. Caminar: nuestra vida es un camino y cuando nos paramos algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, intentando vivir con aquella honradez que Dios pedía a Abrahán en su promesa.

En muy pocas palabras, dicho con sencillez y ternura, el nuevo Papa nos ha trazado un programa de vida cristiana para ser fieles, y la clave la hace girar sobre el hecho de caminar con honradez, a la luz del Señor. Una luz que se acerca a nosotros, cada día, por medio de la oración, por eso, a continuación añadía el Santo Padre: quien no reza al Señor, reza al diablo. Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa a la mundanidad del diablo –y vuelve a repetir- la mundanidad del demonio.

Algo debe estar haciendo el Papa que, en muy pocos días, ha pasado de ser aclamado por todos, para ser vilipendiado y ultrajado su nombre por algunos medios. Los hijos de la luz se convierten, muy pronto o tarde, en signo de contradicción.

Acojamos la invitación que el Espíritu del Señor nos está haciendo: caminar en la presencia del Señor, a la luz del Señor, con honradez y honestidad de vida; es decir, luchando cotidianamente por ser sinceros con Dios, con nosotros y con los demás, para ser santos e irreprochables ante Él por el Amor. Un Amor grande, noble, limpio, que contrasta con los espejismos de esos amores que nos pueden llevar a caminar de acuerdo con los criterios de la mundanidad. Para saber que ese caminar nuestro es según Dios, según la justicia de Dios –como nos recuerda el Salmo 7, el responsorial de hoy- el criterio vuelve a ofrecérselo el Papa:

Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.

Mis queridos seminaristas que hoy vais a ser instruidos Acólitos; la Iglesia, a través de la oración de vuestro Obispo, pedirá a Dios Padre que os bendiga y que os haga asiduos en el servicio del altar... y para que crezcáis siempre en la fe y en la caridad.

¡Creedme! Servir al altar no consiste en quedarnos en las apariencias estéticas, ni en los adornos rubricísticos, aunque sí es necesario ser fieles a las normas establecidas por la Iglesia. ¡No!, mis queridos amigos: servir al altar es servir al Dios tres veces Santo, es acercarnos a las cosas de Dios con un corazón limpio de mundanidades, es construir en nuestra vida, con los medios ascéticos que nos ofrece la Iglesia, un altar en nuestro corazón. La confesión frecuente y sincera; la dirección espiritual valiente y constante, el estudio exigente, la fraternidad y la amistad fundadas sobre la Cruz del amor de Cristo, no sobre simpatías ni antipatías, ni mucho menos sobre amistades particulares que, con el tiempo, se convierten en ataduras afectivas que incapacitan para vivir una auténtica fraternidad sacerdotal..., todo ello nos ayudará – os ayudará – a construir vuestra vida en santidad y en honradez ante Dios y ante los hombres y mujeres de nuestro mundo, a los que tenemos que servir: en santidad y justicia.

¡Haced de vuestro corazón un altar y así seréis servidores del altar del Señor y de su Iglesia! Así os iréis convirtiendo en esos cristianos que queréis servir a la Iglesia como ella quiere ser servida y no servirse de ella ni de sus estructuras para vivir de acuerdo con esos criterios de mundanidad.

Amigos míos, no os dejéis engañar por aquellos que, malinterpretando a San Agustín que dice: ¡ama y haz lo que quieras!, hacen y justifican lo que hacen, incluso con especiosos razonamientos. Ama y haz lo que quieras –nos recuerda el Doctor de la Gracia- pero prosigue, porque si es el Amor el que guía tus pasos, realizarás grandes empresas. Ese Amor que guía nuestras empresas, es el Amor de Cristo crucificado, por eso aquél que es enemigo de la Cruz de Cristo es un mundano aunque sea un consagrado, y no podrá realizar los grandes proyectos del Amor Misericordioso del Señor. Mis hermanos y hermanas, queridos jóvenes aquí presentes, no os dejéis engañar por los espejismos que pretenden atraparos en vuestro camino, buscad a Jesucristo y seréis inmensamente felices. Pero no os olvidéis que el amor de Jesucristo se nos hace patente a través del Misterio fecundo de la Pascua: por la Cruz, a la Luz. ¡Otros caminos no os harán felices!

El proyecto es hermoso, pero exigente, no os olvidéis que las cosas que más cuestan son las que más valor tienen. A pesar de las dificultades, no temáis, volved –volvamos- la mirada a María, la Madre del Divino Maestro, y ella nos concederá la gracia de encontrar el buen camino, para caminar a la luz del Señor, y así conseguiremos dar Gloria a Dios, la plenitud de nuestras vidas y la gloria eterna. Amén.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

CARTAS

Carta a los sacerdotes con motivo de los Ejercicios Espirituales

Mi querido hermano y amigo sacerdote:

Como bien sabes, uno de los objetivos fundamentales de este Año de la Fe es la conversión de todo nuestro ser a Aquél que es para nosotros Camino, Verdad y Vida, Jesucristo. Estamos viviendo momentos muy importantes en y para la Iglesia; el último testimonio de fe y humildad que nos ha dado el papa Benedicto XVI, es una invitación a la búsqueda de lo esencial en nuestras vidas. Para lograr ese encuentro con el fundamento de nuestra existencia como cristianos y, en especial, como sacerdotes, los Ejercicios Espirituales constituyen una ocasión propicia para lograr esa puesta a punto en nuestras vidas y, al inicio de este tiempo cuaresmal, es una oportunidad para prepararnos mejor y así poder ayudar a nuestros hermanos y hermanas, los laicos.

Bien es cierto que son muchas las tareas y ocupaciones que llenan nuestro día, pero no es menos cierto que, a veces, nos preocupamos excesivamente de las cosas del Señor y nos olvidamos del Señor de las cosas. Cuando eso acontece en nuestras vidas, corremos el riesgo de quedarnos en la periferia de nuestra existencia y, sin querer, podemos perdernos en el ejercicio de las funciones sacras, pero el misterio de la vida del Señor que celebramos cotidianamente, puede perder fuerza en nuestra vida sacerdotal y podemos quedarnos a la intemperie. Estamos llamados a ser los servidores del Señor, en el mundo y en la sociedad actual; necesitamos cuidar nuestra vida interior. Ya sé que fuiste invitado por los Delegados del Clero, pero quisiera dirigirte estas letras para que consideres, al comienzo de este tiempo de Cuaresma, que es necesario la asistencia a los Ejercicios Espirituales anualmente.

No basta con que tú y yo hagamos los Ejercicios, nuestro deber de fraternidad sacerdotal nos lleva a implicarnos en el hecho de que tenemos que invitar a nuestros hermanos sacerdotes, a ayudarles y a ofrecerles la colaboración necesaria para sustituirles en el desempeño de las tareas pastorales. La santidad de nuestros hermanos sacerdotes es tanto o más importante que la lucha cotidiana que realizamos para conquistar la nuestra.

Mi querido amigo, te recuerdo, que el próximo domingo, día 17 de febrero, primero de Cuaresma, comienza una tanda de Ejercicios en la Casa Diocesana, espero que puedas participar en ella, y si tú no puedes, invita a alguno de nues-

tros sacerdotes. Si son ancianos, ofrécete a traerlos a la Casa de Ejercicios. Sin duda, que al comienzo de este tiempo tan especial, la asistencia a los Ejercicios Espirituales sería una buena ocasión para meternos en la dinámica de la conversión dentro de este Año de la Fe.

Te saluda con especial afecto y te encomienda en sus oraciones, tuyo afmo.

+ J. Leonardo.

Bispo de Ourense

Carta con motivo de la celebración de la Jornada de la Vida Consagrada

“Signo vivo de la presencia del Señor”

El próximo día 1, vísperas de la fiesta litúrgica de la Presentación de Jesús en el templo y de la purificación de Santa María, celebramos en nuestra Diócesis la Jornada de la Vida Consagrada. Lo haremos dentro del marco del Año de la Fe, y al igual que todos los actos con especial fuerza eclesial, lo viviremos en la Catedral.

Desde el año 1997, en el que fue instituida por el beato Juan Pablo II, esta jornada se ha venido celebrando sin interrupción, con más o menos solemnidad, teniendo en cuenta las vicisitudes por las que pasó la Iglesia particular de Ourense. En esta ocasión, como no podía ser menos, el lema de la misma está entresacado de la Carta apostólica *Porta Fidei*: Signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo.

Hay un sentimiento muy profundo en toda la comunidad eclesial que afecta, por igual, a los monjes y monjas, a los religiosos –ellas y ellos-, a los miembros de los institutos seculares y a todos los que forman parte de las sociedades de vida apostólica de tal modo que los percibimos como un signo vivo de la presencia del Resucitado. Con vuestra presencia, a veces silenciosa, y que tantas veces pasa desapercibida, sois como esa “candela” (Mt. 5,16) de la Iglesia que nos ilumina en nuestro caminar.

Sabemos que la fe es creer en el amor de Dios que se nos hace visible por medio de la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo. Sabemos que todos lo que habéis optado por una de las múltiples formas de vida consagrada sois esos faros que daís luz en medio de nuestras ciudades, villas, pueblos, parroquias y aldeas. Sabemos bien que la fisonomía de la Iglesia diocesana sería totalmente diferente sin vuestra presencia, sería como un jardín sin esas flores que con su variedad cromática le dan belleza y la impregnan de ese “buen olor” de Jesucristo resucitado y vivo. Sin la presencia de la vida consagrada en nuestra Iglesia particular nos encontraríamos con un mundo diferente, lleno de tristeza y carente de alegría.

En mi primera Carta pastoral os decía que “La Iglesia de Dios se enriquece con la vida consagrada que es signo escatológico de la Iglesia. Además, en muchos de los servicios que prestáis en la enseñanza, en la caridad, en la sanidad, en la pastoral ordinaria, os corresponde llevar a cabo la gran tarea de la Iglesia de forma directa e inmediata junto a los sacerdotes. Todos juntos formamos la Iglesia y

sacamos adelante la gran misión que ésta tiene en nuestro tiempo”.

Si a lo largo de mi trabajo sacerdotal siempre estuve próximo a toda forma de vida consagrada, mucho más ahora en el ejercicio del ministerio episcopal. Quisiera estar más cerca de todos, sin embargo, en este primer año de contacto con la realidad diocesana, los muchos afanes y las diferentes tareas que tuve que realizar me impidieron estar más próximo a vosotros. ¡No era esa mi intención! Sin embargo, quiero que sepáis que siempre encontraréis en mí a un Padre, a un Hermano y a un Amigo que se siente próximo a todos los consagrados y consagradas y os ruega que también estéis cercanos a mi trabajo pastoral a través de vuestra presencia orante.

Es mi deseo celebrar este Año de la Fe, con especial solemnidad, en todos los monasterios y conventos de vida contemplativa. A los religiosos y religiosas cuya vida transcurre en medio de las tareas educativas y asistenciales, así como a las que sois miembros de los institutos seculares y de cualquier carisma de vida apostólica consagrada, me gustaría que, al igual que voy a hacer con todos los arciprestazgos y zonas pastorales de la Diócesis, también los que vivís vuestra vocación consagrada en el mudo, tengamos un encuentro en la Catedral.

Mis queridos amigos y amigas: Para ser signos, tenemos que ser luz, y para iluminar este mundo, antes es necesario que nos dejemos transformar por Aquél que es la “luz del mundo”. Para lograrlo, sed muy fieles a los principios fundamentales de vuestro carisma que, a pesar de las crecientes olas de laicismo y de relativismo que golpean la sociedad, sigue siendo de perenne actualidad.

Dejaos renovar en vuestra entrega, con la misma pasión del primer día. Reavivad vuestra fe en Jesucristo, vivida en el seno de la Iglesia. Testimoniad esa fe a través de vuestra existencia, aunque seáis pocos, os encontréis mayores o, quizás, penséis que no os necesitan. Dejaos empapar por la Palabra, leída en la Iglesia, meditada, contemplada y vivida a través de vuestra existencia y así seréis, con vuestra alegría renovada, testigos de Jesucristo resucitado, el eternamente Vivo.

Que Santa María Madre del Amor Hermoso, de ese Amor al que habéis entregado vuestra existencia, os ayude y acompañe siempre.

Con singular afecto, encomendándose a vuestras oraciones, os bendice.

J. Leonardo
Bispo de Ourense

Carta con motivo de la Campaña contra el Hambre de Manos Unidas

“La igualdad, camino de la justicia”

Se acerca la jornada de Manos Unidas. Ya son 54 años de experiencia, de tal modo que en el mundo católico de nuestro país, nadie es ajeno a esta Organización No Gubernamental para el Desarrollo (ONGD) que ha brotado en el corazón de un grupo de mujeres católicas que se implicaron, radicalmente, en la erradicación del hambre en el mundo.

Año tras año, casi como pórtico del inicio del tiempo de Cuaresma, nos encontramos con dos invitaciones que sirven de despertadores de nuestra conciencia, tantas veces aburguesada: el Día del Ayuno Voluntario, el viernes 8 de febrero, y la Jornada Nacional de Manos Unidas, el domingo 10 de febrero. En nuestra agenda constituyen dos citas irremplazables. Cada año la jornada tiene un lema que pretende concretar los objetivos que nos ayudan a descubrir alguna de las causas que genera pobreza en el mundo. En esta ocasión: No hay justicia sin igualdad. Igualdad y colaboración entre el hombre y la mujer.

Son muchos los proyectos que se intentan potenciar con la ayuda de “muchos pocos”, y yo quisiera centrarme en uno de ellos que, necesariamente, es una realidad recurrente que, cada año, aparece destacado entre los objetivos de actuación. Me refiero a la educación.

El lema de este año nos enfrenta a la cruel realidad que, con frecuencia, nos golpea también a nosotros, ciudadanos de este mundo opulento y autosuficiente: la violencia contra la mujer. Sin ninguna duda, desde el Cuerno de África hasta las sierras elevadas de Latinoamérica, pasando por los barrios de nuestras ciudades y villas, la mujer se convierte en esa persona vulnerable en donde la pobreza, la necesidad y el hambre se ceba con violencia. Detrás de esas situaciones nos encontramos con un hambre profunda de educación. Manos Unidas trabaja para ayudar a todas las personas necesitadas que, viviendo en graves situaciones de falta de igualdad con los hombres, sobre ellas crece la injusticia y, donde no hay justicia, tampoco puede haber caridad.

En muchos lugares del mundo es necesario llevar a cabo programas educativos a través de los cuales se pueda conseguir una adecuación de derechos-deberes entre los varones y las mujeres. Sólo a través de ese poderoso instrumento que es la educación se pueden superar las gravísimas lacras que arrojan a las personas a la más dolorosa de las pobrezas.

Es verdad que hay muchas clases de hambre en nuestro mundo, este año, la jornada de Manos Unidas quiere ayudarnos a descubrir que la falta de igualdad

entre varones y mujeres es causa de muchas situaciones injustas. Podemos darles de comer un día, solucionando los males inmediatos; sin embargo, a través de los programas educativos y promocionales de la mujer y de las niñas se puede conseguir un cambio fundamental en la vida de las familias y en los pueblos. Alguien ha dicho que existe un principio que dice que formar a un hombre es formar a un individuo, pero formar a una mujer es formar a una nación. Este pensamiento encierra en sí una profunda filosofía, que nos da la clave a través de la cual se pueden entender tantas realidades que hoy nos afectan muy de cerca, también a nosotros, que vivimos en esta sociedad occidental. De hecho, aquél revolucionario del siglo XIX, consciente del potencial que encierra en sí lo femenino, llegó a afirmar aquella frase infeliz: Corrompamos a la mujer y Occidente será nuestro.

Las mujeres de Manos Unidas quieren ayudarnos a descubrir que mientras no tomemos en serio nuestra lucha contra el comercio internacional de mujeres y niñas, seguirá habiendo hambre en el mundo. Necesitamos levantar nuestras voces ante los poderosos de la tierra, para que la violencia física, psíquica y sexual que afecta a muchas niñas y jóvenes, desaparezca de nuestras sociedades y así se puedan superar tantas “hambres” que aniquilan en silencio a tantas inocentes.

Hoy, más que nunca, a través de los medios que poseemos, debemos erradicar los signos de pobreza que afectan a muchas niñas y jóvenes que no pueden acceder a la educación porque, desde muy jóvenes, se ven forzadas a abusos y “matrimonios infantiles”, convirtiéndose en “niñas-esposas-madres” que viven en condiciones de esclavitud.

Colaborar con Manos Unidas es aportar “nuestras pobrezas” para que, unidas a las “riquezas” de los otros, podamos lograr que la igualdad entre seres humanos, varones y mujeres, sea una realidad en la que se asiente una auténtica justicia, y así se viva en esa caridad que es la realidad que nos define como hijos e hijas del Buen Padre Dios que, desde el proyecto inicial de la humanidad, a imagen de Dios fueron creados, hombre y mujer los creó, sigue siendo un reto para creyentes y no creyentes. Ambos fueron queridos por Dios y, a imagen y semejanza del Creador, fueron pensados y amados, de tal modo que ese designio creacional no debe quebrarlo el hombre si no quiere ser él mismo destruido.

La existencia de tantas “hambres” en nuestro mundo y en el interior de nuestras sociedades es prueba evidente de que ese proyecto amoroso de Dios ha sido objeto de graves atentados. Construyamos un mundo más “igual” y así seremos promotores de la justicia y testigos creíbles del amor de Dios.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Carta del Sr. Obispo al inicio de la Cuaresma

“La Caridad es más que una palabra”

La Cuaresma es un tiempo especial dentro de la dinámica de la fe, es una ocasión que se nos ofrece a los hijos e hijas de la Iglesia para renovar nuestro estilo de caminar. En este Año de la Fe, es necesario que el dinamismo de esta etapa espiritual nos ayude a redescubrir que ese gran regalo que hemos recibido en el bautismo se convierta en una auténtica adhesión personal a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Un Padre que es Amor y una expresión visible de ese Amor se hizo vida en Jesús. Cada uno de nosotros, como cristianos, somos personas que hemos sido conquistadas por el amor de Jesucristo y, urgidos por ese amor (2 Cor. 5,14), nos abrimos a los hermanos, de manera especial a aquellos más necesitados de nuestro cariño.

Sin embargo, esta apertura a los otros, consecuencia efectiva de la caridad –del amor de Dios–, sólo se hace realidad concreta si nos vaciamos de todo aquello que impide abrirnos al amor de Dios. Para eso es necesario la ascesis (ejercicios de penitencia) de estos días cuaresmales, de tal modo que así en nuestro “yo” viva el amor de Cristo y nos lleve a amar con Él, en Él y como Él. Solo así nuestra fe llegará a actuar por la caridad, como nos recuerda San Pablo (Ga. 5,6) y Cristo mismo habitará en nosotros (1 Jn. 4,12).

Desde esta perspectiva, el Papa nos recuerda que la fe es conocer la verdad y adherirse a ella; la caridad es “caminar” en la verdad. Es decir, a través de la fe se entra en el horizonte de la amistad con el Señor y, con la caridad, se vive y realiza esa amistad.

De ahí que, además de los diferentes ejercicios cuaresmales, que suponen una vida más sobria y mortificada, de mayor austeridad y sacrificio, logramos una mejor calidad en nuestra vida orante y, como consecuencia de esa superabundancia de nuestra vida interior, surge, con fuerza, nuestro afán evangelizador, porque el amor de Cristo nos apremia. Este es el motivo por el cual el Papa afirma que la mayor obra de caridad es la evangelización.

En esta Cuaresma, la Iglesia nos pide un salto de calidad en este proceso de la nueva evangelización en la que estamos inmersos; sólo si descubrimos que anunciar a nuestros contemporáneos el mensaje del amor de Cristo es la clave de

toda evangelización, sólo así sabremos valorar la importancia que tienen nuestros ejercicios cuaresmales. De ahí que en este tiempo se nos invite a cuidar estas prácticas de siempre: oración, ayuno y limosna. Con ello se fortalece nuestra fe en Jesucristo Crucificado-Resucitado y esa fe, impulsada por el amor de Dios, se concreta en obras de fe, porque la fe sin obras está muerta; y una de esas obras, quizás hoy más laboriosa que antes, es anunciar a todos los que habitan en nuestro entorno la Buena Nueva de Jesucristo.

Que en esta Cuaresma del Año de la Fe nos esforcemos por ser más coherentes en nuestra vida para que todos crean.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Carta con motivo do Día do Seminario

Coma tódolos anos, en torno á festa de San Xosé, patrón da Igrexa Universal e protector dos seminarios, dispoñémonos a celebrar esta xornada. Nesta ocasión facémolo no marco do Ano da Fe. Sabemos moi ben, porque o experimentamos na nosa vida, que a vocación sacerdotal é un regalo de Deus á comunidade. Esta certeza témola apoiados na fe. Sen unha vida de fe é imposible comprender, e menos vivir, unha experiencia vocacional deste tipo.

En Ourense posuímos dous Seminarios, o do “Divino Mestre” e o de “A Inmaculada”, cada un ten a súa finalidade ben definida. Podemos dicir que o Seminario é un, pero con dous pulmóns que son os encargados de manter viva a Igrexa diocesana. Son para nós motivo de esperanza. Nos últimos anos temos visto que o número de alumnos leva decrecido e, para algúns, este é motivo de preocupación. Non podemos deixarnos levar das estatísticas, nin das simples avaliacións numéricas! A situación que estamos a vivir é un forte espertador para que se renove a nosa pastoral vocacional.

O Beato Xoán Paulo II dicíanos, ó inicio deste milenio, que a máis urxente das nosas actividades eclesiais é a pastoral da santidad. Se os sacerdotes e demais axentes de pastoral non tomamos en serio este programa de vida, de nada, ou de moi pouco, serven os programas, encontros, dinámicas e proxectos pastorais. O mesmo Señor nos deixou dito, e nos segue a dicir: ¡Rogade ó dono da seara! Esta é a primeira e insubstituíble prioridade pastoral. Nesta Igrexa particular cónstame que se están a levar a cabo encontros de oración, pero suplicamos persoalmente, na nosa oración cotiá, que se nos concedan vocacións? Os sacerdotes e os membros da vida consagrada, así coma as familias, esfórzanse por plantexar en serio a urxencia da pastoral da santidad coma unha realidade prioritaria?

É preciso convencerse de que só dende unha perspectiva orante viviremos con autenticidade a nosa vocación e, sen querer, seremos testemuñas alegres de Cristo Resucitado, o Bo Pastor. Na nosa existencia cotiá saberemos aproveitar tódalas ocasións para facer unha proposta vocacional valente, vencendo os medos e os respectos humanos. Tódalas ocasións son boas para lanzar as redes! Que ocasión propicia teñen os sacerdotes nas charlas coresmais, nos “preceptos” e na preparación coidadosa das confesións, prestando unha atención especial ós nenos e mozos que se poidan achegar ó sacramento da Penitencia durante estes días previos á Pascua! Non teñamos medo de propoñer a vocación sacerdotal, tanto a nenos coma a mozos! Deus segue a chamar, tamén na primeira infancia, esa é unha certeza que temos na Igrexa e nela fundaméntase a razón de ser do noso Seminario

Menor. Deus segue a chamar, e a proba está nas vocacións adultas que, ás veces, por falta de atención, se perden no camiño. Hai certezas que superan os nosos criterios e razoamentos, por iso é mellor fiarse do Señor que chama e, cada un de nós, coidando a coherencia da súa vida, é necesario que levemos a cabo unha pastoral máis agresiva da vocación sacerdotal.

Os pais e os profesores, especialmente os que imparten a materia do Ensino Relixioso Escolar, rógovos que nos axudedes. Vós, mellor que ninguén, estades en contacto cos nenos e coñecedes as súas calidades e inclinacións vocacionais. Facede que cheguen a eles os ecos da Campaña do Seminario, procurade que se constitúan seminarios didácticos interdisciplinares nos que os alumnos poidan descubrir que o camiño da vocación sacerdotal é unha saída existencial que, vivida en plenitude, pode converterse en canle de ledicia e de plenitude persoal.

A nosa comunidade diocesana séntese vencellada, dende sempre, co Seminario. O seu afecto resulta moi próximo e real. Sabemos ben que os tempos non son doados para ninguén, tampouco para as nosas familias. A crise económica afecta con violencia a moitas persoas; no pasado tamén se viviron momentos difíciles e, a pesar das serias dificultades, e da pobreza estrutural, tanto os segrares coma os sacerdotes responderon con moita xenerosidade e sacrificio á chamada do Bispo para construír os Seminarios. Tamén hoxe, na medida das nosas posibilidades, debemos axudar a esta gran familia diocesana que vive e medra nesta especie de matriz do noso Presbiterio diocesano, porque iso é o Seminario. Desta xenerosidade son proba fidedigna as placas conmemorativas que se conservan no Seminario do “Divino Mestre”. Convídvos a que tamén hoxe poidamos seguir facendo o mesmo a través de becas institucionais (para unha mellor dotación da biblioteca e doutros servizos) ou ben para os seminaristas máis aplicados e necesitados de Estudos Eclesiásticos. Sería bo que potenciásemos os donativos persoais e que coidáramos as colectas Pro-Seminario que se deben realizar... Lembrade que, con outro motivo, vos dixen: moitos poucos poden facer moito, unha gran obra.

Rógovos que poñades no regazo da Nai, a Virxe Inmaculada, e baixo o patrocinio de San Xosé, a obra das vocacións sacerdotais e que non esquezades axudar ó Seminario.

Bendícevos agradecido.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

EN LA REVISTA DIOCESANA “COMUNIDADE”

Enero

¡Año Nuevo!

Cronológicamente, hemos estrenado un año nuevo. Los primeros días del almanaque se nos fueron, sin darnos cuenta, de entre las manos. Lo mismo sucederá con los restantes.

Para los cristianos, el año nuevo ha venido precedido por un tiempo litúrgico: el Adviento. Sabemos que cuando nos encontramos sumergidos en el misterio de Dios, en el seno de la Iglesia, para los creyentes, este año ya comenzó el día 2 de diciembre de 2012 con el primero domingo de Adviento. Esto quiere decir que llevamos casi un mes de entrenamiento.

Nos hemos deseado un próspero y venturoso 2013. Hemos pedido al Dios hecho Niño, lo mejor para todos, pero sobre todo, nos hemos preparado para vivir con fuerza e intensidad la realidad de la presencia de Dios en nuestras vidas.

Atrás han quedado una serie de acontecimientos, unos nos han enriquecido, otros han dejado una huella de dolor y preocupación en nuestro corazón. Todos nos hemos acercado un poco más a nuestra meta: el día del Señor para cada uno de nosotros está más cerca.

Olvidándonos de lo que queda atrás, que lo hemos dejado en las manos misericordiosas de Dios, que es perdón, nos hemos lanzado hacia el futuro, que también lo ponemos en manos de ese Buen Dios que es providencia amorosa. Lo nuestro es instalarnos (en el mejor sentido del término: situarnos en este momento y en este lugar) en el presente, que es lo más propio de los seres humanos, ¡es el tiempo de Dios para nosotros! y desde ahí, luchar para dar el ciento por uno y así conseguir la vida eterna.

El Señor nunca falla. Dejémosle hacer en nosotros y descubriremos que lo más íntimamente nuestro es ir descubriendo que lo propio de Dios es hacer, y lo genuinamente nuestro es dejarse hacer por Dios.

Al comienzo de este nuevo año, pongámonos en las manos providentes del Señor, dejémosle hacer su voluntad y, cada uno, sea cual sea nuestra edad y condición, hagamos todas las cosas que van entretejiendo nuestra vida cotidiana,

siendo conscientes de que, también Dios, cuenta con nosotros a la hora de ir plasmando su querer en esta historia. Una vez más, se necesita querer creer.

Os invito a que nos comprometamos en serio, a lo largo de este año, a querer lo que Dios quiere y, sin ninguna duda, Él quiere que todos nos salvemos y lleguemos al conocimiento de la Verdad.

+ J. Leonardo. Bispo de Ourense

Febrero

“Después de la vida, la fe es uno de los dones más hermosos que nos ha concedido el Señor”

Este Año de la Fe en el que estamos inmersos, lo iniciábamos con la solemne Celebración Eucarística de apertura de este año jubilar en la Catedral de Ourense. Necesariamente tenía que ser así, porque toda Eucaristía es una celebración gozosa de nuestra fe; no nos olvidemos que siempre que participamos y vivimos la Santa Misa, la Iglesia nos muestra el Sacramento de la presencia del Señor Resucitado, y con una sola voz, respondemos: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús.

Siempre que nos acercamos al templo, ya sea la Catedral o la más humilde de las parroquias, hacemos una peregrinación de fe. En este año, os ruego que cuidéis mucho vuestra asistencia, por lo menos, a la Misa dominical y festiva, que os dejéis empapar por el amor misterioso, fecundo y misericordioso del Buen Dios que se nos muestra con un rostro visible por medio de Jesucristo. Si en vuestras parroquias no hay Misa los domingos, debido a cualquier motivo, más o menos serio, si tenéis la oportunidad de asistir a ella durante la semana, no perdáis la ocasión de revivir vuestra fe.

Durante este año sería bueno que recitásemos, con más frecuencia y con más piedad, el símbolo de nuestra fe: el Credo. Repasemos con frecuencia los contenidos de sus artículos, magistralmente expresados en el Catecismo de la Iglesia Católica o en su Compendio.

Que durante este tiempo de gracia sepamos valorar y agradecer ese regalo impagable que, después de la vida, ha sido uno de los dones más hermosos que nos

ha concedido el Señor en el seno de esta gran familia que es la Iglesia. La fe es como un nuevo horizonte para la existencia cotidiana que, junto con la gracia de Dios, que no nos falta, se convierte en una energía nueva que nos da un dinamismo excepcional, con tal eficacia que, aun siendo finitos y limitados, aherrojados en la esfera contingente del tiempo y del espacio concreto, nos ayuda a descubrir la dimensión de eternidad que llevamos encerrada en nuestros corazones.

Cuidemos nuestra fe, la fe profesada y vivida en y por la Iglesia a lo largo de su milenaria historia y así nos convertiremos en los constructores de una nueva civilización, en esos ciudadanos conscientes de esa hermosa tarea que es la nueva evangelización, proyecto pastoral de toda la Iglesia en la que nos encontramos muy implicados.

Rogad a Santa María Nai, estrella de la nueva evangelización, para que nos ayude a ser testigos auténticos y creíbles del Evangelio.

+ J. Leonardo. Bispo de Ourense

Marzo

¡Viva el Papa!

Cuando el pasado 11 de febrero, aniversario de mi ordenación episcopal y primer año del ejercicio de mi ministerio pastoral en esta Diócesis, recibía numerosas llamadas telefónicas para felicitar-me; pasado el mediodía, uno de mis familiares, que llamaba por igual motivo que los anteriores, me comunicó la noticia de que el Santo Padre Benedicto XVI había anunciado su renuncia como Obispo de Roma, como Papa.

En un primer momento mi escepticismo no dio crédito a lo que oía, posteriormente, ya me comunicaron oficialmente que lo anunciado era verdad: el Papa deja el gobierno pastoral de la Iglesia Universal el 28 de febrero de 2013, a las ocho de la tarde. Desde aquel instante los medios han llevado la noticia a los últimos rincones de la tierra, y comenzaron las especulaciones sobre cuál va a ser la situación de Benedicto XVI después de ese día, y ya aparecieron las noticias sensacionalistas de siempre relacionadas con el próximo cónclave.

Pero, ahora ¿qué podemos hacer nosotros desde aquí en este Año de la fe?

¡Mucho! En primer lugar, dar gracias a Dios por este breve, pero fecundo pontificado; y en segundo lugar, suplicarle al Espíritu Santo que nos conceda muy pronto un nuevo Papa que, en sintonía con la Iglesia de todos los tiempos, y siguiendo las directrices trazadas, de forma magistral, por los últimos pontífices del siglo XX, guíe a la Santa Iglesia, en el marco de la Nueva Evangelización, por los caminos trazados por el Concilio Vaticano II.

No perdamos el tiempo discutiendo acerca de la posible nacionalidad, o por la línea doctrinal de los “posibles” papables. El Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia el Papa adecuado en el momento oportuno. Estoy convencido, radicalmente, de que así será, una vez más. Recemos por Benedicto XVI y por su sucesor; en definitiva, pidamos por el Papa ¡el que sea!, porque así demostraremos nuestra fidelidad a la Iglesia.

En este momento en el que muchos de nosotros estamos preparando la fiesta de San José, pidámosle al Patrono de la Iglesia Universal que en torno a su fiesta, el Espíritu Santo nos conceda la alegría de un nuevo Papa, ese que la Iglesia de hoy necesita.

¡Ah!...y no os olvidéis de pedir, también, por las vocaciones sacerdotales, porque durante este mes celebraremos el Día del Seminario. Como veis, dos son los grandes objetivos de este tiempo: rezar por el Papa y por el Seminario. Dos hermosas realidades que están muy unidas en el corazón de un hijo y de una hija de la Iglesia.

Con afecto os bendice.

+ J. Leonardo. Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Obispo de Ourense, Monseñor J. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha 02 de enero de 2013: **al Rvdo. Sr. D. Adelino Álvarez Gayo**, Delegado diocesano de Misiones; y **al Rvdo. Sr. D. Félix Álvarez Rodríguez**, Delegado diocesano de Apostolado Seglar.

Con fecha 7 de enero de 2013: **al Rvdo. Sr. D. Emilio Fernández Fernández**, Administrador parroquial de San Paio de Bóveda de Amoeiro; y **al Rvdo. Sr. D. Luis Odón Álvarez Tejada**, Administrador parroquial de San Julián de Ribela.

Con fecha 6 de febrero de 2013: **al Rvdo. Sr. D. Alberto Diéguez Mosquera**, Delegado diocesano de la Mutualidad del Clero Español; y **al Rvdo. Sr. D. Francisco Pernas de Dios**, Responsable de la Vicaría de Pastoral (mientras dure la ausencia del Sr. Vicario).

Con fecha 20 de febrero de 2013: **al Rvdo. Sr. D. Julio Grande Seara**, Párroco de Cristo Rey (Las Lagunas), tomando posesión el día 10 de marzo; y **al Rvdo. Sr. D. Eustaquio Barbosa Fernández** Administrador parroquial de las parroquias de Santa María de Beacán, Santiago de Carracedo, San Julián de Celagantes y Nuestra Señora del Pilar de Peares.

Con fecha 01 de marzo de 2013: **al Rvdo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias**, Capellán de la Residencia “San José” de Rairo, de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y Administrador parroquial de las parroquias de Santa Lucía de Rairo y de Santa Mariña do Monte; **al Rvdo. Sr. D. Néstor Álvarez Rodríguez**, Administrador parroquial de las parroquias de Santa María de Laroá y San Cibrao de Nocedo; **al Rvdo. Sr. D. Manuel Rodríguez Fernández**, Administrador parroquial de las parroquias de Santa María de Cobelas y San Breixo de Os Blancos; y **al Rvdo. Sr. D. Alberto López Vázquez**, Administrador parroquial de las parroquias de San Juan de Seoane de Oleiros y San Pedro de Laroá.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).
Oficio de difuntos.*

Sacerdotes diocesanos.

Rvdo. Sr. D. Pedro Núñez Núñez, párroco emérito de Santiago de Albarellos de Monterrei, falleció el día 24 de febrero de 2013, a los 86 años de edad, en el Asilo de Ancianos de las Hermanitas de los Ancianos desamparados de Verín.

Rvdo. Sr. D. José Rey Lages, párroco emérito de Santa María de Conelas, falleció el día 28 de febrero de 2013, a los 85 años de edad, en el Cobelas.

Rvdo. Sr. D. Emiliano Arias Gómez, capellán emérito del Asilo de Ancianos de las Hermanitas de los Ancianos desamparados de Verín, falleció el día 3 de marzo de 2013, a los 91 años de edad, en Verín.

Rvdo. Sr. D. Odilo Gómez Parente, párroco emérito de Santa María de Cerdedo, falleció el día 11 de marzo de 2013, a los 90 años de edad, en Ourense.

Vida Consagrada

Madre Aurora Pérez de la Fuente, Hija de la Divina Pastora (RR.Calasan-cias), de la Comunidad de la Residencia Santa Marina (c/ Santo Domingo), falleció el 22 de febrero de 2013.

Sor M^a Consuelo del Corazón Eucarístico de Jesús, Clarisa Reparadora del Monasterio de Vilar de Astrés. Sor M^a Consuelo fue Abadesa, Vicaria del monasterio y secretaria del monasterio y de la Abadesa hasta el día de su fallecimiento; falleció el 24 de febrero de 2013.

Sor Isolina Longo Gómez, Hija de la Caridad, fallecida el 28 de febrero de 2013.

Hna. Carmen Gardón Castro, Misionera del Divino Maestro de la Comunidad de Montealegre, fallecida el día 2 de marzo de 2013.

Carta de agradecimiento del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, por la aportación de la Diócesis al Óbolo de San Pedro



SECRETARIA DE ESTADO

PRIMERA SECCION - ASUNTOS GENERALES

Vaticano, 4 de febrero de 2013

N. 216.838

Señor Obispo:

En nombre de la Diócesis de Orense, y como muestra de comunión eclesial y de renovada adhesión a Su Santidad Benedicto XVI, Vuestra Excelencia ha tenido la amabilidad de hacer llegar, a través de los buenos oficios de la Nunciatura Apostólica en España, la cantidad de 2.509,21 euros, para el Óbolo de San Pedro. Esta suma se contará en el balance del año 2013.

El Santo Padre, informado de este generoso gesto, expresa a Vuestra Excelencia y a sus diocesanos su profundo agradecimiento por esta muestra de solidaridad eclesial. Al mismo tiempo, pide al Señor que siga derramando abundantes dones que los fortalezcan cada día más en el camino de la fe y de la caridad. Con estos deseos, el Sumo Pontífice le imparte de corazón la Bendición Apostólica, que complacido hace extensiva a los sacerdotes, comunidades religiosas, seminaristas y fieles de esa Iglesia particular.

Aprovecho la oportunidad para expresarle, Señor Obispo, los sentimientos de mi consideración y estima en Cristo.

Cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad

Mons. José Leonardo LEMOS MONTANET
Obispo de Orense

OURÉNSE

VICARÍA GENERAL

ALGUNAS NORMAS CANÓNICAS Y ORIENTACIONES PASTORALES VIGENTES EN ESTA DIÓCESIS

Como en años anteriores, se recuerdan o se concretan aquí, con la oportuna aprobación del Obispo, algunas normas canónicas u orientaciones pastorales, vigentes en esta diócesis, que todos debemos tener presentes para dar mayor cohesión y eficacia a nuestro ministerio pastoral. Se intenta así, desde esta Vicaría, prestar a todos los sacerdotes un servicio fraterno que muchos consideran útil.

BAUTISMO

Es obligado recordar y llevar a la práctica el “Directorio del Sacramento del Bautismo”, elaborado por el Consejo Presbiteral y promulgado por el Ordinario (Cfr. B.O.O., abril 1989, pp. 90-126). De él entresacamos algunas disposiciones concretas:

Petición del Bautismo:

“Antes de determinar la fecha de la celebración, y aún el lugar en algunos casos, los padres han de pedir lo más pronto posible en la parroquia de su residencia el bautismo de sus hijos para iniciar el diálogo y contactos pastorales que han de acompañara todo bautismo”. “En el caso de negligencia por parte de los padres, la acción pastoral de la parroquia tratará de remediar tal dejadez” (Cfr. Directorio citado, 5.2).

Preparación:

“Toda parroquia que celebre el bautismo tiene la ineludible obligación de realizar los encuentros y diálogos preparatorios”... “La asistencia de los padres se considera obligatoria y muy recomendable la de los padrinos” (ib. 5.4).

Padrinos:

“Los padrinos, o al menos uno de ellos, han ser católicos, que lleven una vida congruente con la fe y con la función que asumen y han de cumplir las condiciones establecidas en el canon 874. Ya en las primeras entrevistas, se ha de hablar de los padrinos y de las condiciones requeridas” (ib. 5.8).

Edad:

“La Iglesia quiere que los hijos de padres católicos sean bautizados “en las primeras semanas” después del nacimiento”... “Si se pide el bautismo de un niño que ha superado con mucho ese tiempo habrá que aclarar si los motivos de esta dilación son razonables” (i). 5.3).

Lugar de la Celebración:

“Los niños han de recibir el bautismo, siempre que sea posible, en la parroquia de los padres... Para aceptar el bautismo de un feligrés de otra parroquia, se habrán de cumplir estas tres condiciones: a) Que los que piden el bautismo tengan alguna relación habitual con la iglesia donde realizan la petición. B) Han de contar con la licencia escrita de la parroquia propia o del Vicario General. Este modo de contacto entre las dos parroquias (y de las dos con la familia) no se ha de entender como una competencia de “poderes” sino como colaboración y expresión viva de la comunión eclesial. c) También se ha de requerir que los padres asistan o acrediten haber asistido a las reuniones preparatorias. Sería preferible que estas reuniones se celebren en las parroquias de origen” (ib. 5.5).

Situaciones especiales:

a) Padres creyentes con poca práctica religiosa. El sacerdote con actitud de acogida, comprensión y diálogo procurará hacer avanzar la situación de modo que se pueda lograr una esperanza fundada y libremente acogida de educación en la fe...

b) *Padres católicos casados canónicamente, divorciados civilmente y casados de nuevo por lo civil u otras situaciones.* Se podría conceder este bautismo cuando el párroco conoce la situación y está persuadido de que la educación en la fe se logrará. Se tendría que evitar el escándalo (*pusilorum*) y aspirar a que este bautismo pueda ser incluso un testimonio positivo.

c) *Padres católicos casados civilmente o sin vínculo institucional.* El rechazar el sacramento del matrimonio indica alguna quiebra en la fe. La actitud del párroco no debería ser negativa sistemáticamente; es una oportunidad de diálogo y quizá sirva para que la situación mejore.

Habría que ponderar muy despacio las razones de la petición y a partir de estos motivos persuadirse de la suficiencia y autenticidad de las garantías ofrecidas. Si las motivaciones no tienen validez y las garantías no son suficientes, el bautismo no debe ser concedido. Todo ha de suceder de manera que esto no parezca una

sanción por no estar casados, ni una coacción para que se casen, sino el reconocimiento de que la petición, al menos de momento, no está “madura”, y una invitación siempre a seguir dialogando.

d) *Padres no creyentes o no católicos.* Aquí se impone un discernimiento mucho más claro aún de los motivos de la petición, y las garantías de la futura educación en la fe tendrían que ser tales que no ofreciesen ninguna duda, de otra manera no se podría bautizar (ib. Anexo).

CONFIRMACIÓN

1. -El ámbito propio y específico de la celebración del Sacramento de la confirmación y de la preparación adecuada de los candidatos a la recepción del mismo es la comunidad parroquial.

Por eso, en cada parroquia o grupo de parroquias ha de organizarse de forma estable una catequesis que capacite a los que deseen ser confirmados, a recibir responsablemente este sacramento y asumir los compromisos que implica.

2.- El párroco es el responsable de discernir la idoneidad de los candidatos. Con la debida antelación ha de solicitar del Obispo de la diócesis la celebración del Sacramento para los miembros de sus parroquias, que considere capacitados. Por eso, al comienzo de cada curso, ha de comunicar a la Delegación de Catequesis, bien sea directamente, bien a través del arcipreste, el número de candidatos que desea que se confirmen. No serán admitidos, a no ser que el Ordinario disponga lo contrario, aquellos confirmandos cuyo párroco no haya hecho la notificación al Obispado en su momento oportuno.

3.- La edad mínima para poder acceder a la Confirmación está fijada en esta diócesis en los trece-catorce años, que debiera corresponder al final del curso escolar de 2º de E.S.O. Las excepciones a esta norma deberán estar basadas en razones muy serias.

4.- Se ha elaborado a nivel diocesano un plan orgánico de Catequesis de Confirmación, que exige para su desarrollo cuarenta horas. Se prevé la conveniencia de una reunión semanal de una hora durante los dos años anteriores. Con todo, queda siempre a discreción del párroco el establecer las mejores condiciones para cumplir dicho plan.

5.- A no ser en circunstancias especiales, las confirmaciones se celebrarán en los días comprendidos entre el quince de mayo y el quince de julio.

6.- En las parroquias de la ciudad y de las principales villas normalmente se celebrará la Confirmación todos los años. En las demás parroquias del ámbito rural, corresponderá al Arciprestazgo el determinar las fechas y lugares de celebración del Sacramento. Ha de tenerse en cuenta, no obstante, la conveniencia de que el número de confirmandos no sea superior a cincuenta, en orden a lograr una mayor vivencia y participación.

7.- El Vicario General y los Vicarios Episcopales que integran el Consejo Episcopal, mientras permanezcan en el oficio, tienen facultad de administrar el sacramento de la Confirmación dentro del ámbito de la diócesis, en las situaciones ordinarias.

PENITENCIA

Licencias ministeriales

Todo sacerdote, secular o religioso nombrado por el obispo para una misión pastoral en esta diócesis, recibe con el nombramiento y mientras este dure, las licencias ministeriales para oír confesiones. Los jubilados y quienes gozan de excedencia temporal legítima conservan las mismas licencias que tenían en el momento de la jubilación o de la concesión de la excedencia, mientras no se les indique lo contrario.

A no ser que el Ordinario disponga lo contrario en cada caso concreto, «quienes tienen facultad de oír confesiones, tanto por razón del oficio como por concesión del Ordinario del lugar de incardinación o del lugar en que tienen su domicilio», las pueden también ejercer en esta diócesis a tenor del c. 967 p.º 2.

Quienes no estén incluidos en los casos anteriores deberán solicitar las oportunas licencias ministeriales para oír confesiones del Ordinario diocesano.

Absolución de reservados

Durante el tiempo del cumplimiento pascual todos los sacerdotes que gozan de licencia para oír confesiones en esta diócesis, quedan facultados para absolver «in actu sacramentali confessionis» de todas las censuras reservadas, con excepción de las reservadas a la Sede Apostólica.

EUCARISTÍA

Binaciones

1.- Los sacerdotes de esta diócesis pueden, con justa causa, celebrar la Misa dos veces, incluso en días no festivos (c. 905 p.º 2). «Justa causa» puede ser la atención pastoral a una segunda comunidad suficientemente numerosa o cualificada, la celebración de exequias, matrimonios...; pero no el mero hecho de tener encargada una Misa con estipendio. Tampoco es justa causa para binar, concelebrando, la mera asistencia a una Misa de exequias o similares, ni el deseo de solemnizar o dar esplendor externo a una celebración.

2.- En los domingos y fiestas de precepto, cada sacerdote podrá celebrar hasta tres veces, si lo exige una verdadera necesidad pastoral (c. 905 p.º 2).

3.- Para celebrar más de tres veces se requiere la dispensa del Obispo diocesano (c. 87 p.º 1). De tal manera que ni siquiera el dar facilidades a los fieles para cumplir el precepto dominical justifica la celebración de más de tres Misas sin obtener la dispensa requerida. Esta no será concedida, de manera habitual, cuando sea posible atender las necesidades reales de los fieles con una o dos celebraciones vespertinas en el día anterior.

N. B.: Según la mente de la Iglesia, no es aconsejable que un sacerdote celebre habitual o frecuentemente la Eucaristía más de tres veces en un mismo día. Es preferible, como mal menor, que algunos fieles y comunidades no cuenten todos los domingos con las facilidades deseables para participar en la Eucaristía.

Ante el progresivo agravamiento de la escasez de sacerdotes se impone el ir preparando y poniendo en práctica nuevas iniciativas:

a) En la ciudad, una organización más racional de los horarios entre parroquias y otros lugares de culto próximos, que seguramente podrá ahorrar celebraciones innecesarias.

b) Mayor disponibilidad de los sacerdotes que no tienen ministerio parroquial u otro compromiso semejante en domingo, para prestar este servicio (habitualmente o por temporadas) donde sean requeridos, hasta distancias aceptables.

c) Celebraciones dominicales no eucarísticas (c. 1248, pº 2) bien preparadas, que puedan ser dirigidas por religiosas o laicos, a quienes tras la debida formación y con las ayudas oportunas, pueda confiárseles esta misión.

d) Turnos entre las comunidades menos numerosas que posibiliten la celebración eucarística en todas ellas cada dos o tres domingos.

e) Celebraciones de la Eucaristía en otro día de la semana, donde no sea posible el domingo o la tarde del sábado. Pero, en este caso, debe explicarse a los fieles que la participación en estas celebraciones no exime del precepto dominical a quienes puedan cumplirlo.

f) En el ámbito rural: puesta en funcionamiento de las “Unidades de Pastoral”

Misa «Pro pópulo»

Los párrocos y administradores de parroquias tienen obligación de aplicar la Misa «pro pópulo» los domingos y fiestas que sean de precepto en la propia diócesis; si bien, una sola Misa, aunque sean varias las parroquias que les están encomendadas (c. 534). El cumplimiento de esta obligación es incompatible con la percepción de cualquier clase de estipendio por tal Misa.

Pero el sacerdote que aplica una Misa “pro populo”, si legítimamente celebra otra u otras Misas en el mismo día (de acuerdo con la norma para binaciones o trinaciones), puede retener para sí el estipendio de una de estas.

Distribución de la Comunión

Solo el Obispo, el Presbítero y el Diácono son ministros ordinarios de la Sagrada Comunión (c. 901 , p ° I). Para que pueda actuar, como ministro extraordinari, un acólito o un fiel no ordenado (c. 910, p.º 2), debe ser expresamente designado para ello por el Ordinario del lugar.

El así designado solo podrá distribuir la Sagrada Comunión cuando no esté presente o disponible un ministro ordinario, o cuando sea verdaderamente necesaria su actuación, vgr. porque el número de fieles que deseen comulgar es tan elevado que la Celebración se prolongaría demasiado (Cf. c. 910e instr. «Inmensae caritatis»).

Recepción de la Eucaristía

Según interpretación auténtica del c. 917, los fieles que han recibido la santísima Eucaristía pueden recibirla de nuevo el mismo día solamente una segunda vez, aunque participen más veces en su celebración (Cfr. respuesta de la C. P. para la interpretación auténtica del C. I. C.. en A.A.S. 1984 p. 74C).

Lugar de la Primera Comunión

El lugar propio de la Primera Comunión es la parroquia a la que pertenece

el niño (ya que por la primera Comunión el niño se incorpora plenamente a la comunidad cristiana adulta).

En consecuencia, debe hacerse lo posible para que todos los niños reciban la Primera Comunión en la celebración o celebraciones comunitarias de la misma que la parroquia organice. Solo en casos excepcionales y por causa justa podrá celebrarse la Primera Comunión en lugar distinto de la parroquia del niño. En tales casos, deberá acreditarse “por escrito” la suficiente preparación catequética del niño.

NORMATIVA SOBRE ESTIPENDIOS

1.- La Iglesia aprueba la costumbre tradicional de que el sacerdote que celebra o concelebra la Misa pueda recibir estipendio para que la aplique por una determinada intención (c. 945, p.º 1).

Pero, al hacerlo, «recomienda encarecidamente a los sacerdotes que celebren la Misa por las intenciones de los fieles, sobre todo de los necesitados, aunque no reciban estipendio alguno» (c. 945, p.º 2); y manda que en materia de estipendios **se evite hasta la más pequeña apariencia de negociación** (c. 947).

2.- La normativa canónica sobre estipendios responsabiliza gravemente la conciencia de los sacerdotes, hasta el punto de que «quien obtiene ilegítimamente un lucro con el estipendio de la Misa, debe ser castigado con una censura o con otra pena justa» (c. 1385).

3.- Cuando los fieles entregan para estipendios una cantidad de dinero, sin concretar el número de Misas, **han de aplicarse según el arancel diocesano**, a no ser que conste claramente otra intención de los donantes (c. 950).

4.- El sacerdote, aunque celebre legítimamente más de una vez al día, solamente puede reservar para sí un estipendio, salvo el día de Navidad. Los estipendios de binación o trinación deben enviarse al Fondo Común Diocesano, con destino a la mutua ayuda sacerdotal y el sostenimiento del Seminario (c. 951).

5.- Nadie podrá exigir mayor estipendio por una segunda u tercera Misa. Pero, si éstas ocasionan gastos de desplazamiento y similares, **no cubiertos de**

otro modo, el celebrante podrá reservar para sí la mitad del estipendio (c. 951, p.º 1).

6.- Por una segunda Misa, si esta es concelebrada, no puede recibirse estipendio bajo ningún título (c. 951, p.º 2), ni siquiera con destino al Fondo Común Diocesano o a otros fines de caridad o de apostolado.

7.- Los sacerdotes que celebren legítimamente segunda o tercera Misa en el mismo día pueden aplicarla «ad mentem episcopi». En ese caso, lo comunicarán a la Colecturía Diocesana al final de cada semestre (junio y diciembre).

Nota aclaratoria:

Algunos sacerdotes han planteado dudas o interrogantes sobre esta norma. Como respuesta, ténganse en cuenta las siguientes **aclaraciones**:

7.1.- No podrá aplicar “ad mentem Episcopi” el sacerdote que celebre una sola misa en el día.

7.2.- Tampoco, quien legítimamente (de acuerdo con las normas sobre binaciones – véanse más arriba -) aplique la segunda o tercera Misa por otras intenciones particulares, con la consiguiente obligación de entregar el estipendio (si lo recibe) al Fondo Común Diocesano.

7.3.- Tampoco, quien actúe como concelebrante en una segunda o tercera Misa (véase el nº 6.-)

7.4.- A la hora de cubrir el impreso de aportación al Fondo Común diocesano deben distinguirse correctamente el concepto relativo a “estipendios de binaciones” (en el que debe anotarse la cantidad que se entrega por tal concepto) y el relativo a N° DE MISAS AD MENTEM EPISCOPI (en el que solo se anotará el número de estas Misas que se hayan celebrado por esta intención durante el año correspondiente.

8.- A nadie es lícito aceptar tantas ofrendas para celebrar Misas personalmente, que no pueda satisfacerlas en el plazo de un año (c. 953).

9.- Los estipendios de Misas que no se han aplicado, deberán entregarse en Colecturía Diocesana, que se encargará de que las Misas se celebren cuanto antes (c. 956).

También aquellos sacerdotes, parroquias y santuarios que reciben más encargos de Misas de los que pueden cumplir al ritmo normal, deben entregar los estipendios en Colecturía, que los transmitirá a sacerdotes que carecen de ellos (c. 954).

10.- Todo sacerdote debe anotar cuidadosamente los encargos de Misas recibidos y los ya satisfechos (c. 955, p.º4). Asimismo, en las iglesias donde se reciben ordinariamente estipendios, debe haber un libro especial donde se anoten tanto los estipendios recibidos como las Misas celebradas (c. 958), así como aquellas que se pasen a la Colecturía.

NORMATIVA SOBRE LOS LIBROS PARROQUIALES

Los LIBROS PARROQUIALES tienen gran importancia en orden a conocer el estado jurídico-canónico de los fieles en relación con su capacidad para diversos actos o funciones en la Iglesia. Son un fiel reflejo de la situación humana, espiritual y material de la parroquia.

Teniendo además carácter de documentos públicos de la Iglesia, constituyen una valiosa contribución al patrimonio cultural de la misma Iglesia y de la sociedad. Ello requiere un exquisito cuidado en su redacción y conservación por parte de los responsables. Con ánimo de ayudarles en esta tarea, se aprobó y promulgó una completa **NORMATIVA SOBRE LOS LIBROS PARROQUIALES** (Cfr. BOO, enero 2000, pp. 27-44), que conserva toda su vigencia y que se ha distribuido a todos los sacerdotes, también en edición separada del Boletín Oficial del Obispado.

De esta **NORMATIVA** se recuerdan aquí y se urgen de nuevo algunos puntos, especialmente aquellos que siguen siendo menos atendidos y puestos en práctica.

TÍTULO I

Normas generales

CAPÍTULO I

Libros parroquiales y competencias

1. Todas las parroquias de la Diócesis de Ourense dispondrán, convenientemente actualizados, de los siguientes libros parroquiales:

- 1.- Libro de Bautizados
(cc. 535 & 1 y 877).
- 2.- Libro de Confirmados
(c. 895 y I DG CEE, art. 5).
- 3.- Libro de Matrimonios
(cc. 535 & 1 y 1121).
- 4.- Libro de Difuntos
(cc. 535 & 1 y 1182).
- 5.- Libro de Cuentas
(c.1284 & 2, 7?).
- 6.- Libro de Inventarios
(c. 1283).

CAPÍTULO II

Normas de inscripción

6. Dado su carácter oficial y su pervivencia en el tiempo como documentos únicos, los libros, las tintas y la caligrafía empleadas han de ser las adecuadas para una buena conservación y correcta interpretación de su contenido.

11. Se pondrá especial cuidado en que los datos inscritos en las partidas coincidan con los datos contenidos en los registros civiles.

12. Junto a cada una de las partidas se dejará un espacio conveniente donde se puedan inscribir las preceptivas notas marginales, siempre firmadas por el responsable del archivo.

13. Todas las partidas, los certificados que se refieran al estado canónico de los fieles, así como cualquier acta que pueda tener valor jurídico, han de estar convenientemente selladas y firmadas por el párroco o la persona que legítimamente haga sus veces, aunque la inscripción la haya realizado otro (535 & 3).

14. Cada parroquia ha de tener su propio sello (c. 535 & 3) en buen estado, de manera que su stampa pueda ser fácilmente legible y reconocible. Este sello, por su carácter público, deberá ser aprobado por el Ordinario del lugar mediante decreto que deberá transcribirse en cada uno de los libros parroquiales. Tras su

aprobación, el sello de cada parroquia quedará inscrito en el Libro Registro que, a tal efecto, se abrirá en la curia diocesana a partir de la entrada en vigor de esta normativa; y no podrá ser cambiado sin nueva autorización del Ordinario.

CAPÍTULO III

Corrección de partidas

15. Dado el carácter de documento jurídico de las partidas, no admiten raspaduras, tachaduras, sobrescritos ni el empleo de materiales que impidan leer el fragmento errado, de modo que cualquiera de estos u otros métodos pueda inducir a fraude; las enmiendas que deban hacerse durante la inscripción, han de salvarse siempre entre paréntesis, de manera que sea legible el error, y con nota al final de la partida firmada por el responsable del archivo.

16. Las partidas debidamente firmadas y selladas no son susceptibles de modificación sin el permiso escrito del Ordinario del lugar, previo expediente de corrección debidamente informado, cuyo formulario facilitará la Secretaría General de la Curia.

17. Las partidas no inscritas en el momento y lugar oportunos solo podrán ser extendidas con autorización del Ordinario del lugar, previo expediente de entable, cuyo formulario facilitará la Secretaría General de la Curia; dicha autorización ha de conservarse adherida, mediante pegamento, en el lomo interior del libro junto a la partida.

18. Cualquier rectificación debidamente autorizada del texto de una partida, debe quedar consignada al margen de la misma, y el documento que la autoriza debe conservarse adherido, mediante pegamento, en el lomo interior del libro junto a la partida modificada.

CAPÍTULO IV

Archivo parroquial

20. Cuando un mismo sacerdote atiende varias parroquias puede tener un único archivo parroquial en donde se custodien, en las condiciones expuestas en el artículo anterior, los libros y documentos de las distintas parroquias, cuidando

en cualquier caso que ninguno de ellos se extravíe o confunda con los de otras parroquias. En este caso conservará una única colección completa del Boletín Oficial del Obispado.

22. A principios de cada año, debe enviarse a la Secretaría General de la Curia copia literal de todas las partidas inscritas durante el año anterior en los Libros de Bautizados, Confirmados, Matrimonios y Difuntos, utilizando los correspondientes impresos oficiales para certificaciones literales.- Esta norma puede cumplirse, si se prefiere, enviando un extracto de las mismas partidas conforme al modelo oficial (Anexo VIII).

TÍTULO II

Normativa especial sobre cada libro parroquial

CAPÍTULO I

Libro de Bautizados

24. Compete al párroco del lugar donde se celebró el Bautismo o la persona que legítimamente haga sus veces, extender diligentemente y sin demora la partida en el libro de bautizados teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (c.877). (Anexo II). N.B. Debe anotarse el lugar del nacimiento (c.877), que por errata, no figura en el modelo.

27. La partida de Bautismo ha de ser única, de tal modo que no se autorizarán transcripciones de partidas provenientes de otros libros de bautismo, cualquiera que sea su procedencia.

CAPÍTULO II

Libro de Confirmados

29. & 1. En las celebraciones de ámbito parroquial, compete al párroco del lugar donde se celebra la Confirmación o la persona que legítimamente haga sus veces:

1.- anotar la relación completa de los confirmados en su parroquia, cualquiera que sea su parroquia de origen, teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (Anexo III);

2.- inscribir la correspondiente nota marginal en la partida de Bautismo de los confirmados bautizados en su parroquia observando el art. 12;

3.- en su caso, notificar el hecho al párroco del lugar del Bautismo o la persona que legítimamente haga sus veces, para que haga la anotación preceptiva a tenor del c. 535 & 2.

& 2. En las celebraciones interparroquiales, compete lo estipulado en el & 1, a cada uno de los párrocos o la persona que legítimamente haga sus veces, respecto de los confirmados que haya presentado.

CAPÍTULO V

Libro de Cuentas

33. Compete al párroco o la persona que legítimamente haga sus veces, anotar diligentemente los ingresos y gastos que lleva consigo la administración económica de la parroquia en sus diversos aspectos (c. 1284 & 2, 7) ateniéndose al modelo oficial vigente en la diócesis (Libro Cuentas de Gestión). En esta tarea, será auxiliado por el Consejo Parroquial de Asuntos Económicos en aquellos lugares donde este haya sido constituido (ECPAE, art.3.7: BOO, noviembre 1994).

34. & 1. Cada año, durante el mes de enero siguiente a cada ejercicio (ECPAE, art.3.7: BOO, noviembre 1994), se rendirán cuentas al Ordinario del lugar (c. 1287 & 1).

& 2. Anualmente, en tiempo oportuno, a juicio del párroco o de la persona que legítimamente haga sus veces, se rendirán cuentas a los fieles acerca de los bienes que estos entreguen a la Iglesia, además de dar cuenta puntual de lo recaudado y entregado en cada colecta especial (c. 1287 & 1).

CAPÍTULO VI

Libro de Inventarios

35. 1. Compete al párroco, o la persona que legítimamente haga sus veces, mantener diligentemente actualizado el inventario parroquial, teniendo en cuen-

ta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (Anexo VI y sus indicaciones complementarias); renovándolo, cuando no se den cambios significativos, al menos cada cinco años; y siempre que se produzca un cambio de párroco o administrador parroquial, el saliente entregará el inventario, actualizado y firmado, al entrante; y este, tras la oportuna comprobación, firmará su conformidad en el mismo inventario. Si no hubiera conformidad, los interesados darán cuenta inmediatamente al arcipreste para que provea, por sí mismo o bien recurriendo al Ordinario del lugar (EA, art. 14: BOO, octubre-noviembre 1991).

2. Si el relevo se produce por fallecimiento del anterior titular o por otro motivo que no permita la comparecencia simultánea de antecesor y sucesor, este comprobará el inventario existente. Si se advierte alguna anomalía significativa procederá como se indica en el & 1.

TÍTULO III

Otros libros parroquiales

CAPÍTULO I

Libro del Cementerio

36. En las parroquias que tengan cementerio parroquial, debe haber un Libro del Cementerio (RCP, arts. 9, 10, 18 y 23: BOO, diciembre 1990). Si una misma parroquia tiene varios cementerios parroquiales, dispondrá de un Libro del Cementerio distinto para cada uno de ellos.

37. Cada Libro del Cementerio llevará anejo un plano del cementerio correspondiente (RCP, arts. 9 y 10), que incluirá todas las sepulturas en uso y todas las parcelas edificables en el futuro convenientemente numeradas. Este plano abarcará unitariamente tanto el cementerio primitivo como sus ampliaciones con una numeración única. Una copia de este plano deberá entregarse en la curia diocesana.

38. Supuestas las normas generales contenidas en el Título I de la presente normativa, se destinará un folio por las dos caras para la inscripción de cada sepultura en uso con el fin de dejar espacio para anotar las actuaciones que vaya habiendo en ella desde el momento de su inscripción en el Libro del Cementerio. La inscripción se hará conforme a las indicaciones del modelo oficial para el registro de cada sepultura (Anexo VII).

39. & 1. El Libro del Cementerio, mientras sea admitido por las competentes autoridades sanitarias como válido a los efectos previstos en el *Decreto 134/1998, do 23 de abril* de la *Xunta de Galicia* y en la *Orde do 12 de mayo de 1998*, está sujeto a la inspección y control por parte de las mencionadas autoridades cuando legítimamente lo requieran. A ello no deberá oponer dificultades el responsable del archivo parroquial.

& 2. Los sacerdotes responsables de cementerios y de sus libros correspondientes, que por negligencia culpable no cumplan a su debido tiempo con lo dispuesto en esta normativa sobre el Libro del Cementerio, responderán ante el Ordinario del lugar de las sanciones impuestas por la Autoridad civil competente como consecuencia de tal incumplimiento.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS

1. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, se cerrarán todos los libros parroquiales que contienen partidas impresas.

2. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, todas las parroquias dispondrán del Libro de Cuentas oficial en nuestra diócesis (Cuentas de Gestión).

3. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, todas las parroquias que contengan en su Libro de Bautizados traslados de partidas originales de otros registros, aunque los padres del bautizado sean originarios de esa parroquia, enviarán notificación de todas las notas marginales inscritas en estos traslados a la parroquia donde se encuentra la partida original, si todavía no se ha hecho. A continuación se anularán todas esas partidas cruzándolas y dejando constancia de tal anulación en nota firmada al pie de página que haga mención de la presente normativa. En todo caso, a partir de la entrada en vigor de esta normativa, no se podrán expedir partidas auténticas a partir de estos traslados, ni hacer anotaciones marginales en ellas, sino que han de remitirse siempre a la partida original de la parroquia del lugar del bautismo.

4. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, los párrocos o administradores parroquiales deberán presentar en la curia diocesana el sello, en buen estado, de cada una de sus parroquias, para obtener la correspondiente aprobación del Ordinario y para su inscripción en el Libro Registro de la curia, a tenor del art. 14 de la presente normativa.

PARA LOS PÁRROCOS NOMBRADOS POR SEIS AÑOS

Parece oportuno recordar aquí, de entre las vigentes “*NORMAS PARA NOMBRAMIENTOS DE PÁRROCOS*”, una de ellas, dado su incumplimiento por la mayoría de los interesados:

5. Quienes sean nombrados párrocos, lo serán por un período de seis años. *Tres meses antes de finalizar el período el interesado deberá solicitar la continuación en la misma parroquia o el traslado a otra.* Al Sr. Obispo compete juzgar sobre la oportunidad o no de dicha solicitud (Cfr. Normas Complementarias al Código, C.E.E., art. 4º; BOO mayo-junio 2000, p. 274).

CEMENTERIOS PARROQUIALES

Se recuerdan aquí algunos artículos del vigente Reglamento de Cementerios Parroquiales a los que debe prestarse especial atención:

Artículo 9.

1.- Para la construcción, ampliación o reforma de un cementerio parroquial se requiere la licencia escrita del Ordinario.

2.- Para obtener dicha licencia es necesario dirigir instancia al mismo Ordinario en la que se deberá indicar: a) Razones que hacen necesaria o aconsejable la obra. b) Solar en el que se llevará a cabo. Este solar deberá ser propiedad, plena y legalmente firme de la Iglesia, antes de iniciarse las obras previstas.

3.- Con la mencionada instancia, deberán presentarse: a) Plano o proyecto técnico que exprese la configuración, situación, dimensiones, distribución interior (filas y clases de sepulturas subterráneas o aéreas con un máximo de cuatro compartimentos superpuestos, parcelas edificables o destinadas a inhumación en tierra, pasillos... etc.). Cada parcela o sepultura tendrá un número de referencia en este plano, de manera que resulte fácil su localización b) Presupuesto de las obras a realizar, con expresión de las fuentes de financiación.

Artículo 10.

También los cementerios ya existentes deberán contar, en el plazo de un año a

partir de la entrada en vigor de este Reglamento, con un plano similar al mencionado en el artículo anterior. Este plano habrá de obtener la aprobación del Ordinario (previos los informes que considere necesarios). Un ejemplar se conservará en la Parroquia y otro en el Obispado; y la concesión de credenciales de usufructo y permisos de edificación o reforma de sepulturas se harán con referencia a dicho plano y de acuerdo con sus previsiones.

Artículo 11.

Los Cementerios deberán estar cerrados en todo su perímetro con materiales que no desentonen estéticamente del conjunto. En los de nueva construcción y en las ampliaciones de los antiguos, el cierre ha de estar concluido antes de autorizar ningún sepelio en los mismos.

No se autorizará la construcción de sepulturas en terreno total u parcialmente exterior al perímetro cerrado del cementerio con el fin de incorporarlas al mismo.

Artículo 12.

1.- En los cementerios contiguos a la iglesia, se evitará cualquier lápida, cruz o adorno incrustada o adosada a las paredes de aquélla o a los muros nobles que tenga el propio cementerio.

2.- Donde aún sea posible, se dejará sin sepulturas un espacio suficientemente amplio en torno al templo para las procesiones: y, en todo caso, ese espacio estará libre de cualquier edificación que sobresalga del nivel del suelo, incluidos testeros, lápidas, rejas o adornos de cualquier tipo que puedan dificultar la circulación procesional.

3.- En ningún caso, se autorizará sepulturas subterráneas próximas a los muros de la iglesia, que pudieran perjudicar su cimentación.

4.- En ningún lugar de estos mismos cementerios, se autorizarán nichos aéreos o panteones con altura total (incluidos testeros u otros remates) superior a 1,50 metros sobre el nivel del pavimento del templo, que pudieran restar visibilidad o perspectiva al mismo.

Artículo 13.

Con la necesaria prudencia pastoral y de acuerdo con los usufructuarios, se

procurará ir adaptando a estas normas aquellas sepulturas, anteriormente construidas, que no se ajusten a ella. En ningún caso la existencia de tales sepulturas será considerada como razón para seguir construyendo otras similares.

Artículo 15.

Si, en algún caso, se considera necesario que la Parroquia promueva por sí misma, la construcción de un número prudente de sepulturas para su venta posterior, no podrá hacerse sin contar con la Comisión que asiste al párroco en la gestión del cementerio (art. 17) y con la aprobación del Ordinario. Esta deberá solicitarse previamente por escrito acompañado de proyecto y presupuesto detallado, en el que debe constar la tasa especial que los interesados deberán abonar al recibir el título de tales sepulturas.

Artículo 17.

La administración del cementerio parroquial corresponde al párroco; pero deberá estar asistido por el Consejo Parroquial de Asuntos Económicos (c. 537) u otra Comisión similar, o, al menos, por tres fieles laicos de la Parroquia convenientemente elegidos. Tal asistencia se considera especialmente imprescindible cuando se haya de reformar o ampliar el cementerio o deba construirse uno nuevo.

Artículo 18.

Son funciones de esta Administración:

a) Conservar debidamente ordenados los documentos acreditativos de la propiedad del cementerio y los demás libros y documentos referentes al mismo.

b) Informar las solicitudes que se dirijan al obispado para la obtención de títulos de usufructo, haciendo constar el número de la parcela asignada a cada solicitante o su lugar exacto con referencia al plano del cementerio, y el diseño y características de la construcción que se proyecta, si éstas no estuviesen previstas en el mencionado plano.

Artículo 22.

1.- La concesión de parcelas para la construcción de sepulturas se reserva al Ordinario, a quien habrán de solicitarlas los interesados en instancia informada

por el párroco, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 18-b.

En la instancia se hará constar expresamente que el interesado se compromete a cumplir las normas diocesanas sobre cementerios

2- También se reserva al Ordinario la autorización (previa solicitud, informada por el párroco) de cualquier modificación que afecte a la estructura externa de las sepulturas.

Artículo 29.

A no ser que el Ordinario, en casos excepcionales, autorice otra cosa, en lo sucesivo nadie podrá ser titular de más de una parcela o sepultura en un mismo cementerio parroquial.

a) Estos y otros artículos suponen que debe obtenerse el título antes de la construcción o reforma de cualquier sepultura. En lo sucesivo no se concederán títulos para sepulturas ya construidas sin previa autorización del Ordinario.

b) La modificación del art. 25 del vigente Reglamento de Cementerios Parroquiales, por decreto del Obispo de fecha 2 de enero de 1995, implica que todos los titulares de concesiones de parcelas para construcción de sepulturas (incluidos quienes las obtuvieron entre los años 1991-1994) tienen el derecho de uso de dichas parcelas sin límite de tiempo.

**DECRETO POR EL QUE SE INTRODUCE NORMATIVA
COMPLEMENTARIA EN EL REGLAMENTO DE CEMENTERIOS
PARROQUIALES**

*REGLAMENTO DE CEMENTERIOS PARROQUIALES
NORMAS COMPLEMENTARIAS*

La experiencia acumulada durante los diecisiete años de vigencia del REGLAMENTO DE CEMENTERIOS PARROQUIALES en nuestra diócesis aconseja añadirle, como normas de obligado cumplimiento, algunas disposiciones. Son normas que, con el fin de evitar comportamientos abusivos y los consiguientes

litigios, se venían recomendando y, en muchos casos, poniendo en práctica desde hace bastantes años. En consecuencia, mediante el presente decreto,

DISPONGO

1.-El titular (o titulares) de una sepultura no podrá obtener permiso para construir otra en el mismo cementerio, por el simple hecho de que en la sepultura que posee estén ocupados todos sus espacios con restos antiguos; a no ser que, habiendo espacio suficiente en el cementerio, el Ordinario lo autorice en casos excepcionales.

Cuando en una sepultura no quede espacio para nuevos enterramientos, si no dispone de cenicero propio ni espacio adecuado en la misma sepultura, se procederá, con el debido respeto, al traslado de los restos conforme a lo previsto en el Art. 14 del REGLAMENTO. A no ser que todos los afectados acuerden voluntariamente otra cosa, el traslado se efectuará comenzando por los restos más antiguos.

2.- A no ser que el Ordinario lo permita en casos excepcionales, quien sea heredero único del titular originario de una sepultura no podrá obtener título para otra sepultura en el mismo cementerio, aunque haya constituido familia independiente. Si los herederos son varios, ninguno de ellos podrá obtenerlo sin renunciar previamente, mediante escrito legalmente válido, a los derechos que pudieran corresponderle en la sepultura hereditaria, a favor de los demás herederos, hasta que uno de ellos quede como único heredero de la sepultura.

Estas normas entran en vigor desde su publicación en el BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO y se incorporarán en futuras ediciones del REGLAMENTO DE CEMENTERIOS PARROQUIALES.

Dado en Ourense a veintisiete de enero de dos mil nueve.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Por mandato de su Excia. Rvdma.
Francisco Vizcaya González



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAENERO

- Martes 1:* Santa María Nai, patrona de la Diócesis y de la ciudad. El Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística a las 12:00 horas en la casa de las Religiosas Adoratrices. Jornada Mundial de la Paz, Jornada mundial y pontificia, promovida por la Santa Sede.
- Domingo 6:* Epifanía del Señor. Monseñor Lemos preside la Misa de 12:00 horas en la Catedral.
- Martes 8:* Reunión interparroquial de la ciudad, salón Padre Feijóo, 20:00 horas.
- Jueves 10:* Monseñor Lemos hace pública su primera Carta Pastoral, con motivo del Año de la Fe, con el título ¡Querer creer!
- Viernes 11:* El Sr. Obispo se reúne con los sacerdotes más jóvenes de la Diócesis en la Casa de Ejercicios.
- Domingo 13:* Ultreya de Cursillos de Cristiandad a las 17:00 horas en Ribadavia.
- Martes 15:* Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 horas.
- Jueves 17:* Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo (Parque de las Mercedes).
- Del viernes 18 al viernes 25:* Oración por la Unidad de los Cristianos.
- Sábado 19:* Retiro para jóvenes a través de la Música, Seminario Mayor, dirigido por la Orden y Mandato de San Miguel Arcángel. El Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística.
- Comienza el curso de monitores de Tiempo Libre de Cáritas.
- Retiro de Equipos de Nuestra Señora en Franciscanas a las 20:30 horas.
- Domingo 20:* Toma de posesión del nuevo párroco de Verín y coordinador de

la primera unidad pastoral de la Diócesis, D. Jorge E. Estévez Álvarez, y del vicario parroquial y de la unidad pastoral, D. Miguel Alonso Pérez, presidida por el Sr. Obispo, en la iglesia de Santa María la Mayor de Verín.

Martes 22: Monseñor Lemos entrega los premios del concurso diocesano de dibujo de la Infancia Misionera a Andrea (Josefinas), Laura (Salesianos), Carmelo (La Purísima) y Roberto (CEIP Prácticas).

Miércoles 23: Reunión del Sr. Obispo con el Consejo Presbiteral, en la que se acuerda la reestructuración de los arciprestazgos de la Diócesis de Ourense, que pasarán de los 28 actuales a 12, siguiendo las líneas analizadas y estudiadas en los últimos meses.

Del miércoles 23 al sábado 26: Semana de Teología en el Liceo de Ourense, contando con la presencia como ponentes de Monseñor Jesús Sanz, Arzobispo de Oviedo, Monseñor Ricardo Blázquez, Arzobispo de Valladolid y vicepresidente de la CEE, D. Francisco J. Prieto, Vicario para la Nueva Evangelización de la Diócesis de Ourense y D. Ángel Cordovilla, profesor de la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid. El sábado Monseñor Lemos preside la Vigilia de Oración por la Unidad de los Cristianos a las 20:00 horas en la Catedral de San Martiño.

Jueves 24: El Sr. Obispo se reúne con los trabajadores de los medios de comunicación de Ourense para celebrar juntos la fiesta de su patrón, San Francisco de Sales, a través de un encuentro en el Seminario Mayor.

Domingo 27: Día de la Infancia Misionera. En los días previos, como preparación para esta Jornada, se celebra la Semana de la Infancia en los colegios de la Diócesis de Ourense.

Lunes 28: Festividad de Santo Tomás de Aquino, patrón de las universidades y centros de estudio Católicos. Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística en la iglesia del Seminario.

Martes 29: Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 horas.

Miércoles 30: Reunión de Arciprestes en el Seminario Mayor a las 10:30 horas. Asiste el Sr. Obispo.

Ciclo de Cine y Vida, a las 20:00 horas en el Centro Cultural de la Diputación, con la proyección de la película “En un mundo mejor”.

FEBRERO

Viernes 1: Jornada Mundial de la Vida Consagrada. A las 19:00 horas, los religiosos, religiosas y miembros de institutos seculares de la Diócesis se reúnen para tener una hora de meditación ante el Santísimo en la iglesia de Santa María Nai, dirigida por el Obispo de la Diócesis, que preside a continuación la Celebración Eucarística a las 20:00 horas en la Catedral.

Concierto de Manos Unidas a las 20:00 horas en el Auditorio de Ourense. La recaudación se destina a financiar una ambulancia para un Centro de Salud de la India.

Sábado 2: Fiesta de San Francisco Blanco, santo misionero ourensano, natural de O Tameirón. El Sr. Obispo preside la Procesión y Celebración Eucarística a las 12:30 horas en dicha parroquia.

Domingo 3: Monseñor Lemos visita la parroquia de San Cibrao de Lás, donde preside la Celebración Eucarística en el día de San Blas.

Ultreia del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en la iglesia de A Veracruz de O Carballiño, presidida por el Sr. Obispo.

Martes 5: Monseñor Lemos visita la iglesia de Santa Comba de Bande, junto con el Presidente de la Diputación y el Alcalde de Bande, buscando fórmulas para poner en valor y custodiar lo mejor posible este patrimonio artístico de la Iglesia.

Reunión interparroquial de la ciudad, salón Padre Feijóo, 20 horas.

Viernes 8: El Sr. Obispo se reúne con los sacerdotes jóvenes de la Diócesis en la Casa de Ejercicios.

Manos Unidas celebra el Día del Ayuno Voluntario.

Sábado 9: Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística en la parroquia de Santa María do Desterro (A Corna) con motivo del I Aniversario de su Ordenación episcopal.

Misa de la Hospitalidad de Lourdes presidida por el Sr. Obispo a las 17:00 horas en el Seminario Mayor.

Domingo 10: Jornada de Manos Unidas.

El Sr. Obispo celebra el I Aniversario de su Ordenación Episcopal en la Misa de 12:00 en la Catedral.

Miércoles 13: Miércoles de Ceniza. Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística a las 20:00 horas en la Catedral. Comienza el Tiempo de Cuaresma.

Cáritas lanza su campaña “Dona un día de salario” que se desarrolla durante toda la Cuaresma y cuyos beneficios irán destinados a poner en marcha un comedor social en Ourense.

Sábado 16: Peregrinación de los niños a la Catedral en el Año de la Fe. Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística a las 11:30 horas, en la que participan centenares de niños y jóvenes.

Del domingo 17 al viernes 22: Ejercicios espirituales para sacerdotes en la Casa diocesana de Ejercicios, dirigidos por D. José Anaya Serrano, sacerdote de la Diócesis de Toledo.

Martes 19: Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 horas.

Jueves 21: Conferencia sobre el Concilio Vaticano II, a cargo del sacerdote D. Bruno Blanco Fuentes, co-párroco del Sagrado Corazón, en la parroquia de San Pío X a las 20:00 h.

Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 horas en el convento de las Esclavas del Santísimo (Parque de las Mercedes).

Del viernes 22 al domingo 24: Cursillo del movimiento de Cursillos de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.

Sábado 23: Cursillo sobre el Catecismo de la Iglesia Católica en el Seminario Mayor a partir de las 10:00 horas, contando con la presencia como ponente de D. Juan Luis Martín Barrios, Director del Secretariado Nacional de Catequesis. El Sr. Obispo abre la sesión.

Monseñor Lemos preside el funeral de la Madre Aurora Pérez de la Fuente, Hija de la Divina Pastora (RR. Calasancias) en la residencia de Santa Marina.

Domingo 24: Monseñor Lemos preside la Celebración en recuerdo del sacerdote D. Pedro Núñez Núñez en el asilo de Santa María de Verín. El funeral se celebra el sábado siguiente en la parroquia de Albarrellos, de la que fue párroco.

Lunes 25: El Sr. Obispo preside el funeral de Sor M^a Consuelo del Corazón Eucarístico de Jesús, Clarisa Reparadora del monasterio de Vilar de Astrés.

Miércoles 27: Ciclo de Cine y Vida, a las 20:00 h en el Centro Cultural de la Diputación con la proyección de la película Arrugas.

MARZO

Viernes 1: Solemnidad de San Rosendo. Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística en la iglesia de Celanova y, finalizada ésta, el acto de la Academia Auriense-Mindoniense en la que se le nombra Académico de Honor al P. Oro, franciscano. Entregando al final los premios infantiles con motivo de la fiesta.

El Sr. Obispo preside el funeral del sacerdote D. José Rey Lage, ex párroco de Santa María de Cobelas, en la iglesia nueva de Xinzo a las 16:30 horas.

Misa de Acción de Gracias por el Pontificado del Papa Benedicto XVI a las 20:00 horas en la Catedral de Ourense, presidida por Monseñor Lemos.

Viernes 1 y sábado 2: La Delegación de Vocaciones de la Diócesis de Ourense participa en el Cursillo Regional de Pastoral Vocacional en Santiago.

Sábado 2: Concurso de Catequesis en el colegio Maristas a las 11:30 horas, contando con la presencia del Sr. Obispo y con la participación de un numeroso grupo de niños, repartidos en doce grupos, de distintos colegios y parroquias de la Diócesis.

Domingo 3: Jornada Misionera del Día de Hispanoamérica.

Lunes 4: Monseñor Lemos preside el funeral de la Hna. Carmen Gardón Castro, misionera del Divino Maestro de la comunidad de Montealegre, a las 11:30 horas en la capilla de la casa de dicha comunidad.

El Sr. Obispo preside el funeral del sacerdote D. Emiliano Arias Gómez, a las 16:00 horas en la iglesia parroquial de Verín.

- Martes 5:* Monseñor Lemos se reúne con los responsables de las cofradías y algunos movimientos apostólicos de seculares, así como con un grupo de sacerdotes, con el fin de promocionar y potenciar los actos de la Semana Santa.
- Viernes 8:* Reunión del Sr. Obispo con los sacerdotes más jóvenes de la Diócesis en la Casa de Ejercicios.
- Sábado 9 y domingo 10:* Festivales Juvenil e Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio de Ourense. El Sr. Obispo asistió a los mencionados actos.
- Ejercicios espirituales de la Legión de María en la parroquia de la Santísima Trinidad.
- Domingo 10:* El Sr. Obispo preside la toma de posesión del sacerdote D. Julio Grande Seara como nuevo párroco de Cristo Rey (Las Lagunas).
- Martes 12:* Escuela de Liturgia en el Salón Padre Feijóo a las 20:00 horas.
- Martes 12 y miércoles 13:* Conferencias de D. José Román Flecha sobre ética social a las 20:00 h en el Liceo, organizadas por CONFER Ourense. El miércoles 13, a esa misma hora, es elegido el nuevo Papa Francisco. El Sr. Obispo comparece ante los medios de comunicación minutos después de su elección, y acude a continuación a la clausura de estas jornadas.
- Miércoles 13:* El Sr. Obispo preside el funeral de D. Odilo Gómez Parente, ex párroco de Cerdedelo, Trez, Toro y Camba, en la iglesia parroquial de La Milagrosa.
- Jueves 14:* Comienza la Novena en honor a Santa María Nai, patrona de la Diócesis, a las 18:30 horas en la iglesia de la que es titular en la ciudad. Predica la Novena D. José Antonio Gil Sousa, canónigo responsable de dicha iglesia.
- Conferencia sobre el Concilio Vaticano II, a cargo del sacerdote D. Ramiro González Cougil, Delegado diocesano de Liturgia, en la parroquia de San Pío X a las 20:00 h.
- Viernes 15:* La Cofradía de la Vera Cruz presenta, en el Centro Cultural de la Diputación por la mañana y en la propia parroquia de la Vera Cruz por la tarde, el Programa de Semana Santa de O Carballi-

ño, contando en ambos casos con la presencia del Sr. Obispo y de distintas autoridades civiles.

Sábado 16: El Sr. Obispo instituye en el Ministerio del Acolitado a cuatro seminaristas de la Diócesis de Ourense: Yeraí Fariñas, Enmanuel Álvarez, Álvaro Fernández y José Manuel Salgado.

Domingo 17: El Sr. Obispo preside la Misa de San Lázaro en la iglesia de San Francisco (parque de San Lázaro).

Ultreya del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en AValenzá a las 17 h.

Vigilia de Oración por las Vocaciones en el Día del Seminario a las 20:00 h en la iglesia de San Francisco (Parque de San Lázaro), presidida por Monseñor Lemos.

Lunes 18: Día de San Patricio. Los estudiantes de inglés participan, como es habitual desde hace varios años, en una Celebración Eucarística en inglés en la parroquia de Cristo Rey.

Martes 19: Solemnidad de San José. Día del Seminario.

Misa de Acción de Gracias por el Papa Francisco en la Catedral a las 20:00 horas, presidida por Monseñor Lemos. En esta celebración la Hna. María Lidia Cárdenas, Hija de la Divina Providencia, renueva sus votos.

Miércoles 20: Ciclo de Cine y Vida, a las 20:00 h en el Centro Cultural de la Diputación con la película *Popieluszko: La libertad está en nosotros*.

En torno a la solemnidad de su patrón las Siervas de San José de las comunidades de Ourense participan en la Celebración Eucarística en el Año de la Fe, presidida por el Obispo de la Diócesis en la Casa de la Comunidad de A Valenzá.

Dos jóvenes de la Diócesis, Gabriel Dasilva y David Muñoz, participan, con otros cien jóvenes de todo el mundo, en el Primer Encuentro Internacional de Jóvenes Católicos por la Justicia Social.

Jueves 21: Viacrucis de la juventud desde el Seminario Menor hasta el Seminario Mayor, organizado por la Delegación de Juventud.

La Fundación San Rosendo celebra la fiesta de su patrón. Monseñor Lemos acudía a visitar varias residencias, compartiendo el

día con los ancianos y con los trabajadores; ofreció una conferencia a los Directores/as de los centros y mantuvo varios encuentros con los capellanes, el equipo médico y el Patronato de la Fundación, al final del día presidió la Celebración Eucarística.

El colegio Divina Pastora (Franciscanas) acoge una nueva edición del Festival Ladesol organizado por su fundación, Lazos de Solidaridad. Los beneficios se destinan a proyectos solidarios en Venezuela.

Sábado 23: Más de 90 niños y jóvenes participan en el Encuentro vocacional en el Seminario Menor, organizado por la Delegación de Vocaciones y contando con la presencia del Obispo de la Diócesis.

Domingo 24: Domingo de Ramos. Comienza la Semana Santa.



FE DE ERRATAS

FE DE ERRATAS

En el **Boletín Oficial del Obispado** de **Octubre-Diciembre 2012**, página 982, dentro del apartado del Administración Diocesana - Óbolo de San Pedro:

Donde dice “Sr. Obispo 10,00 €” debe decir:

Sr. Obispo	-	100,00 €
------------	---	----------

En ese mismo listado faltan las parroquias de:

Santa Teresita	Ourense Norte	100,00 €
Santa Cristina de Freixo	Celanova	25,00 €

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
